



MARIO ESCOBAR

**EL EXTRAÑO
CASO DE
NELLIE BLY**

EL EXTRAÑO CASO DE NELLIE BLY

MARIO ESCOBAR

Copyright © 2019 Mario Escobar
All rights reserved.

DEDICATORIA

La locura en ocasiones es la única forma de mantenerse cuerdo.

A los que alguna vez se han sentido incomprendidos,
inadaptados y marginados.

“La locura es la única manera de escapar a la esclavitud”

Paulo Coelho

“Creo que todos tenemos un poco de esa bella locura que nos mantiene andando cuando todo
alrededor es tan insanamente cuerdo”

Julio Cortázar

“En mi locura, pensé que era la persona más importante del mundo”

John Forbes Nash

NOTA DEL AUTOR

Descubrí esta historia de forma casual. Enseguida me cautivó y pensé que debería compartirla.
Ahora me parece una locura.

Mario Escobar

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

1. UNA JOVEN
2. SUEÑOS
3. PREMONICIONES
4. MIEDOS
5. VERDADES
6. INCERTIDUMBRES
7. TERRORES
8. PASIONES
9. VIGILIA

SEGUNDA PARTE

10. FRÍO
11. NÁUSEA
12. DOLOR
13. CALOR
14. EXCITACIÓN
15. JANET
16. HAMBRE
17. REPELÚS
18. EXTASIS
19. GUSTO
20. TEMOR
21. HOGAR

TERCERA PARTE

22. MANHATTAN
23. ISLA
24. PASADO
25. VERDAD

26. UNA CASA

27. LA NIÑA

28. SOSPECHA

29. LUCHA

30. SALTO

31. AMOR

32. LUCIFER

EPÍLOGO

PRÓLOGO

El frío metal atravesó la carne y notó cómo su piel se estremecía; cuando sus entrañas templaron la hoja, su sangre ya había comenzado a enfriarse. Hacía demasiado frío en Nueva York en aquella época del año, como para que su cuerpo no terminara completamente gélido a los pocos minutos. Había soñado con convertirse en escritora, sobre todo dramaturga. A veces los sueños son la última barrera que nos separa de la locura: una forma de no enfrentarse a la realidad. Mientras moría no podía dejar de pensar en lo fascinante que hubiera sido describirlo en un libro. El miedo y la sorpresa, la incredulidad y el deseo fascinante por descubrir lo que había al otro lado. Mientras la poca vida que le quedaba se derramaba sobre la acera sucia del callejón, se dijo que en el más allá seguramente también se necesitaban escritoras y periodistas. Nada existe si no podemos narrarlo y contarlo a otros. Somos apenas como el árbol que cae en medio del bosque, un mudo sufrimiento en un estruendo de sin sentidos.

La joven levantó la vista y vio cómo la mujer la observaba con tristeza. Siempre había pensado que los asesinos disfrutaban matando, aunque no todos los crímenes son gratificantes. En lo más profundo de la conciencia continúa el eterno tabú de la sacralidad de la vida humana, durante las noches frías de invierno.

La nieve empezó a caer de nuevo, cubrió el cuerpo de un fino manto blanco y la chica sintió la misma sensación que cuando su madre la tapaba y se sentía segura, casi inmortal.

La luz se apagó primero y sus ojos se ensombrecieron, como si una larga noche acabara de comenzar; después el sonido, hasta que el silencio le destrozó los tímpanos y, por último, su piel dejó de sentir. Ya no había frío, ni dolor, ni miedo. Únicamente la certeza de que todo estaba a punto de volver a empezar y ya nada volvería a ser igual.

PRIMERA PARTE

1. UNA JOVEN

Nueva York era una tierra de soñadores, la puerta al Nuevo Mundo. Desde hace más de un siglo millones de personas se estremecían al contemplar a lo lejos la figura majestuosa de la Estatua de la Libertad. La diosa libertad, con su antorcha encendida, mostraba la meta de las esperanzas y anhelos de los inmigrantes que escapaban de Europa. Aunque los extranjeros no eran los únicos en sentirse atraídos por sus cantos de sirena, decenas de miles de estadounidenses dejaban su remotos y tranquilos hogares para buscar un futuro mejor.

Robert Pape no se había acostumbrado a la gran ciudad, aún añoraba su casa en Frederick (Maryland), la universidad Baltimore, que no dejaba de ser una gran familia, y a sus padres, dos abogados laboristas, que se habían pasado la vida ayudando a obreros que no podían pagar los honorarios de un abogado. Sin duda tenía que escapar de allí. La muerte de su prometida, Rose, le había dejado casi sin fuerzas. Se conocían desde el parvulario y parecían destinados el uno para el otro. Robert y Rose tenían planeado casarse aquella primavera, incluso habían reservado el salón, comprado los trajes para la boda y enviado las invitaciones. El día antes de elegir la tarta nupcial, ella se encontraba en el centro comercial de su pequeña ciudad y un joven de dieciocho años entró con un arma semiautomática y asesinó a sangre fría a una docena de personas. Una de ellas fue Rose, que se cruzó con el asesino mientras corría a ocultarse a los aseos. Cuatro balas acabaron con su vida de inmediato y lo único que le quedaba ahora era centrarse en el trabajo y no pensar demasiado.

A las dos semanas de la muerte de Rose, el profesor John Hulton III le escribió para proponerle que se uniera a su proyecto. Se habían conocido en Harvard, donde, con mucho esfuerzo de sus padres, había estudiado un máster en Psicología del Comportamiento. No se lo había pensado dos veces. Vendió la casa que no habían llegado a estrenar, se despidió de sus padres y amigos y se trasladó a la ciudad más ruidosa e individualista del mundo. Eso era precisamente lo que quería: convertirse en un alma anónima, uno de los millones de espíritus que vagaban por aquella ciudad de cristal y acero.

Cruzó el puente de la isla de Roosevelt porque había logrado alquilar un pequeño apartamento cerca del parque, en la Avenida 41 y tardaba unos quince minutos en coche a la isla de Roosevelt, donde John Hulton III había conseguido que el ayuntamiento le alquilara el viejo edificio de sanatorio de viruela, al sur de la pequeña isla. Durante dos años se había reconstruido su estructura deteriorada y el tejado. Se había respetado su estilo neogótico y continuaba inquietando a todo aquel que se acercaba a él.

La isla siempre había estado rodeada de misterio e historias macabras. Durante años había concentrado la penitenciaría de Nueva York, el centro psiquiátrico y un convento de monjas. Corrían todo tipo de leyendas de crímenes, crueles torturas a los enfermos y fugas de asesinos. En aquel momento era una extensión más de Manhattan, con instalaciones deportivas, el hospital NYC Health y el Hospitals/Coler y una zona de apartamentos de lujo en la parte sur de la isla.

Robert paró en medio del puente. Al atasco habitual de cada mañana se le había unido un camión averiado. Estaba escuchando música y pensando en todos los pacientes que debería atender antes del almuerzo, cuando golpearon el cristal y dio un respingo.

Una chica de poco más de diecisiete años, rubia, con el pelo sucio y despeinado le sonrió con rostro angelical. En su tierra había sido la reina del baile de fin de curso, pero en Nueva York no era más que una yonqui buscando dinero para escapar durante unas horas de la realidad.

Robert negó con la cabeza, pero al final terminó bajando el cristal del coche. Fuera llovía y hacía un frío de mil diablos, la chica apenas llevaba prendas de abrigo, una falda corta y raída y unas chanclas de verano.

—¡Dios mío! ¿Cómo puedes llevar eso en los pies con este frío? ¿Me prometes que si te doy 40 dólares te comprarás unos zapatos?

La chica no contestó, se limitó a extender la mano y sonreírle.

—¿De dónde eres?

—Soy de Carolina del Sur —contestó con un fuerte acento sureño.

—¿Por qué no llamas a tus padres y regresas a casa?

La chica arrancó el billete de las manos del psiquiatra y se alejó sin mediar palabra. Robert se sintió decepcionado. Había estudiado la carrera por su afán de salvador, quería imitar a sus padres y cambiar las cosas. Aunque en los últimos meses se conformaba con dormir toda la noche y no pensar constantemente en Rose.

Logró salir del puente y dejó a su derecha el santuario y el hospital, cruzó la isla entera hasta llegar a su lugar de trabajo: el Centro para la Salud Emocional y Mental. Ese rimbombante nombre se lo había puesto su jefe. Tenía capacidad para casi ochenta personas. La mayoría de las plazas era para los hijos trastornados y drogadictos de la élite de Manhattan, pero se reservaban unas veinte plazas para enfermos sin recursos que el ayuntamiento enviaba de vez en cuando.

Se bajó de su Toyota híbrido y caminó bajo la lluvia los escasos pasos que le separaban de la entrada principal. El bedel le abrió las puertas de cristal automáticas y le saludó con demasiada efusividad.

—Doctor Pape, un gusto verle. Espero que tenga un gran día.

—Igualmente.

El bedel, un gigantesco hombre negro de Queens, le mostró su mejor sonrisa. Su piel negra contrastaba con el uniforme blanco y sus grandes ojos verdes.

Caminó con la cabeza gacha para no saludar a todas las enfermeras y personal del centro y se encerró en su despacho. Desde su ventana se veía perfectamente la majestuosa isla de Manhattan, en especial el edificio de Naciones Unidas.

Encendió el ordenador y repasó los nuevos ingresos. No había demasiadas novedades: dos casos de adicción a opiáceos y un intento de suicidio de una joven cantante, que había sido estrella de Disney. Entonces la pantalla parpadeó y entró un nuevo informe. Lo miró con detenimiento. No habían logrado identificar a la joven. Tenía las huellas dactilares casi borradas por pequeños cortes en las yemas de los dedos. La policía estaba haciendo un estudio de su ADN para intentar descubrir de quién se trataba. Después leyó algo que le inquietó, al parecer la joven había arrojado a una chica a las vías del metro. Después vio la imagen y se quedó sin respiración. El parecido con Rose era increíble. Comenzó a sudar y cerró la pantalla; el corazón estaba tan acelerado que tuvo la sensación de que le saldría por la boca.

2. SUEÑOS

Nellie se despertó sobresaltada. Había tenido un sueño extraño. Normalmente no se acordaba de ninguno al levantarse, pero aquel era muy claro, casi tan real que aún se estremecía de pensarlo. Abrió los ojos despacio, las sábanas le olían de forma extraña, eran ásperas y la cama dura, casi una piedra. La pared estaba pintada de un tono rosa claro, un ventanal blanco que imitaba a madera y unas cortinas blancas, sujetas a los lados, fue lo primero que vio. Después se incorporó un poco. Tenía una mesita de madera blanca a su izquierda, con una lámpara de tulipa rosa; enfrente un armario del mismo color y a la derecha un cómodo sillón tapizado de flores rosas. Se quedó pensativa. Había vivido en muchos lugares. De alguna forma se veía como una nómada. Sin echar raíces en ninguna parte y, en cierto sentido, completamente sola.

—¿Qué mierda me han metido? —preguntó, pero apenas le salió un timbre de voz. Entonces entendió lo drogada que estaba. La cabeza le daba vueltas y apenas podía sostenerse. No recordaba nada de lo sucedido ni qué hacía en ese lugar. Se puso en pie, tuvo que sujetarse a la mesita para no caerse de bruces, apenas le sostenían las piernas. Tenía los brazos desnudos y vestía con un anodino camisón rosa. Se percató de las marcas de las muñecas, después de los moratones en los antebrazos y el fuerte dolor que le subía por el costado derecho.

Se asomó a la ventana y contempló el río, durante los últimos meses había vivido en Harlem, no llevaba mucho en la ciudad, al menos eso era lo que recordaba. Vio de repente su rostro reflejado en el cristal y se asustó. Sus mejillas parecían más pálidas de lo habitual. Sus ojos negros estaban ribeteados de rojo, el pelo oscuro revuelto y los labios tan rojos que parecían pintados con su misma sangre. Se sentó en el sillón e intentó hacer memoria. Lo único que recordaba era la estación de metro, los gritos, gente corriendo, los frenos chirriantes del convoy y dos hombres de seguridad gritándole algo y poniéndole unas esposas.

Nellie bajó la cabeza y su melena negra le tapó la cara. Cerró los ojos y vio el rostro de una chica pelirroja que la miraba aterrorizada. Se asustó y se metió de nuevo en la cama. No era la primera vez que su mente se encontraba confusa. En los últimos meses había experimentado algunos episodios de amnesia, pero nunca se había despertado en una habitación extraña y con aquellas heridas. Respiró hondo e intentó tranquilizarse. Se repitió en la mente la canción de cuna que su madre le cantaba cuando tenía miedo y, antes de que se diera cuenta, se quedó completamente dormida.

3. PREMONICIONES

A media mañana Robert tomó el teléfono donde guardaba los informes y se dirigió a la sala de reuniones. Era lunes y tocaba repartir los casos. Él solía quedarse con los que mejor se adaptaban al programa experimental del centro. John Hulton III había diseñado, junto a un afamado grupo de neurólogos y genetistas, un tratamiento revolucionario que había tenido mucho éxito con ratones y más tarde con cerdos. Su jefe creía que estaba a punto de encontrar el remedio para casi veinte enfermedades mentales, que hasta el momento únicamente podían ser paliadas con fármacos que los enfermos debían tomar de por vida.

Robert entró en el ascensor y se dio de bruces con Sally Peterson, una de sus compañeras.

—Hola Robert. ¿Qué tal has pasado el fin de semana?

El hombre encogió los hombros. Apenas conocía a nadie en la ciudad. Solía recluírse en casa después del trabajo, leer un poco y ver series de televisión en HBO o Netflix.

—Nada nuevo.

—¿Por qué no te vienes esta tarde con nosotros? Vamos a tomar una copa en un local nuevo de Manhattan.

Robert sonrió y no hizo ningún amago de contestar.

Salieron del ascensor y entraron en el inmenso despacho de su jefe, que tenía una mesa de reuniones enorme de madera de secuoya, cortada de una sola pieza. John ya estaba sentado con la vista fija en una tableta y con los dedos repiqueteando en la madera maciza de la mesa.

—Gracias a todos por venir. Hoy vamos a tener un día interesante. Al parecer, como suele ser habitual, los fines de semana salvajes de Nueva York nos proporcionan siempre casos singulares. Tenemos a dos chicos, hijos de dos millonarios muy conocidos. Uno es el rey del pollo frito y el otro el mayor fabricante de servilletas de papel del planeta. Uno de los chicos sufre un trastorno grave de bipolaridad y el otro una esquizofrenia muy avanzada. En ambos casos, parece que el consumo de drogas les ha acelerado el proceso. Uno fue ingresado el sábado por la noche; el otro, el hijo del rey del pollo frito, el domingo por la tarde. También está Selena, la chica de Disney, desde que dejó la cadena de televisión no ha parado de cometer locuras, además de ponerse de drogas hasta las trancas. Por último, el caso más extraño es el de una joven desconocida. Nos la ha enviado el ayuntamiento, al parecer está pendiente de juicio por un intento de asesinato. Todo apunta a que sufrió un ataque psicótico.

Los cinco psiquiatras siguieron todos los detalles por sus teléfonos. Además de Sally y Robert, los otros dos ayudantes eran Akira y Fedor, dos de los mejores doctores de la promoción de Yale de dos años antes.

Akira pinchó en la ficha de la chica desconocida para quedarse a la paciente, pero Robert se le adelantó por apenas un segundo. La compañera le observó con el ceño fruncido, pero John los miró para intentar paliar la tensión.

—Todos los internos nuevos son interesantes y, lo más importante, es que a los cuatro nos han autorizado para experimentar con ellos. Robert, por ahora tu chica estará en aislamiento, no queremos que haga ninguna tontería ni dañe a uno de nuestros pacientes “vip”.

—Me parece bien, pero comenzará con el tratamiento hoy mismo. ¿Ella también ha firmado?
—le preguntó extrañado.

—Cuando es un caso del juzgado no tienen que firmar —contestó Fedor, que parecía estar compitiendo siempre con él.

—En un mes tenemos que mostrar los primeros resultados a los inversores, todo esto ha costado mucho dinero y no van a tener demasiada paciencia con nosotros.

La reunión se dio por terminada. Fedor se marchó charlando amigablemente con Akira y Sally, mientras que Robert contemplaba la pantalla del teléfono.

—¿Te encuentras bien? —preguntó John, al que le preocupaba el luto de su colaborador. Sabía que era algo que tenía que pasar, pero había invertido en él miles de dólares para que en el último momento regresara a su maldita ciudad. Formar a sus empleados en la nueva tecnología y el tratamiento genético no era fácil y aquel pequeño grupo era de los mejores del país.

—Poco a poco, ya estoy en la fase de depresión, dentro de poco espero entrar en la quinta y última.

—Ya sabes que nuestras emociones y nuestra mente no son como las matemáticas. Cada fase puede alargarse mucho y eso depende de la actitud de la persona.

Robert se puso en pie, era más bajo que John. Su jefe medía casi dos metros y tenía la complexión de un atleta. En su juventud había sido jugador de baloncesto.

—El próximo sábado es la fecha.

No tuvo que añadir nada más para que John le comprendiese.

—¿Quieres ir a casa? ¿Estar con tus padres?

Negó con la cabeza, lo último que necesitaba era regresar a su hogar, para que cada árbol, edificio y persona le recordase a su mujer.

—No, me encerraré en casa con una caja de cervezas e intentaré pensar lo menos posible en ello.

John se acercó a él y colocó la mano derecha sobre su hombro.

—Puedes venir a mi casa, celebro mi cumpleaños, son cincuenta, una cifra redonda. No es bueno quedarse solo en un momento como este.

—Lo pensaré —contestó mientras movía el hombro inquieto y se dirigía al ascensor.

Apretó el botón y se cruzó de brazos, miró el techo del ascensor e intentó pensar en otra cosa. Ella era todo su mundo. Llevaban desde la adolescencia planificando cómo sería su futuro. Ya no había nada que le hiciera ilusión o que le importara lo más mínimo.

La puerta se abrió en la planta baja, recorrió la galería y cruzó la entrada roja de seguridad, aquella era la sección de los enfermos peligrosos. Atravesó el pasillo de luz atenuada, no querían que los enfermos más violentos recibieran estímulos innecesarios y se paró frente a la puerta de la interna. Miro por el ojo de buey y tardó un rato en localizarla. La chica estaba tumbada en la cama, apartó la vista un segundo y antes de apartarse de la puerta miró de nuevo. Se sobresaltó al ver el rostro de la paciente a pocos centímetros de la puerta, como si hubiera intuido que estaba observándola. El cristal era grueso pero pudo oír sin dificultad unas palabras que le dejaron petrificado.

—Hasta que la muerte os separe.

4. MIEDOS

De regreso a casa se había preguntado un millón de veces qué había querido decir la paciente con aquella frase. Era de noche cuando aparcó el coche en el aparcamiento del edificio y se dirigió a su apartamento. Llegó a la planta y sacó las llaves, entró y encendió la luz del recibidor que daba directamente al salón y la cocina. Se quitó la corbata y la chaqueta, las colgó con cuidado del armario y después se dio una larga ducha, con el agua muy caliente, casi hasta quemarse. El dolor le proporcionaba, en cierta manera placer, como si quisiera redimir sus pecados. Seguía culpándose de la muerte de su prometida. Se preguntaba por qué no había ido aquella tarde con ella al Mall. Se puso una camiseta limpia y un pantalón corto. La calefacción central del edificio estaba siempre tan alta que en ocasiones tenía que abrir la ventana para poder dormir. Se asomó al pequeño balcón y vio a lo lejos las luces de Manhattan y el puente iluminado. Después se dirigió a la nevera y preparó un sándwich vegetal, tomó una copa de vino y se los comió frente a la televisión. Entonces sonó el teléfono y miró la pantalla antes de descolgar.

—Buenas noches, madre.

Agatha le llamaba cada día a la misma hora. Debía tener miedo de que pudiera cometer cualquier tontería.

—Hola cariño. ¿Cómo te encuentras?

—Mal, ya lo sabes. No ha cambiado mucho la cosa desde ayer —le contestó comenzando a perder la paciencia. Sus padres eran las personas que más quería en el mundo. Le habían guiado, aconsejado y soportado en sus crisis y dudas, pero sabía que aquella situación tenía que pasarla solo.

—Sé que te gustan más los días de entre semana, al menos sales de casa y vas a trabajar. ¿Cómo está el tiempo en Nueva York? Aquí ya ha comenzado el frío de verdad. ¿Vendrás para Acción de Gracias?

—No lo sé, tengo mucho trabajo. Estamos ensayando unos fármacos nuevos. Es algo importante y me tendrá muy ocupado.

Se hizo un largo silencio, su madre prefería callar y dejar que su propia conciencia actuara antes que recriminarle cualquier cosa.

—Lo intentaré —contestó por fin.

—Sé que te cuesta regresar a casa, todo te recuerda a ella, pero tarde o temprano tendrás que enfrentarte a esa situación. Tu padre está todo el día nervioso, va a ver constantemente a la familia de Rose.

En cuanto escuchó su voz, sintió un estremecimiento y le comenzó a doler el pecho. Hasta su muerte, nunca había imaginado que el sufrimiento psicológico pudiera tener manifestaciones físicas.

—Dile que los deje en paz, tienen que pasar su propio duelo. Ellos han perdido mucho más que vosotros.

—¿Tú crees? —preguntó la mujer algo dolida por sus palabras. Llevaban meses sin verle y cada vez que hablaban parecía furioso y deseando colgar.

—Sí, madre. Lo mío pasará, pero lo suyo no.

—Los vemos en la iglesia, en el centro comercial, hasta cuando sacamos al perro por el

parque. Nosotros no podemos huir. Entiendo que tú lo necesites, pero...

—Voy a colgar. Quiero acostarme pronto y antes debo leer unas fichas.

—Está bien, no te molesto más. Un beso, descansa, cada día es un paso más.

En cuanto se cortó la comunicación arrojó el teléfono al sillón como si le quemase en las manos. Tardó un momento en aplacar la ira que le recorría todo el cuerpo, se llenó de nuevo la copa y tomó el portátil. Leyó la ficha de la paciente y después buscó el suceso en los periódicos del sábado anterior. No tardó mucho en ver varios que hablaban del intento de asesinato.

“Una joven sin identificar arrojó a una chica a las vías del metro. Eran las dos de la madrugada, no había demasiados pasajeros en la estación de metro de Rector St. La presunta asesina de unos diecinueve años, morena y caucásica, se acercó a una joven llamada J. M. y sin mediar palabra la empujó a las vías mientras un tren entraba en la estación. El maquinista pudo frenar a tiempo. La presunta asesina estuvo a punto de darse a la fuga, pero dos guardias de seguridad la retuvieron hasta la llegada de la policía metropolitana. A la mañana siguiente se la condenó a prisión provisional sin fianza y no se ha podido identificar a la joven”.

El resto de las noticias no añadía mucha más información. Robert cerró el navegador y abrió de nuevo la ficha de la chica. El parecido con su novia era extraordinario, las únicas diferencias eran el color de pelo. La chica lo tenía muy moreno y largo, casi negro. Rose, en cambio, lucía un pelo castaño claro, no tan largo. Puso una foto junto a la otra y se quedó un momento observándolas. Cerró el ordenador bruscamente y lo dejó a un lado. Apuró la copa y decidió acostarse. Apenas apoyó la cabeza en la almohada, cayó en un profundo sueño.

Escuchó un ruido a medianoche, se despertó sobresaltado. Caminó descalzo por el suelo de madera hasta el salón sin encender la luz, no había nada extraño. Fuera llovía con intensidad y las gotas golpeaban el cristal. Pensó que le habría despertado la lluvia y volvió a la cama.

Intentó dormirse de nuevo, pero su mente no dejaba de dar vueltas a lo sucedido en la puerta de la habitación de la paciente. “Hasta que la muerte os separe”. ¿Por qué había pronunciado aquella frase? Entonces lo recordó. Unos días antes de la muerte de Rose, los dos hablaron hasta casi la una de la madrugada de los detalles de la boda. Ella le contó que había recibido una imagen anónima por una cuenta de Instagram con aquella frase. Pensó que se trataba de alguna broma con respecto a la boda y no le dio mucha importancia. Se estremeció al recordar aquella noche y vio perfectamente en su mente las letras blancas sobre un fondo negro. Sabía que era parte de la fórmula clásica que se usaba en las ceremonias de matrimonio pero sospechó que no podía ser casualidad. Escuchó de nuevo un ruido, levantó la vista y creyó ver algo, una figura que se acercaba hasta él, parecía ensangrentada. Levantó su cara entre las sombras y Robert pudo sentir el olor a putrefacción y tierra húmeda. Metió la cabeza debajo de las sábanas y ahogó un grito mientras algo tocaba su espalda y se le erizaba la piel de todo el cuerpo.

5. VERDADES

La chica se despertó sobresaltada en medio de la noche. Estaba bañada en sudor, le dolían las articulaciones y sentía que los dolores de las rozaduras regresaban. Miró a su alrededor, pero todo era oscuridad y silencio. De niña tenía miedo a la oscuridad. Cada noche llamaba a su madre y esta acudía para acostarse a su lado. Siempre intentaba estar en contacto con su piel suave y limpia. En cuanto se movía o intentaba irse de su lado, se despertaba y le pedía que se quedara un poco más. Crecer, en muchos sentidos, es perder esa increíble sensación de seguridad. Cuando maduras ya no crees que nadie pueda cuidarte y nunca más vuelves a sentirte a salvo.

Se movió en la cama, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y el resplandor de la ciudad entró por la ventana, los altos rascacielos parecían feroces luciérnagas que impedían que las sombras se extendieran por completo.

Durante su inquieto sueño recordó de nuevo la escena en la estación de metro. La gente moviéndose borracha por los arcones, algunos estudiantes y ejecutivos celebraban Halloween, mientras que la mayoría únicamente quería disfrutar de un nuevo fin de semana para olvidarse de sus tristes vidas.

Se levantó, encendió la luz de la mesita y buscó un lapicero o bolígrafo, pero no encontró nada. Escribir era una de las pocas cosas que la relajaba realmente, la única forma de evadirse un poco de la realidad. Esa era la razón de que viviera en Nueva York. Allí se concentraba la industria del libro y las mejores editoriales del país, por no hablar de los teatros de Broadway.

Intentó retener en la mente sus ideas, era algo que hacía de niña, cuando no se atrevía a salir de las sombras para buscar su cuaderno.

“La primera vez que la vio fue una noche clara de luna llena. Tenía catorce años y le había comunicado a su madre su intención de bautizarse en la iglesia bautista a la que asistía desde niña. No había sido una decisión sencilla. Llevaba meses debatiéndose entre la vida calmada y tranquila de la comunidad y las fiestas de sus amigos. Había sido una niña feliz, extremadamente feliz, pero en cuanto llegó a la adolescencia sentía una angustia que nada parecía apaciguar. Era muy guapa, inteligente, amada y sociable. Lo tenía todo para triunfar pero por alguna misteriosa razón, sentía una profunda insatisfacción y desasosiego. Se encontraba en su habitación, la luna brillaba a través de los cristales y una ligera brisa de primavera sacudía los árboles del jardín. Vio algo que se movía cerca de la ventana. Pensó que se trataba de un búho, tal vez una lechuza, pero después notó cómo la ventana se abrió despacio, con el típico chasquido. Una mano se introdujo primero, después el resto del cuerpo de algo que parecía humano, pero ella sabía que no lo era del todo. Se acercó a su cama con pasos cortos, siempre entre las sombras, después se sentó a su lado; el colchón se hundió ligeramente y los muelles se quejaron; sintió el calor del cuerpo extraño y se tapó con las sábanas, como si aquel gesto fuera suficiente para disipar sus temores.

—No tengas miedo, he venido para acompañarte y que no te sientas tan sola —dijo aquella cosa con una voz suave, pero que no podía disimular que procedía de alguna parte infecta del infierno.

Notó una mano, por encima de la sábana, que le acarició la cabeza y después la espalda.

—No eres como los demás, jamás lo serás. Cuando antes lo aceptes será mejor para ti. Puedo ayudarte, seremos amigos, pero tendrás que hacer lo que te pida.

Desde aquella noche siempre la acompañó. Era como una sombra, como el eco que queda en una habitación cuando todos se han marchado. Podía escucharla claramente en su cabeza. A veces suave, como una melodía, otras estridente y la mayoría como un estruendo que sacudía su mente y no paraba hasta que hiciera lo que ella decía”.

Dejó de pensar, el sueño comenzó a invadirla de nuevo, era placentero, durante unas pocas horas al día no tenía que ser ella misma, que luchar, que intentar sobrevivir, simplemente se dejaba mecer por la placentera nada, hasta que se sentía a salvo por fin.

6. INCERTIDUMBRES

Robert se sintió feliz por primera vez en mucho tiempo. No necesitó las pastillas para ponerse en marcha, tampoco repetirse mil veces que alegrara esa cara o inducir pensamientos positivos a su mente. Simplemente saltó de la cama, se duchó durante unos minutos, corrió a la cafetería de la esquina, compró unos dulces y un café y se los fue comiendo, en el coche, de camino al trabajo. Cuando vio de nuevo a la chica que mendigaba en el puente, lo primero que hizo fue mirar sus pies. Seguía con las mismas chanclas empapadas y sucias del día anterior. Bajó la ventanilla y ella se acercó algo avergonzada.

—Toma —le dijo mientras le entregaba uno de los dulces. La chica lo devoró en pocos segundos. Después tomó del asiento del conductor una bolsa y se la entregó.

—Espero que sean de tu talla. He tenido que calcularla a ojo, las pedí por Amazon.

Ella tomó la bolsa asombrada, abrió la caja y sacó una de las deportivas; era de color rosa, con la suela verde. Por unos instantes sus ojos apagados y fríos se iluminaron ilusionados.

—¿Tengo que hacerte una mamada? —le preguntó confusa.

—¡No por Dios! Si quieres hacerme un favor, regresa a casa y pide ayuda.

—No todos tenemos una casa —dijo volviendo a tener el mismo gesto de tristeza y decepción de siempre.

—En la iglesia del Redentor pueden ayudarte, tienen programas para gente...

—Como yo, drogadictos estúpidos —terminó la frase.

—No, para gente con problemas. Todos los tenemos y la única forma de solucionarlos es pidiendo ayuda.

La chica bajó la cabeza, la vida le pesaba demasiado para intentar enderezarla. Había muchas formas de matarse y aquella era una tan buena como otra cualquiera.

El coche de atrás tocó el claxon y Robert avanzó. Se sentía desanimado, pero en cuanto recordó que en media hora estaría entrevistando a aquella chica, sintió cierta emoción. Había tenido sueños raros con ella y con Rose, su prometida. Por un momento, al despertar, había pensado que su amor no estaba muerto y que todo había sido una pesadilla.

Aparcó el coche en su plaza. No llovía ni hacía demasiado frío para el mes del año en el que estaban, aunque sabía que en Nueva York los inviernos eran duros y difíciles.

Tenía las preguntas preparadas, quería que John viera que se trataba de un buen trabajo y que la enferma comenzara a tomar el tratamiento cuanto antes. Pero sobre todo sentía la necesidad de hablar con ella. Escuchar su voz e intentar entender por qué le recordaba tanto a Rose.

Tras tomar los papeles y la *tablet* del despacho se dirigió a la agradable sala de entrevistas. Aquello no tenía nada que ver con los viejos centros para enfermos mentales, intentaba asemejarse lo más posible a un hogar, algo que la mayoría de los pacientes no había tenido jamás, a pesar de que muchos de ellos pertenecían a las mejores familias de Nueva York.

Llegó a la sala el primero, no llevaba bata ni nada que pudiera recordar a la enferma que era un médico y ella una paciente. Se había vestido con unos chinos color marrón, un jersey verde y una camisa a juego. Se sentó en el sillón orejero y esperó impaciente. Uno de los bedeles, para ser exactos, Anita de Dios, una puertorriqueña muy atractiva que debía tener poco más de veinte años, abrió la puerta y le sonrió. Su piel canela resaltaba frente a sus dientes blancos y sus inmensos

ojos marrones.

—Doctor Robert Pape —dijo sonriente.

El joven frunció el ceño, sabía que debían evitar a toda costa los tratos académicos. Eran perjudiciales para los enfermos.

—Hola, me llamo Robert —dijo sin hacer caso a la bedel, después le ofreció la mano a la chica y esta dudó por un momento. Llevaba puesto unos vaqueros y una camiseta de manga corta verde. Tampoco aprobaban que los pacientes tuvieran que llevar algún tipo de uniforme.

La chica parecía más tímida que el día anterior, cuando le había propinado aquel susto. Se sentó con las piernas juntas y las manos sobre las rodillas. Bajó la cabeza y escondió su rostro en su pelo negro y brillante que parecía recién lavado. De hecho notó el olor a suavizante y champú.

—¿Cómo se encuentra? ¿Ha desayunado?

La bedel le miró con cierto desdén, le parecía muy atractivo, pero demasiado estricto y gruñón, después cerró la puerta de manera algo brusca. Los dos se sobresaltaron, lo que hizo gracia a la chica, que por primera vez comenzó a relajarse.

—¿Sabe por qué está aquí?

La chica negó con la cabeza, mirándole por primera vez a los ojos.

—Hubo un forcejeo y una joven cayó a la vía. ¿Lo recuerda?

—No muy bien. Había mucha gente disfrazada por Halloween, algunos gritaban y otros se reían a carcajadas. Yo no me encontraba muy bien y me choqué con alguien. La gente comenzó a ponerse muy nerviosa y corrí, unos guardas del metro me detuvieron. Después todo fue muy confuso, me encerraron, un juez me mandó aquí hasta que salga el juicio —contestó muy tranquila, como si estuviera hablando de algo que había visto, más que de algo que había vivido.

—Entonces, todo se debió a un error y un accidente —dijo Robert, evitando tomar notas. Las entrevistas eran grabadas, transcritas y no le hacía falta interrumpir a la paciente o darle la sensación de que la estaba interrogando.

—Sí, nunca he hecho daño a nadie. ¿Me ha visto bien? Mido uno sesenta y peso cincuenta y cuatro kilos, no soy muy fuerte.

—Bueno, para dar un empujón al no es necesaria mucha fuerza —le contestó Robert.

Mientras hablaban él no dejaba de observarla sorprendido. Era tan parecida a Rose, únicamente el color del pelo y un hoyuelo en la barbilla eran diferentes.

—¿Por qué iba a empujar a esa chica? No la conocía de nada.

—¿Cómo se llama? ¿Dónde vive? La policía no ha logrado identificarla ni encontrar a su familia.

—Mis padres están...fallecidos. Hace un año me trasladé a Nueva York, trabajo para una revista de literatura, de esas que únicamente leen escritores y editores, quiero ser escritora y periodista.

—¿Qué interesante! ¿Le contó todo esto a la policía?

—No, la verdad es que no me infundían confianza.

—Entiendo. ¿Qué le pasó en las manos? Al parecer sus huellas dactilares no son identificables.

—Esa es una vieja historia —comentó mientras se estremecía, como si aquel recuerdo le hiciera sentirse de nuevo insegura.

—Puede contármela.

—¿Piensa que estoy loca? No es la primera vez que me lo dicen, aunque nunca he estado en un lugar como este. Se lo aseguro.

—Locos, cuerdos. Ya no utilizamos esa nomenclatura. La locura y la cordura son discutibles —dijo Robert esbozando una leve sonrisa. Muchas mañanas se levantaba pensando que, tal vez, él estaba menos cuerdo que algunos de sus pacientes, pero que sabía disimularlo mejor.

—Eso mismo digo yo. La gente siempre me ha visto como alguien diferente.

—¿Qué le sucedió en las manos? —insistió Robert.

—Mi casa sufrió un incendio hace unos años. En cuanto sentí el humo quise escapar por la ventana; las llamas llegaron muy rápidamente, estaba ya con una pierna fuera, cuando me di cuenta de que me había dejado mi cuaderno. Siempre he escrito historias. Por cierto, ¿pueden dejarme papel y un lápiz para escribir?

—Sí, claro, ya ha pasado la fase de cuarentena. Hoy mismo podrá reunirse con los otros internos del grado 1.

—¿Grado 1? —preguntó la chica con un gesto de temor.

—Significa personas con momentos leves de trastorno de la personalidad.

—Locura transitoria —dijo la chica.

—No, trastorno leve. Termine de contarme lo sucedido.

—Entré de nuevo en el cuarto para tomar el cuaderno, las tapas eran metálicas, de color plateado, estaban tan calientes que me quemé las yemas de los dedos. Ahora no tengo huellas dactilares.

—¿Cómo se llama? ¿Dónde vive? ¿De dónde procede?

—Son demasiadas preguntas para una primera cita —bromeó la joven.

Robert sintió que se ruborizaba, le recordó la conversación con Rose el día que se declaró. Ella era directa, franca y con un gran sentido del humor. Parecía siempre dispuesta a cualquier cosa. No se amedrentaba jamás.

—Responda a las que pueda.

—Me llamo Bly, Nellie Bly, vivo en el norte de Manhattan, donde la isla pierde su buen nombre y se convierte en una zona peligrosa. Vengo de Idaho, y sabe *Esto perpetua*...

—¿Qué significa?

—Es el lema del estado: “Que sea perpetuo”.

Robert la miró sorprendido.

—Algunos dicen de broma “Hasta que la muerte os separe”.

7. TERRORES

John Hulton III era un soñador, pero no de esos que se quedan con la boca abierta esperando que las estrellas se alineen para que las cosas sucedan. Era determinante, proactivo y agresivo. Su padre era uno de los hombres más ricos de la ciudad, mejor dicho, del país y casi del planeta. Se había hecho millonario construyendo y alquilando apartamentos minúsculos a gente pobre de Nueva York. Provenían de una larga saga de embaucadores alemanes que habían abandonado su país a principios del siglo XX, para intentar medrar al otro lado del océano. Su bisabuelo paterno había regentado un prostíbulo en Brooklyn, era conocido como el proxeneta más sanguinario de Nueva York. Su abuelo se había dedicado a ampliar el negocio, con toda una red de prostíbulos, hasta que comenzó a hacerse con los inmuebles y después se convirtió en un respetable constructor. John había intentado dedicarse al negocio familiar, era el único que había estudiado en la universidad, pero eso a su padre le importaba un carajo, lo que quería era que heredara la empresa y ampliara el imperio. Su hijo le había decepcionado. Se había arruinado en su intento de construir rascacielos en Manhattan. Su padre se había opuesto desde el principio. Siempre decía que la ambición tenía un límite y que no convenía meterse con la élite que gobernaba la ciudad. Después se había introducido en el turbio negocio de los casinos, del que también había salido mal parado. Ahora estaba experimentando con aquella clínica de lujo. Si lograba curar las enfermedades mentales pasaría a los libros de historia y sería más grande que su padre.

Se despertó algo sobresaltado, se le había olvidado poner el despertador y, aunque era su propio jefe, no se había olvidado de la reunión que tenía con la alcaldesa Margaret Madison a las doce del mediodía. Se conocían desde pequeños, había estudiado en el mismo colegio en Manhattan. Hasta ahí era en lo único que coincidían. Él era republicano y conservador, ella demócrata y progresista. Él odiaba la mayoría de las proposiciones modernas como la violencia de género, el matrimonio de personas del mismo sexo o las ayudas sociales; ella era un adalid de todas esas causas. Él no se creía todo eso del cambio climático y la necesidad de la globalización; ella llevaba años luchando por concienciar de eso a la ciudad.

Miró al lado de la cama de hotel, la mujer mulata seguía dormida a su lado. Llevaba tres días sin ir a casa, no aguantaba a su mujer, una guapísima modelo rusa, fría como el hielo, pero insaciable a la hora de comprar. Sus cuatro hijos estaban internados en centros educativos de élite y únicamente pasaban por casa en verano y los fines de semana.

En unos días cumpliría cincuenta años. No asimilaba su edad, su cuerpo comenzaba a decaer, su cara antes pecosa y angelical ahora era un mapa de manchas y arrugas, pero seguía teniendo una potencia sexual envidiable, podía estar con dos o tres mujeres en una noche.

Se dio una ducha, se vistió con su traje caro con un ligero aroma a prostituta de lujo y salió de la suite a toda prisa. El chófer le esperaba en la entrada, atravesaron Manhattan y en media hora estaban enfrente de la imponente fachada de color blanco. El letrero grabado en el que se leía New Amsterdam era un recordatorio del origen holandés de la ciudad. Subió la escalinata y tras pasar el control, un secretario le llevó hasta el despacho de la alcaldesa.

El secretario llamó a la puerta, después le franqueó el paso, la alcaldesa estaba rodeada de papeles, que tapizaban por completo su mesa de caoba.

—Siéntate John, llegas con algo de retraso. Ya sabes lo liada que estoy, no puedo perder el

tiempo.

—Lo siento alcaldesa, pero si alguien arreglara el tráfico de esta ciudad, la gente no llegaría tarde a todas partes.

—Usa el transporte público o vente en patinete.

El hombre chasqueó los labios, para evitar contestar, pero al final no pudo resistirlo.

—¿Usted viene en patinete?

La mujer levantó por primera vez la mirada y puso una cara de desprecio que afeó por un momento su hermosa cara. No se le notaban sus cincuenta años. Su piel era tersa y brillante, sus ojos grandes y verdes, casi transparentes, su pelo rubio estaba comenzando a emblanquecerse, pero le daba un carácter de belleza madura. No se había casado, aunque había salido con los hombres más ricos y poderosos de la ciudad.

—Yo viajo en metro. Lo hago desde que íbamos juntos a la escuela y a ti te llevaba tu padre en su limusina. Estamos destruyendo el planeta, joder.

John sonrió. Si disfrutaba de algo, era de sacar de sus casillas a la alcaldesa.

—¿Para qué querías verme? —preguntó el hombre, dejando de lado el trato protocolario.

—La clínica, te faltan varias licencias y además nos han llegado dos denuncias.

—No me jodas, Margaret. No vas a hacer caso de esos padres pijos y sus hijos chalados. Tenemos las instalaciones más avanzadas del mundo. Nuestro tratamiento es innovador y dentro de poco se verán los primeros resultados. Pronto Nueva York será conocida como la capital de la salud mental.

—En una ciudad de locos como esta, sería un bonito eslogan.

John pensó que su vieja compañera tenía un buen sentido del humor y se arrepintió de no haberse acostado con ella cuando eran unos críos. Su vestido ceñido de color negro la favorecía mucho, resaltaba sus curvas y las horas que pasaba en el gimnasio.

La alcaldesa dejó unos folios sobre la mesa.

—Las familias quieren denunciarte, tienes que arreglarlo, no puedes salpicar con tu mierda al ayuntamiento. Tenemos una epidemia de drogadictos por heroína, la violencia está regresando a la ciudad como en los años 70. Los mendigos hacen campamentos en Central Park y los turistas están comenzando a desaparecer.

—New York, New York... —empezó a cantar el hombre.

—Cada vez que las cloacas del país se atascan nos mandan a toda la basura a Nueva York. Debes doblar las plazas para los locos que hay en las calles. Habla con estas familias y arregla las cosas. Tienes una semana.

John se recostó en el asiento. Después miró por la ventana hacia el parque, eran unas vistas muy relajantes para tratarse del centro de la ciudad más populosa de América.

—Mi padre dio mucho dinero para tu puta campaña. Sabes que odiamos a los demócratas, pero nos comprometimos a apoyarte, con la condición de que nos cedieras esa escombrera del hospital de viruela de la isla Roosevelt. Lo hemos dejado precioso. Estamos limpiando de escoria tus calles, no me jodas.

—Te lo advierto. Te cierro el centro si no arreglas las cosas con las familias y no paráis de cagarla.

—¿Vendrás a mi cumpleaños el sábado? —le preguntó con una sonrisa.

Margaret frunció el ceño, después se recostó y relajándose un poco dijo:

—Estoy deseando ver a todos esos viejos compañeros, ricos y obsesionados con la muerte.

John salió con los papeles en la mano, medio arrugados y con un humor de mil diablos. Aún no

había tomado bocado, se dirigió a un hotel cercano y desayunó huevos revueltos, tortitas y un café bien cargado. Después tomó el teléfono y llamó a Robert. El joven había acabado unos minutos antes su extraña reunión, se encontraba algo aturdido cuando descolgó el teléfono.

—Robert, hoy no voy a pasar por el centro. Puedes venir a mi casa, tengo que darte unos papeles, algunos padres han dado problemas.

—Sí señor.

—Te espero a las siete, no llegues tarde. Necesito acostarme pronto hoy, estoy teniendo una semana de mierda.

—Descuide.

John colgó y después se levantó de la mesa. Se dirigió de nuevo al hotel en el que había pasado la noche. Afortunadamente la prostituta que había contratado la noche anterior aún estaba en la cama. Se quitó la ropa, se tumbó a su lado y se anestesió un rato más. Intentando olvidar que la vejez y la muerte acechaban justo al final del túnel. Dentro de poco tiempo, su vida comenzaría a parecerse a la de su padre. Visitas a hospitales para reparar sus achaques, y a cementerios para enterrar a sus amigos y conocidos. La vida era una jodida comedia, uno nacía con fecha de caducidad y, lo que era peor, comenzaba a pudrirse poco a poco, hasta convertirse en un guiñapo que únicamente servía para arrastrar al joven que todo el mundo llevaba dentro.

La prostituta se quejó unos segundos, pero enseguida recibió el cuerpo blanco y aún fuerte del hombre, como si ya saboreara el sobresuelo de aquella mañana inesperada. Mientras él se la follaba violentamente, ella no dejaba de pensar en que llegaría tarde a recoger a los niños y que debería hacer la comida rápidamente. Aquella noche tenía ya trabajo con otro ricachón de la ciudad.

8. PASIONES

La chica salió de la reunión más tranquila. Aquello no parecía un loquero al uso, simplemente una clínica para relajarse un poco antes de retomar de nuevo su vida. No sabía por qué le había contado todo aquello. Las palabras salían de su boca como si alguien hablase a través de ella. La bedel la llevó hasta la sala común y le presentó a los nuevos.

—Estos son Michel y Scott, son hermanos, llegaron casi al mismo tiempo que tú. Anna lleva con nosotros una semana y Coco no necesita presentación —bromeó la bedel.

La timidez regresó de inmediato a la chica, que agachó la cabeza y se dirigió a la máquina dispensadora de agua. Llenó un vaso de plástico y se sentó junto a la ventana. El grupo regresó a sus cosas: los dos chicos al videojuego de la pantalla de televisión gigante, Anna al ordenador y la única que se le acercó fue Coco.

—¿Cómo estás?

La chica la miró con curiosidad. Recordaba parte de su infancia frente a un televisor viendo la vida y aventuras de Coco. Había hecho decenas de series hasta cumplir los diecisiete años. Después había abandonado el canal y se había convertido en un escándalo para la industria del entretenimiento.

—Mejor, ahora más calmada. Hace dos días llegué muy nerviosa.

—¿Qué te pasó?

—Nada muy interesante, me acusaron de intentar matar a una chica —contestó con cierto cálculo, intentando asustar a la famosa actriz.

—¡Joder, nada importante! Yo estoy aquí por las drogas. La cosa es que no me gusta colocarme, pero estoy tan aburrida. Me pasé la infancia viviendo a un ritmo frenético y ahora tengo todo el tiempo del mundo y dinero suficiente para no gastarlo en dos vidas de desenfreno. No tuve novio, no pude ir a la escuela ni al instituto, no me acosté con un chico hasta los dieciocho. ¿Te lo puedes creer? Era la puta virgen de América.

—No me das pena, Coco. Te aseguro que hay mucha gente que lo ha pasado peor que tú. Cásate con un capullo de esos que conociste en Disney, ten diez hijos y ponte gorda. Lo que hace la gente normal.

La chica soltó una carcajada, después se sentó a su lado con las piernas cruzadas.

—Eres brutal, parecías tímida, pero en el fondo estás tan loca como yo. Lo que hecho de menos de fuera es precisamente no pensar. Las drogas me ayudaban a no darle más vueltas a la cabeza y hacer las cosas sin pensar en las consecuencias. Ya me entiendes. Esta semana se me fue la mano. Hice un directo en Instagram tirándome a dos chicos negros. Al parecer mi madre se molestó y pidió mi ingreso para la desintoxicación, pero es inútil. Ya lo he intentado tres veces.

La chica observó la sala contigua, parecía una amplia biblioteca. Los libros forraban las paredes hasta el techo. Unos cómodos sillones y una mesa grande de madera, con lámparas de tulipas de cristal verdes y pies dorados, le daban un toque elegante.

—Libros —dijo la chica—. Mi sueño es convertirme en escritora. A veces el problema que tiene la gente como tú es que consigue demasiado pronto sus sueños.

Se dirigió a la sala y comenzó a ojear los lomos de los ejemplares. Una escalera comunicaba una larga pasarela que recorría toda la parte superior. Subió por las escaleras y comenzó a tomar

libros de los estantes y ojearlos.

Notó que Coco la había seguido.

—¿Quién te dice que he cumplido mis sueños? No pude elegir, mi madre me metió en una agencia de pequeña. Me seleccionaron para una serie y jamás deje de trabajar. No elegí nada. Claro que me gustaba que me vieran en la televisión y que me pidieran autógrafos, pero ese no era mi sueño —dijo algo alterada.

—Creo que necesitas tomar tus drogas o lo que sea que te metas.

Coco la agarró por el hombre y le dio la vuelta. La tomó por la pechera de la camiseta.

—¿Qué te has creído? Eres una maldita perdedora. ¿Piensas que vas a ser una escritora famosa? Siempre serás una fracasada, como toda la gente de esta maldita ciudad. Nadie me perdona que sea rica y famosa, pero a todos les gustaría estar en mi pellejo.

La chica comenzó a sentir la ira que le recorría todo su cuerpo.

—¡Quítame las manos de encima! ¿Crees que la gente querría ser como tú si supieran toda la verdad?

Coco se quedó paralizada.

—¿Por eso haces esas locuras? En el fondo te sientes sucia por lo que pasó.

—¡Cállate!

—Tu madre no hizo nada, le importaba más el dinero. ¿Verdad? ¿No puedes sacarlo de tu cabeza? Esa mierda es la que te está matando. ¡Sácalo de tu cabeza!

Coco la soltó y comenzó a tirarse del pelo, a arañarse la cara, a gritar como una loca, mientras el resto de los pacientes corrió hasta ellas.

—¡Arráncalo! ¡Termina de una vez! —exclamó Nelly.

—¡No puedo! —gritó mientras seguía levantándose la piel de la cara y la frente. Después se giró con el rostro ensangrentado y se lanzó por la barandilla. La caída produjo un golpe seco sobre el suelo de madera oscura. La chica la observó desde arriba mientras llegaba Anita de Dios alertada por los otros chicos. Se agachó y le tomó el pulso. Sacó un teléfono del bolsillo y llamó a sus compañeros.

—Necesito ayuda en la biblioteca. Una de las pacientes se ha caído. Está llena de sangre.

El resto de los chicos miró hacia arriba. La joven observaba a Coco horrorizada, entonces sintió que se mareaba y se derrumbó en el suelo de la pasarela. Los dos hermanos subieron las escaleras y la bajaron a cuestas. Enseguida llegaron enfermeros y sanitarios para llevarse a las dos chicas. En una de las zonas de la planta baja había varias habitaciones para atender a enfermos que necesitaran asistencia.

La chica se despertó una hora más tarde. Una vez más se sentía confusa y le dolía mucho la cabeza. La enfermera se le acercó y le puso la mano en la frente.

—¿Cómo te encuentras? ¿Qué os ha sucedido allí arriba?

—No me acuerdo bien. Coco parecía enfadada, me dijo que era una fracasada y después comenzó a arañarse la cara y golpearse, estaba llena de sangre y se arrojó por la barandilla. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, sus heridas son superficiales, arañazos y alguna contusión. En la caída se ha roto el hombro y le hemos vendado la cabeza. En un par de días estará bien.

La enfermera le sonrió, era una mujer de unos cuarenta años, de pelo largo recogido en un moño y unas arrugas suaves en los ojos. Le recordó a su madre y eso le hizo sentirse bien.

—¿Puedo ver al doctor Robert Pape?

—Ya se ha marchado, pero le enviaré una nota, para que te vea mañana a primera hora. Te he

puesto un calmante, eso debería ayudarte a dormir toda la noche. Imagino que mañana comienzas tu tratamiento, los derivados lo empiezan pronto y se les da las dosis necesarias.

Las palabras de la enfermera comenzaron a ser confusas, sentía mucho sueño y cerró los ojos.

—No quiero.

—¿Qué no quieres?

—Hacer nada malo. ¿Lo entiende?

—Claro niña. Ninguno de nosotros lo quiere, pero somos esclavos de nuestros genes. Muy pronto serás liberada, para siempre.

9. VIGILIA

Robert nunca había estado en la casa de John en los Hampton. Eran dos horas y media en coche, toda una excursión. Por eso su jefe se pasaba la mayor parte de la semana alojándose en los hoteles de lujo de Manhattan. No sabía qué era tan importante para hacerle desplazarse hasta allí, pero debía serlo para que un martes por la noche estuviera en su casa. La esposa de John se llamaba Jacqueline. Era sofisticada, bella y fría a partes iguales. La había visto el día de la inauguración y apenas habían cruzado un saludo. Durante toda la velada estuvo de mesa en mesa agasajando a los invitados con aire de rusa nobleza, aunque casi todo el mundo sabía que se había dedicado durante su juventud al mundo de la moda y la prostitución de lujo.

Cuando llegó a East Hampton y se aproximó a la playa, entendió por qué aquel era uno de los lugares favoritos de los ricos de Nueva York. Se paró ante la verja, esta se abrió y aparcó su Toyota híbrido dentro, al lado del porche rojo de su jefe. Caminó por la gravilla hasta la entrada principal, le recibió una mujer vestida con un uniforme negro con cuello Mao y le llevó hasta el despacho de John.

—Hola Robert, gracias por venir hasta aquí. El asunto era urgente y no podíamos hablarlo ni por teléfono ni por correo electrónico. Sabes que he estado esta mañana en el ayuntamiento, la alcaldesa quería verme. Al parecer han surgido varias quejas de padres de pacientes. Son de los primeros, los que teníamos en el octógono, antes de que se terminara el nuevo edificio. En aquel momento estábamos comenzando, tú no estabas en el equipo y hubo algunos desajustes. Ya me entiendes.

El ayudante no le entendía, aunque sabía que se trataba de algo lo suficientemente confidencial, como para que su jefe no quisiera dejar rastro.

—En los tiempos que corren, un rumor o una denuncia en un juzgado puede terminar con cualquier iniciativa y ya sabes el tiempo y dinero que hemos empleado en el “Prometeo”. Sabes que estamos a punto de poder curar la esquizofrenia, la bipolaridad, el trastorno de atención, el autismo, la depresión y la tendencia a las adicciones. Todos ellos con un fuerte factor hereditario. Estamos muy cerca de regular la epigenética y también conseguir controlar el polimorfismo genético. Estamos regulando los niveles de calcio en el cerebro, pero si nos pasamos o nos quedamos cortos, pueden surgir muchos problemas.

—¿Qué sucedió John? —preguntó algo turbado. No lo había dejado todo, para unirse a un proyecto que terminara de hundirlo.

—Nada del otro mundo. Nos pasamos con la dosis y eso afectó a los circuitos neuronales algunos pacientes que se han quedado un poco...

—¿Un poco qué?

—Lentos, una especie de alzhéimer temprano. Esos pobres diablos estaban peor antes.

Robert frunció el ceño. Aquello era muy grave. No debían haber tratado pacientes en la fase experimental. Primero debían haber probado con las cobayas.

—Eso hicimos, pero debíamos acelerar el proceso. Bueno, lo importante es solucionar el problema. Debemos escribir un informe en el que se explique que todos ellos accedieron voluntariamente a los experimentos. Les daremos una indemnización a las familias y zanjaremos el tema lo antes posible.

—No estoy seguro de que sea lo correcto. No se pueden aplicar tratamientos si no han sido debidamente probados con anterioridad. Ellos no sabían los riesgos.

—Firmaron, todos los documentos están en regla. Tienen las de perder, pero no quiero que esto trascienda a los medios. Cerrarían la clínica, piensa en toda la gente que estamos a punto de ayudar. Miles, qué digo miles, cientos de miles de personas.

—El fin no justifica los medios —le contestó intentando calmar su ira.

—¿Estás seguro? Imagina qué hubiera pasado si el enfermo que asesinó a tu prometida hubiera recibido nuestro tratamiento. Evitaremos muertes, sufrimiento, desgracias. Esos jóvenes eran adictos y todos estaban en fases muy avanzadas de enfermedad mental.

Robert se tocó la sien con la mano derecha. Le dolía la cabeza, se sentía confuso, pero no podía negar que su jefe tenía en parte razón.

John le pasó los documentos. Los ojeó brevemente y los guardó en su cartera.

—Tienes que actuar rápidamente, no podemos cometer fallos.

Salieron del despacho y se encontraron de frente con la esposa de su jefe.

—Robert, no sabía que estabas en casa. Quédate a cenar. Llegarás muy tarde a la ciudad.

—Gracias, pero será mejor que me marche.

—Insisto. ¿Verdad John? Normalmente ceno sola todas las noches. Al menos hoy lo haré con vosotros dos.

John le sonrió, sabía lo que significaba aquella expresión.

—No ceno mucho, pero será un placer compartir la mesa —contestó con resignación.

Mientras preparaban la mesa salieron al porche que daba al mar. Hacía frío, pero se cubrieron con unas mantas.

—El sonido del océano es muy relajante, me hace olvidar todos los problemas y sentir que hay algo más grande que nosotros. ¿Creen en Dios, Robert?

La pregunta de la señora Hulton le pilló por sorpresa. Unos meses antes habría dicho sí sin dudar, pero tras la muerte de Rose no lo tenía tan claro. ¿Cómo podía permitir un Dios bueno tanta maldad? Su prometida era una excelente persona que podía aportar mucho a la sociedad. Había estudiado Derecho para dedicar su vida a defender a los más desfavorecidos.

—Quiero creer, pero no sé si eso responde a su pregunta.

—¿Sabe que John y yo perdimos a un niño cuando tenía cuatro años? Se llamaba John como su padre. Era el niño más hermoso y tierno que he conocido jamás. Siempre sonriente y con tanta vitalidad, murió de una leucemia fulminante. Los médicos acababan de diagnosticarla, cuando el pobre John murió —dijo la mujer intentando ahogar sus lágrimas. Todavía aquellos terribles recuerdos sacudían su mente.

—Mi marido quiere hacer algo bueno. No digo que sea un dechado de virtud, pero tiene un corazón noble y le importan las personas. El medicamento está dando resultado, pronto todo el mundo podrá usarlo, no dude en ayudarlo.

—Querida, eres muy generosa, pero no quiero que molestes a Robert, está agotado, trabaja doce horas diarias por la clínica, te aseguro que está implicado al cien por cien.

—Gracias John, no los defraudaré.

El resto de la velada fue muy agradable. Hablaron de sus experiencias del pasado, de lo rápido que se escapaba la vida y de la oportunidad de cambiar el mundo. Cuando Robert quiso salir de la casa eran casi las once de la noche. Aún le quedaban por delante más de dos horas de viaje.

—Gracias por la velada —dijo despidiéndose de sus anfitriones.

—El sábado es el cumpleaños, no lo olvides —dijo John.

Robert caminó hasta su coche. Se sentía algo mareado por el vino, no estaba muy acostumbrado. Se puso al volante y bajó la ventanilla. La brisa cercana del océano le hizo sentirse mejor. Recordó las excursiones con sus padres cuando era niño, las veces que había ido con Rose y se dio cuenta de que junto a las olas siempre había sido feliz.

Tomó la autopista y puso algo de música. Necesitaba relajarse antes de que la melancolía volviera a devorarlo de nuevo, entonces escuchó el sonido del teléfono. Apretó el manos libres y prestó atención.

—Doctor Robert Pape. Soy Agatha, la enfermera de guardia. Se ha producido un incidente hoy en la clínica. Sé que es muy tarde, pero Coco está muy asustada. Se ha despertado diciendo todo tipo de cosas inconexas.

—¿Por qué está en la zona de urgencias? —preguntó asustado. Lo último que necesitaban era un nuevo incidente y mucho menos de una joven actriz mediática.

Robert pisó el acelerador. En un momento se sintió completamente despejado y con la adrenalina saliendo por cada poro de su piel. Tenía que llegar cuanto antes y solucionar aquel problema. Mientras su coche recorría la costa en dirección a la isla Roosevelt, las cosas comenzaban a complicarse en la clínica. Daba la sensación de que todo el mundo se estaba volviendo literalmente loco.

SEGUNDA PARTE

10. FRÍO

La isla parecía muy tranquila por la noche, sobre todo en su extremo sur. Apenas había circulación y los vecinos del barrio residencial de lujo ya llevaban un buen rato durmiendo en sus caros apartamentos. Aparcó el coche en su plaza y caminó deprisa hacia la entrada. A aquellas horas los pasillos se encontraban a media luz y la única persona que había en la planta baja era el bedel.

—Doctor, le están esperando en la zona de urgencias —le indicó el conserje muy serio. Algo poco habitual en él.

Robert subió las escaleras a grandes zancadas hasta encontrarse enfrente del control, donde no había rastro de la enfermera. Sabía que, al menos, una auxiliar y la titular se encontraban en la planta. Pasó el mostrador y miró nervioso en la sala de descanso. Sobre la mesa se encontraban dos tazas de té aún humeantes, la radio puesta a un tono suave con música de fondo y los teléfonos sobre la mesa.

—¡Genial! —exclamó enfadado. No sabía dónde se habían metido aquellas dos mujeres.

Se acercó a la primera habitación, pero se encontraba vacía. Registró cuatro más antes de comenzar a preocuparse de verdad. Estaba a punto de llamar a su jefe, cuando escuchó unos ruidos al fondo del pasillo, justo en la parte más oscura, la sección que aún no se había abierto al público. Caminó hasta allí inquieto y encendió la linterna del iPhone. La luz iluminaba los rincones impolutos y el suelo de mármol blanco. Escuchó golpes en una puerta y se detuvo, se lo pensó un par de segundos antes de girar el pomo y abrir. La puerta cedió con facilidad, todavía olía a barniz y silicona. Dos mujeres vestidas de blanco estaban a un lado de la cama, mientras que al otro lado una joven completamente fuera de sí les lanzaba todo tipo de cosas.

—¡Malditas zorras! ¡Dejadme salir de aquí!

—Tranquila, todo está bien. Tumbate en la cama y hablemos con calma —dijo la enfermera jefe.

—¡Que os jodan! —gritó arrojando una bandeja metálica que pasó rozando sus cabezas.

—¡Coco, detente! —exclamó Robert con las manos en alto. Sin darse cuenta la luz de su teléfono deslumbró a la chica, que pareció enloquecer aún más.

Corrió hacia él sin previo aviso, se lanzó literalmente sobre su pecho y lo derrumbó en el suelo. Sus miradas se cruzaron un segundo, la enferma tenía las pupilas muy dilatadas y le salían espumarajos por la boca.

Después se puso a correr y desapareció por el pasillo.

Robert se puso en pie algo dolorido por el golpe en la espalda- Las dos mujeres le ayudaron a apoyarse en la cama.

—¿Qué le sucede?

—Estaba más tranquila, quisimos ponerle una nueva dosis de calmante y saltó sobre nosotras —dijo la enfermera jefe, que parecía algo más calmada que su ayudante.

—Tenemos que encontrarla antes de que se haga daño o agrede a algún paciente —dijo Robert

dirigiéndose a la puerta.

—Está armada —comentó la auxiliar sin poder dejar de temblar—. Tiene el cuchillo de la comida.

—Será mejor que llamemos a la policía —añadió al enfermera jefe.

—Ni hablar. No llamen a nadie, yo me ocuparé de esto.

Salió al pasillo, miró a ambos lados, pero no había ni rastro de la chica.

—¿Dónde sucedieron los hechos? ¿Está la otra paciente en su habitación?

Las dos mujeres encogieron los hombros. No se les había ocurrido buscar a la chica. La enfermera jefe señaló la puerta de enfrente.

Robert la abrió, pero no había nadie dentro.

—Ahora tenemos a dos enfermas desaparecidas —dijo impotente, como si pensara que las cosas podían ir a peor—. Busquen en esta planta, yo lo haré en la de arriba. ¿Dónde sucedió el incidente?

—En la biblioteca, según nos han contado. Nosotros empezamos el turno después del accidente.

Robert subió la escalera, sus pasos retumbaron por todos lados y abrió la puerta antipánico con tanta fuerza que se golpeó con la pared. Después corrió por el pasillo hasta la biblioteca. La sala estaba a oscuras. Entonces notó una brisa fresca, se giró y vio a una mujer sentada en el quicio con las piernas colgadas en el vacío. Respiró hondo antes de actuar, se acercó despacio y con una voz pausada le dijo:

—Hola.

La chica no reaccionó, parecía muy calmada, casi somnolienta.

—¿Por qué no sales de ahí y hablamos? Hace mucho frío fuera.

—Me gusta el frío —dijo sin apartar la mirada de los rascacielos iluminados.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó sentándose muy cerca por la parte interna de la ventana.

La chica no respondió. Parecía fascinada por lo que contemplaban sus ojos.

—Tienes que ayudarme. ¿Qué ha sucedido aquí? Puedes contármelo con total tranquilidad. No sucederá nada.

—No lo sé, siempre pasan cosas a mi alrededor y apenas las comprendo. Yo vine aquí con una misión.

Robert encogió los hombros. Estaba preocupado por lo que pudiera sucederle a las dos chicas y las consecuencias que eso traería a la clínica.

—¿Piensas que estoy loca?

—Ya te dije que todos estamos locos, en mayor o menor medida.

—Está claro, pero no a todos los encierran en un loquero, porque se les considera un peligro para la sociedad —dijo volviéndose por primera vez hacia él.

—Nuestro cerebro es una máquina casi perfecta, pero ciertas alteraciones pueden hacer que se estropee o no funcione adecuadamente. Con el tratamiento preciso, las cosas mejoran y todo vuelve a la normalidad.

La chica se preguntó si su vida había sido alguna vez normal.

—¿Normalidad?

—La norma, lo que hace la mayoría, me refiero. ¿Qué pasó con Coco? ¿Por qué se cayó y alteró tanto? ¿Sabes dónde puede estar?

—Más arriba, mucho más arriba —dijo con un tono de voz que le asustó, como si no saliera de su interior.

—¿Más arriba? —preguntó de nuevo alarmado.

Ella giró los ojos y miró hacia la planta superior.

No sabía qué hacer. Era un peligro dejar a la chica en la ventana, pero intuía que Coco estaba en peligro.

—No vas a hacer nada raro, ¿verdad?

La chica sonrió, pero su rostro medio ido no le infundió mucha tranquilidad. Después tomó la decisión de ir a la planta de arriba antes de que la cosas se pusiera aún peor.

Llegó a la azotea jadeante. Abrió la puerta y notó el húmedo frío de la noche neoyorquina. Dio una vuelta por toda la planta antes de fijarse en la sombra que había al lado de la inmensa máquina del aire acondicionado. Coco lloraba mientras miraba al vacío, parecía temblar de frío con aquel camisón sencillo de color rosa. Había sido admirada desde pequeña, deseada por todos, pero ahora parecía una niña asustada y agotada emocionalmente, que deseaba que el espectáculo terminara por fin para poder descansar para siempre.

11. NÁUSEA

John notó un fuerte dolor en el pecho cuando quiso girarse en la cama. Su esposa se encontraba en la habitación de al lado. Había cenado mucho, bebido demasiado y las preocupaciones comenzaban a pasarle factura. Se incorporó, respiró hondo, pero el dolor se le extendía por el brazo izquierdo. Pensó en el infarto, su abuelo había muerto de uno y su padre había logrado superar dos. Intentaba mantenerse en forma, comer sano y no beber demasiado, pero en las últimas semanas las cosas se habían descontrolado y, cuando sucedía eso, él también perdía el control. Se dirigió a la mesa del escritorio y buscó en el cajón, se puso una pastilla debajo de la lengua y notó cómo poco a poco volvía a recuperar el aliento y relajarse. Después sacó de su cartera de cuero un frasco de pastillas. No se lo había contado a nadie, la única persona que estaba enterada era el psiquiatra de la familia, el bueno de Flym, el mismo que había tratado a su padre y abuelo. Los tres eran bipolares, era un secreto familiar, habían logrado mantenerse discretamente sin levantar sospechas. Por eso había empleado parte de su fortuna en descubrir cómo parar esa enfermedad. Tomó dos pastillas, sentía que estaba en fase depresiva, después de varios días de una euforia casi maniaca. La proximidad de su cincuenta cumpleaños le asustaba y la situación en la clínica era explosiva. Entonces escuchó una voz en el fondo de la habitación que le hizo estremecerse.

—No podrás descansar, todos vosotros estáis malditos.

—¡Déjame en paz! —gritó John. No era la primera vez que escuchaba esa voz en su cabeza, pero ahora le parecía que venía de la oscuridad.

—Habéis regresado a la isla de Roosevelt, después de tanto tiempo.

—¡Déjame! —gritó de nuevo.

La puerta de la habitación se abrió y apareció su esposa.

—¿Qué te sucede? ¿Te encuentras bien?

A pesar de las traiciones y desprecios Jacqueline continuaba enamorada de su esposo.

—Estoy bien —dijo intentando sonreír a su esposa a pesar de estar totalmente pálido.

Le ayudó a tumbarse en la cama y se puso a su lado, le agarró la mano y con voz suave le dijo:

—Todo va a salir bien. Eres un luchador. ¿Te acuerdas cuándo te negaste a trabajar en el negocio familiar y empezamos de cero en aquel apartamento de mala muerte en Harlem? No teníamos de nada, a mediados de mes nos manteníamos a base de latas de conservas. Una mañana te encontré llorando en la cocina, te sentías mal porque no podías comprarme ropa bonita y cara, la que yo merecía. Éramos tan felices.

Le acarició el pelo y él se acurrucó en su pecho.

—Las cosas estorban demasiado, tenemos que volver a empezar de cero —dijo el hombre recuperando la calma, pero las maldiciones nos persiguen, los demonios familiares siguen a nuestro lado.

Jacqueline sabía de lo que hablaba, toda la familia Hulton se sentían víctimas de una maldición casi centenaria, cuando el primer Hulton en Nueva York construyó ese maldito hospital de viruela. El arquitecto James Renwick había diseñado los planos, pero dos años más tarde sufrió un misterioso incendio. La familia Hulton se hizo rica con la indemnización de la aseguradora y volvió a construir el recinto de la nada. Desde entonces todos los Hulton se habían suicidado pocos después de perder la cabeza por completo. John estaba obsesionado con aquella

leyenda, aunque ella creía que se trataba de una simple enfermedad mental. Por eso soportaba todas aquellas humillaciones, los engaños y los desprecios. Era consciente de que no se trataba de su marido, era su bipolaridad la que le producía los cambios de humor y su agresividad sexual.

John terminó quedándose dormido, mientras que a unos pocos kilómetros de allí su vida estaba a punto de convertirse en una auténtica pesadilla.

12. DOLOR

Coco se agitaba en la cornisa con la parte delantera de sus pies en el vacío. Apenas unos centímetros la separaban del abismo. Robert se aproximó muy despacio con las manos extendidas, ella ni siquiera se percató de lo que sucedía. Cuando estuvo a menos de un metro se dirigió a ella.

—Coco, no te muevas, por favor.

La chica se giró, tenía los ojos hinchados por las lágrimas, pero al menos parecía más calmada.

—Mírame, no bajes la cabeza.

La chica levantó la barbilla, parecía aterrorizada.

—No quiero seguir en este mundo.

—Tienes solo veinte años. Te queda todo por vivir. Has pasado una mala racha, pero todo volverá a ir bien.

—No ha entendido nada. Mi vida es una mierda, no se trata de una mala racha. ¿Sabe lo qué es que te deseen todo el tiempo? ¿Qué quieran esta carne? —preguntó señalando su cuerpo.

—Ahora eres adulta, puedes tomar tus propias decisiones, no dependerás de tu madre.

—Ella me ha encerrado aquí. Nunca he sido dueña de mi destino. No me ven como una persona, Robert, la mayoría me ve como un producto o un objeto al que utilizar. Mi tío abusó de mí a los trece años. ¿Sabes lo que sucedió cuando mi madre se enteró? Nada, simplemente me dijo que me callara y no dijera nada, había que salvaguardar a la familia. Ellos se han hecho ricos a mi costa. No he tenido infancia ni adolescencia, soy un producto Disney, una especie de personaje patético que brilla con su traje de lentejuelas, mientras baila la macabra danza de la muerte.

Robert se sentía tan deprimido que no encontraba argumentos para que la joven no se lanzara al vacío. Era cierto que había miles de cosas en la vida que merecían la pena. Tomar un helado un caluroso día de verano, correr por la arena de la playa, zambullirse en un lago hermoso, contemplar una puesta de sol o caminar de la mano con la persona que amas, pero ella no había tenido la mayoría de esas experiencias.

—Vive, aunque solo sea para demostrarles que eres capaz, para que la gente te conozca realmente. Hay muchas cosas por las que luchar.

Coco le miró y después se fijó asustada en algo que se movía a sus espaldas.

—Tengo que hacerlo, debo hacerlo —dijo poniendo un pie en el vacío.

El doctor miró detrás y contempló el rostro inexpresivo de Nellie.

Coco temblaba, parecía tan frágil y asustada.

—¡No! —gritó Nellie y la joven sin mediar palabra se bajó de la barandilla y se sentó en el suelo en un ovillo. Robert se agachó y la abrazó. Después la ayudó a ir a su habitación. Nellie los siguió sin hablar, estaba descalza y con el camisón manchado.

Robert arropó a Coco y esta le miró con una mezcla de ternura y tristeza.

—Gracias —dijo mientras comenzaba a llorar de nuevo.

—De nada, duerme. Mañana verás las cosas de otra manera, te lo aseguro.

Salió de la habitación intentando no hacer ruido. Cerró la puerta con cuidado y se sobresaltó al ver a la joven en su espalda.

—¡Dios mío! Será mejor que te marches a tu cuarto. Mañana a primera hora quiero que

hablemos de lo sucedido.

Nellie le sonrió, después comenzó a caminar hacia su habitación como si lo estuviera haciendo en la cuerda floja.

—¿Te has asustado, doctor? Siempre las cosas pueden ir a peor.

Había algo inquietante en la voz de la chica, una mezcla de desafío y desprecio.

—Acuéstate de inmediato. Creo que todo esto es culpa tuya, le has metido alguna mierda en la cabeza a Coco, pero voy a solucionarlo —le contestó con el ceño fruncido, después la tomó con fuerza del brazo y la introdujo en el cuarto, antes de que pudiera cerrar la puerta la joven le dijo con una media sonrisa:

“Estás enferma, ¡oh rosa!

El gusano invisible,
que vuela, por la noche,
en el aullar del viento,
descubrió tu lecho
de alegría escarlata,
y su amor sombrío y secreto
consumió tu vida”.

13. CALOR

Robert se acostó aquella noche a las cinco de la madrugada, dos horas más tarde estaba de nuevo en pie camino de la clínica. Tenía que llamar a las familias afectadas por el tratamiento e intentar llegar a un acuerdo con ellas. No sabía por qué John le había elegido para aquello, no era un gran negociador y además todo aquel asunto le ponía muy nervioso. Mientras se dirigía hacia el trabajo llamó a la primera familia. Era Johnson un deportista de élite. El padre había sido uno de los mejores jugadores de fútbol americano de los últimos veinte años. Su hijo parecía destinado a continuar su labor, pero había caído en los opiáceos debido a una lesión, la medicación había sacado a flote una esquizofrenia hereditaria y él fue de los primeros en ingresar en el tratamiento experimental. Ahora parecía poco más que un vegetal, su padre había muerto poco antes y la pobre viuda estaba desesperada.

—Señora Johnson, soy Robert Pape, trabajo...

—Sé perfectamente para quién trabaja, el embaucador de John Hulton III. Mis abogados han presentado una demanda contra él.

—Podría ir ahora mismo, tal vez lo de su hijo sea reversible. Soy psiquiatra y me gustaría examinarlo brevemente.

Se hizo un largo e incómodo silencio, aunque Robert era consciente de que una madre siempre deseaba lo mejor para su hijo.

—Está bien —terminó contestando—, pero será su última oportunidad, no puedo permitir que esto suceda de nuevo a otra persona.

—Muchas gracias, señora Johnson, no se arrepentirá.

—Eso espero.

Robert metió en el navegador la dirección de la familia, vivían en Long Island, en una hermosa villa costera. Mientras viajaba hasta allí no podía dejar de pensar en la noche anterior. Todo había sido muy extraño. La reacción de Coco, la actitud de Nellie y el poema final que le había recitado en el que se mencionaba a Rose. ¿Aquella chica había investigado su vida? No era tan difícil, con toda seguridad, buscando su nombre en Facebook enseguida daría con los actos en memoria de Rose y las noticias sobre su muerte. Pero ¿por qué querría una chica desquiciada hacer algo así?

Una hora más tarde aparcó el coche enfrente de la casa, cruzó la calle y abrió la puerta de madera del jardín. Era un precioso edificio blanco, con techo de pizarra y ventanas con listones del mismo color. Llamó a la puerta y esperó unos minutos.

Una mujer más joven de lo que esperaba le recibió vestida con un traje de satén blanco. Su piel negra resaltaba sobre el ajustado vestido. Llevaba joyas por todas partes. Un gran collar de oro y piedras preciosas, pulseras de brillantes y pendientes a juego. Le miró con los labios fruncidos y le dejó pasar sin dirigirle ni una sola palabra.

—Gracias por recibirme.

—Siéntese —dijo señalando un gran sillón de piel negra al lado del ventanal que daba al jardín y la piscina.

—He leído el informe de su hijo, las causas de su ingreso, el tratamiento que se le administró. En principio, todo parecía correcto, a los primeros pacientes se les daba una dosis muy baja, pero su reacción fue muy desmesurada. ¿Sabe si ese día había sufrido algún disgusto, algo que pudiera

haber agravado su enfermedad?

—Todo lo que dice ese informe es mentira. Ingresé a Mark por un leve ataque de paranoia inducido por un medicamento. Mi hijo no tenía problemas de drogas, sabe.

—Pero eso le desencadenó una esquizofrenia aguda —le contestó.

—Nunca se logró demostrar al cien por cien. El caso es que ahora está como ausente, como si tuviera un autismo, no reacciona ante nada ni muestra ningún signo de consciencia. Le tenemos que hacer todo y apenas habla.

—Podría examinarlo, serán unos minutos.

—Ya lo hicieron sus compañeros —contestó cruzándose de brazos.

—Puede que se les pasara algo. No le hará daño que le examine de nuevo.

La mujer se puso en pie y llevó a Robert hasta el cuarto de su hijo. Era más amplio que todo su apartamento, tenía una pantalla gigante de televisión, máquinas recreativas y hasta una canasta de baloncesto.

—Mark, este señor quiere hablar contigo.

El chico se giró, su mirada parecía ausente y vacía. Robert tomó una silla y se sentó enfrente.

—Será mejor que nos deje a solas —comentó a la mujer. Esta refunfuñó, pero al final salió de la habitación y cerró la puerta.

—Hola Mark, me llamo Robert. ¿Quiero hacerte unas preguntas?

El joven no reaccionó ni dio muestras de que entendiera nada.

—Estuviste ingresado en el octógono en la isla Roosevelt algo más de un mes. Te habían llevado allí por un episodio paranoide debido al consumo de una medicación. Por lo que tengo entendido, al principio el tratamiento te iba fenomenal, pero una noche sucedió algo. Los enfermeros contaron que parecías fuera de sí, rompiéndolo todo y agrediendo a tus compañeros.

Mark continuó inexpresivo.

—¿Alguien te molestó? ¿Te hicieron algo?

—Fue la isla —dijo al final en un hilo de voz tan bajo, que apenas se le escuchaba.

—¿La isla?

—Sí, está maldita, toda ella.

Robert se echó hacia delante.

—¿Qué sucede con la isla?

—En ese psiquiátrico, en el hospital de viruela y en la prisión sucedieron cosas horribles, las almas de los que están enterrados allí no han encontrado descanso. La dama me lo dijo.

—¿Qué dama?

—Era muy guapa, de pelo negro y ojos oscuros. Venía todas las noches y hablábamos hasta el amanecer, pero aquella noche todo fue distinto. Algo pasaba, el resto de los pacientes parecían nerviosos. Yo estaba en mi cuarto, llegó la dama, estaba inquieta, decía que algo terrible sucedería. Tres de mis amigos del centro fuimos a ver los sótanos. Encontramos unos túneles que unen todos los edificios. Desde el psiquiátrico, el Santuario, la Archiles House y el Hospital de Viruela. Entramos en los túneles y vimos cosas terribles, terribles —dijo el chico antes de comenzar a convulsionar. Puso los ojos en blancos y se cayó de la silla lanzando espumarajos por la boca.

Robert se asustó, parecía un ataque epiléptico. Le colocó un lapicero en la boca para que no se mordiera la lengua e intentó tranquilizarlo. La madre escuchó los ruidos y entró en la habitación.

—¿Qué demonios ha hecho a mi hijo? —le preguntó mientras se agachaba para abrazarlo.

—Tiene un ataque epiléptico, puede que esa sea la causa de su estado. Tiene que llevarlo al neurólogo, yo mismo le recomendaré uno.

—¡Márchese! ¡Salga de mi casa!

—Señora, su hijo se pondrá bien.

Mark continuaba convulsionando hasta que se paró de repente y perdió las fuerzas.

—¡Dios mío!

Robert le tomó el pulso, no tenía, intentó reanimarlo durante unos minutos, mientras la mujer lloraba y se golpeaba el pecho. Todo fue inútil.

—Lo siento —dijo levantando la cabeza.

—¡Fuera, lo ha matado!

El hombre se puso en pie y corrió hacia la salida, sentía el corazón en la boca y ganas de vomitar. En cuanto llegó al jardín se inclinó y comenzaron las arcadas. Después se subió sudoroso al coche. ¿Qué sucedía en esa maldita isla? Conocía a alguien que podía responder a esa pregunta, arrancó y pisó el acelerador a fondo.

14. EXCITACIÓN

La mañana en la clínica fue mucho más tranquila que la noche anterior. Sally tomó el informe de la enfermera jefe y lo leyó durante un buen rato. No daba crédito a lo sucedido. Miró de nuevo en la pantalla del ordenador para ver el informe de Robert, pero continuaba sin ponerlo en línea. Le había llamado y dejado varios mensajes, pero no respondía. Estuvo a punto de llamar a John, que tampoco había aparecido por la oficina, al final desistió, ella misma arreglaría aquel desaguisado. En el fondo siempre había merecido el puesto de su compañero. Ella estaba allí desde el principio, cuando apenas tenían ocho pacientes en el Octógono.

La mujer salió del despacho y fue directamente a la habitación de Coco, al parecer no se había levantado para desayunar. Abrió la puerta con su tarjeta y se quedó parada junto a la cama. La chica parecía profundamente dormida, estaba cerrando la puerta detrás de sí para salir cuando escuchó la voz.

—Doctora, estoy despierta.

Entró de nuevo en la habitación, después miró el rostro demacrado de la joven y sintió algo parecido a la compasión. Era muy poco habitual en ella. Desde su llegada a Nueva York, su único objetivo había sido convertirse en la mejor. No quería regresar a su ciudad con el rabo entre las piernas y la sensación de que había tirado su vida por la borda, como sus padres.

—Deberías desayunar. Hoy comienzas el tratamiento.

—Quiero irme, no soporto más este sitio.

—Llevas poco más de cuatro días. El tratamiento completo dura dos semanas —dijo la doctora encogiéndose de hombros. Sabía que Coco era la más importante de sus pacientes. Debido a su fama, si las cosas salían bien, todo el mundo conocería el tratamiento.

—Ayer hablé con el doctor. Me comentó que podía irme si quería.

—¿Quién? ¿Robert? —preguntó más enfadada que sorprendida.

—Sí, el doctor joven.

—Las cosas no son tan fáciles, sin el informe favorable de un psiquiatra no puedes dejar la clínica. Además de consumir drogas, te han acusado de comportamiento inmoral y desorden público, la jueza te impuso dos meses de ingreso en el centro.

Coco mudó el rostro. Parecía más aterrorizada que enfadada.

—No he podido dormir hasta que ha salido el sol. Hay algo maligno en este sitio.

Lo único maligno aquí, pensó Sally, es el mono que tienes por no tomar tus pastillas.

—¿Por qué intentaste suicidarte dos veces ayer? Es algo muy grave.

—No intenté suicidarme. La chica esa me empujó en la biblioteca y por la noche, bueno había unas voces horribles que me decían que saltara.

—Sin duda tuviste una crisis. ¿Has tomado los calmantes? —preguntó mirando hacia la mesa.

—No quiero tomar nada. Tengo que estar alerta.

Sally tomó el vaso de plástico con las pastillas, se las entregó a la chica y esperó a que se las tomara.

—Ahora descansa un poco más. El tratamiento te sentará bien

Salió de la habitación y se dirigió a la de la paciente sin nombre. Miró por la ventanita redonda, pero no estaba dentro. La buscó por el resto de las habitaciones y al final fue a las salas

comunes.

—¿Habéis visto a la nueva? —preguntó a los hermanos que estaban jugando en una mesa de pimpón.

Negaron con la cabeza y siguieron la partida. Se dirigió a una de las veteranas, a la que quedaba muy poco para completar el tratamiento.

—Creo que se fue con Anna al jardín.

Sally se asomó a la ventana. Las dos chicas caminaban cerca de la orilla, en el extremo sur de la isla. Tuvo un mal presentimiento, corrió por el pasillo, al llegar a la planta 0 pidió ayuda a dos bedeles; atravesaron el jardín y se aproximaron hasta la orilla. Únicamente vieron a una chica.

—¿Dónde está Anna?

La joven la miró confusa.

—Estoy sola —contestó con una medio sonrisa.

Sally perdió la compostura y le agarró de la chaqueta.

—Hace un minuto las he visto juntas.

La paciente apenas se inmutó. Se limitó a sonreír sarcásticamente.

—No sé de qué me habla. Suélteme, por favor.

La doctora dio un paso atrás e intentó tranquilizarse un poco.

—Está bien. ¿Ha visto a Anna?

Se escuchó un chapoteo en el río. La doctora se asomó al agua y vio a la chica levantando las manos, mientras su cabeza se hundía en las turbulentas aguas del río Hudson. Sin pensárselo dos veces se lanzó a por ella. Uno de los bedeles la imitó. La doctora agarró a la chica por la espalda y tiró de ella, pero la corriente era muy fuerte en aquella época del año y se llevaba a las dos. El bedel las alcanzó, pero también fue arrastrado por la corriente.

Mientras los tres luchaban por sobrevivir, la chica los observaba fascinada. Sintió un extraño placer al verlos en peligro, hasta que de repente reaccionó y lanzó una manguera que había a su lado. Sally extendió el brazo, pero no lograba asirse a ella. Si no lo conseguía, la corriente y el agua helada de noviembre terminaría con los tres antes de que alguien pudiera ir a socorrerlos.

15. JANET

La casa de Janet Charles se encontraba en Greenwich Village. La había heredado de su abuelo paterno, dueño de unos viejos astilleros. La zona era en aquel momento una de las más caras y glamurosas de la ciudad, aunque Janet la mantenía tal y como la había heredado su familia. La mujer vivía sola con sus gatos y sus libros. Había sido durante cuarenta años profesora en Harvard de Historia de la Psicología y había dado clases a Robert en su máster. Era la única profesora con la que mantenía relación y la única a la que podía acudir para preguntarle por la isla de Roosevelt. Llevaba años estudiando la historia de la ciudad. Un lugar que le fascinaba y horrorizaba a partes iguales.

Robert llamó a la imponente puerta de madera con la esperanza de que Janet estuviera en casa. No solía salir mucho, aunque en ocasiones pasaba un par de meses en Europa, ya que el arte era su otra gran afición. La anciana no tardó en abrirle la puerta. En el año largo que no se veían había envejecido mucho, parecía que no le sentaba demasiado bien la jubilación, pensó él mientras la saludaba.

—Mi alumno favorito. Llevas unos meses en la ciudad y no te habías dignado a visitarme.

—Ya sabes, mi trabajo es muy absorbente.

—Anda, entra. Yo también he sido joven y me ha parecido un coñazo ir a ver a abuelitos a sus casas —dijo dándole una palmadita en la espalda.

Únicamente había estado una vez en aquel lugar, justo antes de tomar su decisión de venir a vivir a Nueva York. La casa tenía un aire victoriano, como si de repente te transportaras a la vieja Europa.

—¿Quieres un café? Lo acabo de hacer.

Se lo pensó un poco, no había dormido mucho, pero tenía el estómago revuelto y los nervios a flor de piel.

—No, tengo algo urgente que...

—Por eso has venido. ¿Te ha pasado algo con John Hulton III? Ya te comenté que es un capullo. Conozco a su familia, unos especuladores depravados. Puede que esta ciudad sea muy grande, pero hay menos de cien familias que la dominan desde hace décadas.

Janet le había recomendado que no se asociara con John, pero ya era demasiado tarde para arrepentirse.

—John no es como su familia.

La mujer arqueó las cejas y se sentó en su butaca favorita.

—Sabes que soy doctora en psiquiatría e historia, pero creo que la mala sangre se hereda. Llevamos decenas de años estudiando el origen del mal. La mayoría piensa que es una malformación del cerebro, una especie de programa defectuoso, yo sigo pensando que el mal es algo que está fuera de nuestra comprensión racional.

Robert conocía las controvertidas ideas de su profesora a ese respecto. Para la mayoría de los psiquiatras las enfermedades mentales eran desajustes hormonales o químicos, que podían equilibrarse con ciertos fármacos. La única excepción parecía ser la psicopatía, que no podía curarse ni tratarse.

—Ya hemos hablado de eso muchas veces. El hecho es que con ciertos fármacos los enfermos

mentales mejoran —le contestó el joven.

—Si por mejoría se entiende anestesiar el alma. Sabes, Freud creía en el alma, también Jung y la mayoría de los pioneros de la Psicología, antes de que el cientifismo totalitario lo invadiese todo. La gente no cuida su alma y es la parte esencial de la vida, lo que nos convierte en humanos. Perdona mis peroratas, pero me paso la mayor parte del tiempo leyendo libros y viendo la CNN. Odio a Trump, te lo he dicho, otro hijo de usureros alemanes.

Robert sonrió a la mujer, conocía su fobia por el presidente. Lo que era cierto es que nadie parecía indiferente a un hombre como aquel.

—Ha sucedido algo terrible. Uno de los pacientes de la clínica acaba de morir de un ataque epiléptico, antes de morir me habló de una maldición en la isla Roosevelt y unos misteriosos túneles. Todo esto me parece una locura, pero pensé que tú sabrías algo sobre este tema.

La de por sí pálida cara de Janet se puso aún más blanca. Le miró fijamente a los ojos y comenzó a contarle la misteriosa historia de la isla.

—Ya conoces la isla bien. Es angosta, en la zona este del río, pertenece al distrito de Manhattan. En su larga historia ha tenido muchos nombres. Los indios la llamaron Minnehanonck y Hog Island (isla larga). Los holandeses le cambiaron el nombre por Nueva Holanda y más tarde Blackwell por la familia que la compró. Antes de tomar el nombre de la isla de Roosevelt tuvo la de isla del Bienestar, por los hospitales que se construyeron en ella. Aunque no era precisamente un paraíso. En el año 1637, el gobernador holandés Wouter van Twiller compró la isla a los indios Canarsie pero, tras la derrota de los holandeses por los ingleses en 1666, pasó a manos de estos. La isla fue ocupada por el capitán Manning. El yerno del capitán la heredó y tomó su nombre Blackwell y su bisnieto construyó la casa Blackwell que aún se conserva de 1796.

—No sabía que había pasado por tantas manos.

—Es una isla maldita. El capitán Manning fue expulsado del ejército y se dio a la bebida en la isla. Tras su muerte su hijastra y su marido Jacob Blackwell heredaron la isla, que se convertiría en una prisión para patriotas norteamericanos durante la Guerra de Independencia. La familia construyó varias casas e instaló una granja hasta que se la compró la ciudad de Nueva York en el año 1828 por 32.500 dólares. El primer edificio que construyeron fue el Hospital de la Viruela, que sufrió un incendio provocado en el que murieron un gran número de pacientes y en el que estuvo implicado el bisabuelo de tu jefe. También se construyó la Casa de las Almas y la prisión.

—¿Qué era la Casa de las Almas?

—La Casa de las Almas —dijo Janet, como si le costara recordar aquella parte— era una institución benéfica de la Capilla del Buen Pastor, construida en 1888 con la ayuda del millonario George N. Bliss, para que la Sociedad Misionera Episcopal Protestante atendiera a los ancianos y los enfermos de la ciudad. El edificio lo construyeron con piedras de la propia isla y mano de obra de la cárcel cercana. Por eso en 1921 se la llamó la isla del Bienestar. En los años cincuenta del siglo XX, la isla atravesó una larga crisis. Se cerró el centro de ayuda a necesitados y más tarde la capilla. El ferry que comunicaba la isla también dejó de funcionar. En 1973 se creó un plan de rehabilitación de la capilla y otros edificios. En 1975 se reinauguró la iglesia y lo que es más importante, al parecer los obreros encontraron debajo lo que parecía un túnel. Se pensó que los contrabandistas lo habían utilizado en el siglo XVII, pero parecía mucho más antiguo.

Robert la miró sorprendido.

—Entonces, el túnel existe en realidad.

—Sí, aunque apenas se han explorado unos pocos metros. No se sabe su longitud ni qué zonas comunica, tampoco para qué lo hace.

Janet sacó un viejo libro de su biblioteca y lo abrió.

—Esta es la isla. Aquí se encuentra el faro, que jamás se supo la razón de su construcción, la Casa Blackwell, las antiguas ruinas del Hospital de la Viruela, la capilla del Buen Pastor y el centro psiquiátrico. Forma...

—Una cruz —dijo Robert—. ¿Qué edificio es este?

—Strecker Memorial Laboratory. El antiguo laboratorio de la ciudad, realizado en 1892.

—¿Qué piensas que hay allí abajo?

—No lo sé Robert, pero intuyo que nada bueno.

16. HAMBRE

John se levantó agotado y algo confuso. Llevaba mucho tiempo sin sentir aquella presencia. De alguna forma había pensado que había logrado dejarla en el pasado, pero cuando estaba sometido a un alto nivel de estrés, volvía a recaer. Jacqueline estaba en la cocina, le había preparado un succulento desayuno.

—Hola, ¿ya te has despertado?

—Sí, aunque tengo la sensación de que no he descansado nada.

—Anoche tuviste una pesadilla, parecías muy asustado. Hacía mucho tiempo que no te sucedía.

El hombre encogió los hombros.

—Hay problemas en la clínica, varios pacientes de la primera etapa quieren denunciarnos.

—Bueno, seguro que lo superarás, siempre lo consigues.

—Eso espero, hemos invertido la mayor parte de nuestra fortuna en este proyecto —dijo mientras tomaba una tostada y comenzaba a saborear los huevos revueltos.

—Queda el dinero de tu padre.

—La última crisis le dejó al borde de la bancarrota. No ha querido cerrar la empresa y ha seguido perdiendo decenas de millones de dólares cada año. Ya sabes que, para él, su empresa es lo más importante del mundo. Mucho más que su esposa, sus hijos o sus nietos.

Jacqueline sabía que los Hulton nunca se saciaban y siempre buscaban el reconocimiento y la admiración de todos. El propio John llevaba lidiando con ese mismo problema toda la vida.

—Estás haciendo una buena labor y buscas el bien de los enfermos mentales, seguro que Dios te ayudará.

John se revolvió como si acabara de hincarse una astilla debajo de una uña.

—¿Dios? ¿Aún sigues con esas supersticiones de tu familia? Dios no existe y, si lo hiciera, no está interesado en estos asuntos. Nosotros somos nuestros propios dioses, los dueños de nuestro destino.

En ese momento su móvil dio un pitido y lo miró mientras bebía algo de zumo de naranja. Se atragantó y casi se mancha la camisa.

—¡Mierda! —gritó mientras se levantaba y cogía la chaqueta.

—¿Qué sucede?

—¡Joder, maldición!

Jacqueline le siguió hasta la puerta, necesitaba saber lo que sucedía.

—Tengo que marcharme. Ha muerto Mark Johnson, acaba de salir en las noticias.

—¿Quién es Mark Johnson?

—Uno de los pacientes que nos quería denunciar. Pedí a Robert que hablara con ellos, por eso vino ayer hasta aquí.

John corrió hasta el coche, entró a toda prisa, apretó el acelerador y derrapó frente a la entrada, levantando una gran nube de polvo. Después enfiló por el asfalto hasta la verja. En cuanto llegó a la autopista aceleró el coche a toda velocidad. Pasaba al resto de vehículos como alma que lleva el diablo. Cuando vio una llamada urgente de la clínica, dio al botón y a gritos preguntó qué diablos sucedía.

—Señor, tenemos un problema.

—¿Cuál es el problema? —bramó desesperado.

—Una paciente ha caído al río.

—¿De quién se trata?

—La actriz, Coco Gómez, ha caído al agua.

John comenzó a golpear el volante con los puños. Mientras su Porsche corría a toda velocidad por la autopista, el suelo estaba deslizante por la lluvia de la noche y en un segundo perdió el control. El coche comenzó a girar sobre sí mismo. El hombre frenó, se aferró al volante con fuerza, pero la dirección se había bloqueado. Vio cómo la mediana de hormigón se aproximaba hacia él, cerró los ojos y notó el fuerte impacto.

17. REPELÚS

El agua estaba tan fría que Sally comenzó a perder la sensibilidad. Tiraba de Coco, pero la chica parecía una pesada roca, hundiéndose cada vez más. El bedel tampoco las ayudaba mucho. Parecía que nadaba torpemente y tiraba de la joven en dirección contraria. Estuvo a punto de soltarla y nadar hacia la orilla. No quería morir así de ninguna de las maneras. Era demasiado joven y la muerte no entraba en sus planes, era algo que le sucedía a los demás o a los viejos.

La manguera cayó justo a su lado, se aferró a ella y comenzó a tirar. Levantó la vista empañada por las gotas y vio la cara de la paciente. Parecía estar disfrutando con aquella situación. Al final, el bedel dejó a Coco y se dirigió hacia la orilla. Sally se lo pensó dos veces. Si soltaba a la chica la clínica se encontraría en un grave problema y no sabía cómo aquello podía repercutirle. Tiró de un brazo de la manguera y del otro de Coco.

—¡Venga! —los animó el otro bedel que comenzó a tirar con fuerza de las dos.

Coco parecía más despierta, se aferró a la manguera y apenas estaban a unos metros, cuando Sally notó algo enredado en su pierna. Miró las aguas turbulentas y vio que un alambre de una especie de boya se le había clavado en el pantalón. La chica se soltó y siguió sola hacia la orilla. La doctora se sumergió para soltarse, pero cuando regresó de nuevo a la superficie, Coco y la manguera estaban muy lejos. Nadó con todas sus fuerzas, cada brazada que daba le agotaba más y se encontraba aún lejos de la orilla.

Por su mente pasaron todos aquellos años de esfuerzos. Desde los catorce había renunciado a todo para tener el mejor expediente de su instituto, después para el examen de acceso a Harvard y el máster; había renunciado a sus amistades, a su familia por su carrera. Siempre pensó que ya tendría tiempo para disfrutar, para viajar y compartir con los demás su vida. Lo que no había pensado era que nadie sabe el tiempo que tiene, que cada segundo es un tesoro incalculable.

Comenzó a perder las fuerzas y hundirse. El agua se introducía poco a poco en sus pulmones robándole el hálito y acercándola al final.

—¡Dios mío! —logró exclamar antes de sumergirse.

Su cuerpo comenzó a pesar mucho, como si llevase pesas en los pies, mientras se encontraba en el punto intermedio entre la consciencia y la inconsciencia creyó ver algo apegado a la parte sumergida de la isla. Al principio no los identificó, pero pronto se dio cuenta de que se trataba de cientos, miles de esqueletos que formaban una masa con la tierra negra y sucia del fondo. Aquel parecía un cementerio secreto o la puerta de entrada al Hades. Una figura cadavérica se le aproximó, vestía todo de oscuro con un traje raído de seda negra y un velo cubría en parte sus terribles facciones. Sally dio un grito bajo el agua y notó una fuerza que tiraba de ella hacia la superficie, hacia la luz que se atrevía a filtrarse entre las aguas turbulentas del Hudson.

A algunos kilómetros de allí, la alcaldesa Madison estaba a punto de dar un discurso. La habían invitado para inaugurar un viejo edificio de la ciudad, que se convertiría en apartamentos de lujos, junto a la famosa Iglesia del Calvario entre la 4 Avenida y la Calle 30. La plataforma estaba situada justo al lado del jardín de la iglesia, que durante más de cien años había servido a la ciudad.

—Vecinos de Nueva York, estamos aquí para hablar de prosperidad y futuro. Nueva York ha sobrevivido a guerras, desastres naturales, crisis y momentos muy oscuros de nuestro país. Hoy es

un referente de prosperidad y apogeo económico. Podemos decir, que en cierto sentido, somos la capital del mundo. Nuestro liderazgo ha de continuar, convertirnos en el referente del siglo XXI como una ciudad que apuesta por la sostenibilidad y el reciclaje. Estos edificios autosostenibles, que generan su propia energía son un ejemplo de ello.

Una mujer bien vestida atravesó el pasillo creado por las sillas, la policía no vio nada sospechoso en ella y no le impidió el paso. La señora caminó justo a la segunda fila y se sentó.

—Nos espera un futuro prometedor, Nueva York saluda a una nueva Era, la Era Ecológica...

Los aplausos no se hicieron esperar, la gente se puso en pie en una gran ovación. La mujer mayor también lo hizo, pero ella no batió las manos, metió su mano en el bolso y sacó un revólver, salió al pasillo central y a poco menos de cuatro metros vació el cargador sobre la alcaldesa. Su primera reacción fue agacharse, pero una bala ya la había alcanzado cerca del estómago. Se giró cuando una segunda bala le atravesó un brazo y terminó de lanzarse al suelo cuando la tercera le alcanzó la espalda. Dos escoltas sacaron sus armas y dispararon a la anciana, antes de ser abatida gritó a los cuatro vientos:

—¡Maldita, no despiertes a los muertos!

La alcaldesa tumbada en el suelo respiraba con dificultad, intentó alejarse de las balas hasta que su asistente personal, Peter Rao, la incorporó un poco y taponó la herida por donde emanaba más sangre.

—No dejes que muera, Peter —le suplicó la alcaldesa casi sin fuerzas, antes de cerrar los ojos y ver claramente en su mente la isla de Roosevelt.

18. EXTASIS

Robert miró el teléfono y se asustó al ver cuatro llamadas perdidas y varios mensajes urgentes.

—Un momento —dijo a Janet, se dirigió al baño y llamó a la clínica.

—Joder, Robert. ¿Dónde te has metido? —le preguntó la voz airada de Akira.

—Estoy intentando arreglar unos asuntos de la clínica.

—Pues aquí las cosas se están descontrolando. Coco ha intentado suicidarse ahogándose en el río. Sally y unos bedeles la están sacando del agua, por favor, ven de inmediato.

Robert colgó el teléfono con el corazón desbocado y se dirigió de nuevo al salón.

—Tengo que irme. ¿Me ayudarías a encontrar la entrada a ese túnel? Podemos reunirnos en la capilla esta noche a las diez. ¿Te parece bien?

Janet dudó un momento. No estaba segura de que se tratara de una buena idea. A sus sesenta y cuatro años aún se sentía en forma, pero no le convencía meterse por unos túneles inexplorados en plena noche. Al contemplar el rostro desencajado de su alumno decidió aceptar.

—Está bien, pero ante cualquier peligro nos iremos de allí.

—Gracias —dijo mientras se ponía la chaqueta y corría hacia la puerta. Al salir, contempló con horror que la grúa se había llevado su coche. sin darse cuenta lo había estacionado en un lugar prohibido. Tomó un taxi y se dirigió a la isla.

Lo primero que le sorprendió fue un helicóptero sobrevolando la ciudad, el taxista masticaba un palillo con la radio a todo meter.

“Últimas noticias. La alcaldesa Margaret Madison ha sido tiroteada mientras daba un discurso en la 4 Avenida. Se desconoce la identidad de la agresora, una mujer negra de avanzada edad. Los guardaespaldas de la alcaldesa la han abatido. El hospital Memorial no ha facilitado todavía ningún informe oficial sobre el estado de Margaret Madison”.

Robert se quedó sorprendido al escuchar la noticia. El taxista se giró un poco y sin dejar de chupar el mondadientes le dijo:

—Esta ciudad se esta volviendo loca de nuevo. Cada vez me recuerda más a los 80, cuando la oleada de crímenes y de droga casi la convirtió en un infierno. Joder, han disparado a la alcaldesa en un acto a plena luz del día.

El doctor no respondió, tenía demasiadas cosas en la cabeza.

—¿Ha escuchado que el hijo de Johnson, el jugador, ha muerto por un ataque epiléptico en su casa? No creía que esos ataques fueran tan graves.

Robert comenzó a sudar, eso significaba que ya había trascendido la noticia. En breve la prensa relacionaría su muerte con la clínica y ya nadie podría parar la catástrofe.

El taxi se detuvo enfrente del edificio, afortunadamente no había rastro de ningún vehículo de emergencia ni de la policía. Corrió hacia la entrada y no paró hasta llegar al jardín. Le costó un par de minutos encontrar a los empleados y a la paciente junto al río.

—¿Qué ha sucedido?

Coco tenía una toalla sobre los hombros y lloraba junto a la orilla. Un bedel tiraba de lo que parecía una manguera, mientras dos mujeres se movían aún en el agua. Tardó un momento en identificarlas, era Sally y Nellie. Ayudó al hombre a tirar de la manguera, mientras el otro bedel estaba empapado tumbado sobre la hierba.

Robert estiró el brazo y ayudó a Sally a salir del agua. Estaba algo amoratada, pero viva. Después sacó a Nellie del río. Las dos se tumbaron en el suelo, intentando respirar.

—Traigan un par de camillas —dijo a los bedeles que corrieron hacia el edificio.

Ayudó a Sally a sentarse.

—¿Cómo te encuentras?

—Hecha una piltrafa. He estado a punto de ahogarme, aun no me creo que esté viva.

Después se giró hasta Nellie, que parecía mucho más entera.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé, esa jodida loca se lanzó al agua. La intentaron rescatar, pero se los llevaba la corriente. Les lancé la manguera y saqué a Coco, pero Sally se hundía, me lancé y la rescaté.

Los bedeles llegaron con las camillas. Se llevaron a Sally y Coco, Nellie podía caminar por sí misma.

Robert la acompañó hasta su habitación y esperó a que se cambiara en el baño. Un par de minutos más tarde apareció con otra ropa y secándose la cabeza con una toalla blanca.

—¿Estás segura de que no has tenido nada que ver con lo sucedido?

—No, doctor. Estaba paseando y vi como esa loca se lanzaba al agua. Ya le he contado quién soy, aunque no le he dicho toda la verdad.

El doctor la miró sorprendido, aquella chica era una fuente inagotable de problemas.

—¿A qué te refieres? He pasado un mal día y no tengo ganas de tonterías. Te voy a encerrar y darte calmantes, creo que estás detrás de todo lo sucedido.

—La chica que lancé al andén era amiga mía, Mary Logan. Nos conocemos de la facultad de Ciencias de la Información de Columbia. Estoy de becaria en el *Columbus Herald*. Nos llegaron noticias de varios casos de pacientes que habían sufrido malos tratos y experimentos ilegales. Decidí infiltrarme en la clínica.

Robert no podía creerse lo que escuchaba.

—Eso no tiene sentido.

—Ya te he dicho que me llamo Nellie Bly, también soy escritora y vengo de Odaho, pero no estoy loca. Aunque coincido contigo de que aquí pasan cosas muy extrañas.

—No he tenido tiempo de comprobar tu identidad. Lo haré ahora mismo.

—Muy bien, pero quiero que me dé el alta y marcharme.

—Ya te he comentado que te ha metido aquí un juez y únicamente él puede sacarte. Aunque haga un informe favorable, él tiene la última palabra.

La chica frunció el ceño y tiró la toalla aun lado.

—Me importa una mierda lo que diga el juez. Me marchó y nadie va a impedírmelo.

—No puedes irte —dijo interponiéndose en la puerta—. Si tú me ayudas, yo te ayudaré a ti. Yo también creo que está sucediendo algo aquí. Esta noche voy a averiguarlo.

—Mi vida corre peligro, sé que me han descubierto y tu jefe es capaz de hacer cualquier cosa para librarse de la cárcel e impedir que cierren este lugar.

Robert recordó en ese momento que uno de los mensajes era de la mujer de John.

—Deberás tener paciencia —dijo empujando a la chica y cerrando la puerta de su habitación. Nellie comenzó a gritar por la ventana redonda, pero estaba insonorizada.

Robert apretó el botón y escuchó el mensaje de Jacqueline.

—Robert, John ha sufrido un accidente, su coche se ha salido de la autopista. Estamos en el NYC Health. Por favor, ven cuanto antes.

El doctor se quedó un rato pensativo. Sentía a medida que se acercaba a la verdad que las

cosas se complicaban. Tenía que ver a Sally y Coco antes de acudir al hospital, debía poner en orden sus ideas.

19. GUSTO

La chica estuvo un rato aporreando la puerta hasta que se cansó, se tumbó en la cama y comenzó a planear una forma de escapar de allí. La bedel Anita de Dios le llevó la cena, la dejó sobre la mesa y cuando estaba a punto de irse, la joven le pidió que se quedase un momento.

—Tengo miedo, en este lugar pasan cosas extrañas cuando anochece.

El sol comenzaba a ponerse y llovía intensamente, el sonido del agua repiqueteaba en los cristales y el viento silbaba con fuerza.

—Lo entiendo, el edificio es muy antiguo, pero fue renovado casi en su totalidad. Llevaba tantos años en desuso que, cuando instalaron la clínica, tuvieron que reconstruirlo por completo.

—¿Estás aquí desde el principio?

—Sí, casi.

—¿No han sucedido cosas extrañas antes?

La mujer bajó un poco la guardia, hasta ese momento había sido reticente a responder.

—Es un centro psiquiátrico, aunque lo hayan decorado de esta forma, y en este tipo de lugares pasan siempre cosas espeluznantes.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Nellie intrigada.

—Ya sabes. Agresiones, suicidios, autolesiones.

—Entiendo. He oído que algunos de los primeros pacientes quedaron afectados por el tratamiento experimental.

La bedel pensó que era el momento de retirarse. No quería problemas. Necesitaba el trabajo para mantener a sus tres hijos.

—Son rumores, aunque sin fundamento, el doctor Hulton está realizando un buen trabajo.

Se despidió de la enferma y cerró la puerta. En la comida le habían puesto calmantes para dormir a un caballo, no querían otra noche como la anterior.

Pasaron un par de horas, los pacientes estaban descansando en sus habitaciones, cuando uno de los guardas del turno de noche comenzó a vigilar los pasillos. El hombre de mediana edad comprobaba las puertas. Después se dirigió al puesto de control, para seguir vigilando a través de las cámaras. Eran ocho rondas en total, conocía a la perfección cada rincón del edificio y dónde estaban situadas las cámaras. Por ley las habitaciones estaban libres de esa vigilancia constante. Abrió con su tarjeta la puerta de la habitación y miró a la chica tumbada sobre la cama. Se prometió que sería la última vez, no quería poner en peligro su empleo ni que le descubriesen, pero aquella actriz era una de las mujeres más guapas que había conocido jamás. La bedel le había comentado que aquella noche había aumentado la dosis de tranquilizantes, por lo que podía disfrutar tranquilo. La noche anterior se había despertado y los problemas se habían disparado.

Le quitó la sábana y la contempló unos segundos, después le subió el camisón hasta la cintura y le quitó las bragas. Se tumbó sobre ella y comenzó a penetrarla. La chica se movió inquieta, pero sin despertarse. Estaba en mitad del acto, cuando notó una corriente. Estaba seguro de que había cerrado bien la puerta, pero se giró para mirar. Justo a la altura de la cara vio el rostro de una mujer con el pelo despeinado que le miraba fijamente. Dio un respingo, mientras tenía las dos manos sobre la cama y los pantalones en los tobillos.

—¡Qué demonios! —exclamó intentando subirse los pantalones.

La mujer dio un grito que le heló la sangre, el hombre se giró y, antes de que pudiera reaccionar, sintió como algo le atravesaba el pecho. El dolor era tan agudo que apenas podía respirar.

—¡Joder! —gritó al sentir que la vida se le iba de repente. La sangre comenzó a brotar con fuerza inundando la cama, el cuerpo de la chica y del guardia. El hombre se derrumbó en la cama y la sombra se escapó de la habitación.

Anita de Dios levantó la vista en la sala de vigilancia. Solía tomar un café con el vigilante, era extraño que todavía no estuviera allí. Miró hacia los monitores para comprobar dónde podía estar metido, cuando en medio de los pasillos oscuros vio una figura que se movía. Un escalofrío le recorrió toda la espalda.

No era la primera vez que veía cosas raras o notaba presencias en el centro. Ella era originaria de la República Dominicana y sabía que entre los vivos caminaban los muertos. Comenzó a rezar en voz baja y miró tímidamente de nuevo los monitores. Volvió a ver la sombra, estaba más cerca. Venía hacia ella.

Se puso en pie y corrió hacia la entrada de personal para cerrar la puerta, tiró del pomo, pero alguien comenzó a empujar la puerta.

—¡Madre de Dios! —gritó Ana, después tomó el pomo con las dos manos, para evitar que entrara.

La puerta comenzó a ceder, ella decidió soltarla y correr hasta la sala de control y encerrarse dentro, desde allí llamaría a la policía. Apenas se había dado la vuelta, cuando alguien la agarró del moño, tiró con fuerza y la derrumbó. Se sentó sobre ella y comenzó a producir extraños ruidos.

—¡Por favor, suéltame!

Aquella cosa olía a humedad y barro, notaba sus manos frías y huesudas en la espalda. Le helaban la piel y al mismo tiempo se la quemaban.

—¡No, por favor! —suplicó por última vez.

Dos manos se aferraron al cuello, notó cómo le faltaba el aliento. Después su mente se quedó en blanco, se retorció para escapar, pero los dedos se cerraban cada vez más sobre su cuello. Entonces perdió las fuerzas, le quedaba un hálito de vida, estaba todavía consciente, cuando las manos aflojaron y su cara se golpeó contra el suelo de terrazo.

Robert dejó su despacho, había pasado a ver a Sally, parecía más tranquila. Pasaría la noche en la clínica, se encontraba bien, pero era mejor que recuperase la calma. Su compañera le contó lo sucedido. Ya no tenía muchas dudas de que Nellie le mentía. Desconocía sus oscuras intenciones, pero no le iba a permitir que arruinase todo su trabajo. Tomó el abrigo y se dirigió a la entrada. Le extrañó no ver a nadie, pero imaginó que el guarda estaba de ronda, abrió con su tarjeta y salió a la desapacible noche. La lluvia caía con tanta fuerza que se empapó antes de llegar al coche. Cuando se sentó al volante, comprendió lo agotado que se encontraba. Había quedado con Janet en la capilla, pero antes debía ir a ver a su jefe.

Condujo unos diez minutos y aparcó en el hospital, corrió hacia la entrada y se paró en el control. El bedel le conocía de sobra, más de una vez había llevado a los chicos para examinarlos o curarlos, antes de que tuvieran personal sanitario en la clínica.

—Doctor Pape, es un poco tarde para hacer una visita.

—Lo sé, pero hoy ha sido un día de perros.

—Aquí las cosas también han estado algo movidas. Ya sabe lo de la alcaldesa.

—Sí, ¿cómo se encuentra?

—Estable, que ya es mucho después de recibir varios disparos tan cerca. Es un milagro que siga con vida.

— ¿Cuál es la habitación de John Hulton III? —preguntó Robert, que estaba deseando terminar con todo aquello.

El hombre frunció el ceño extrañado.

—No sabía que estaba ingresado tu jefe. ¿Qué le ha pasado?

—Ha sufrido un accidente de coche, aunque no sé mucho más.

El bedel consultó en el ordenador y le indicó la planta y habitación.

Robert subió por las escaleras y caminó por el pasillo desierto, pasó al lado del control, una enfermera estaba sentada mirando los expedientes del día.

Se paró ante la puerta y llamó.

—La mujer de John estaba tumbada en un sillón. Se despertó al verlo entrar.

John dormía, tenía parte de la cabeza vendada, pero no parecía encontrarse muy grave.

—¿Cómo se encuentra?

La mujer miró hacia John, su rostro mostró por un momento el agotamiento y temores del día.

—Está bien, podía haberse matado. Justo dos días antes de cumplir los cincuenta años. Se había enterado de lo que había sucedido a Mark Johnson y se marchó hecho una furia. Al parecer perdió el control del vehículo y se estrelló.

—Lo siento mucho, Jacqueline, aunque lo importante es que está vivo y no ha sufrido daños irreversibles.

—Ha estado durmiendo la mayor parte del tiempo, pero a veces deliraba y decía cosas inconexas.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Robert extrañado.

—Un nombre de mujer, no les prestaba mucha atención, era algo así como Bly

—¿Bly? ¿Estás segura?

Jacqueline hizo un esfuerzo para recordar.

—Sí, decía Nellie Bly. ¿Te suena de algo?

Robert la miró durante unos segundos antes de contestar. Era el mismo nombre que había utilizado la chica. No había tenido tiempo de indagar más, pero no comprendía cómo su jefe lo sabía.

—Tengo que irme, Jacqueline. Mañana por la mañana volveré para ver cómo se encuentra.

—Por favor, toma las riendas mientras se recupera John. Estamos en tus manos —dijo al tiempo que el hombre se acercaba a la cama y contemplaba por unos momentos a su jefe.

20. TEMOR

Janet temblaba bajo su paraguas negro. Antes de que llegara su amigo, se había maldecido mil veces por haber salido de su casa en plena noche, para introducirse en los infectos túneles de la isla Roosevelt. ¿Qué demonios creía? Ya no era una jovencita capaz de meterse en una aventura, que cuanto menos podía costarle la salud. Miró de nuevo a la capilla, su aspecto era casi tan tétrico como aquella noche gélida de noviembre. Para muchos la isla Roosevelt o isla Blackwell continuaba siendo el basurero de Manhattan. Durante el siglo XIX y buena parte del XX, había servido para deshacerse de la escoria de la ciudad o al menos así era como pensaban en aquella época. Los enfermos, dementes y asociales tenían que apartarse de la ciudad y mantenerlos a buen recaudo, mientras se recuperaban o, en la mayoría de los casos, morían por las pésimas condiciones en las que se encontraban. El basurero humano de la ciudad de Nueva York, que no quería que nada eclipsara su reluciente Estatua de la Libertad y sus gigantescos edificios de cristal.

—Hola —dijo Robert dándole un susto de muerte.

—¿Dios mío! Por todos los santos, ¿por dónde has venido?

—He estado visitando a mi jefe, creo que te comenté que lo ingresaron debido a un accidente.

Janet sintió un escalofrío, aquella isla estaba maldita y si no se largaban de allí cuanto antes, ellos también sucumbirían a aquella maldición.

—¿Sabes cómo llaman a este lugar?

Robert encogió los hombros. Tenía la chaqueta empapada y el pelo mojado y una expresión nerviosa.

—Hell's Gate (Puerta del Infierno).

—Nunca había escuchado ese nombre —dijo mientras se dirigían a la puerta de la capilla.

—Los holandeses nombraron al East River, Helle Gadt que significaba estrecho brillante, pero el nombre fue cambiando hasta el actual Hell's Gate. El primer marino que navegó por estas aguas era un tal Adriaen Block y dejó constancia de los peligrosas que eran las corrientes a este lado del río. Para hacerlo más seguro, desde 1851 se dinamitaron todo tipo de obstáculos. Uno de los islotes hundidos fue el de Flood Rock, cuya explosión se escuchó hasta en Princeton, Nueva Jersey. Antes de que eso sucediera, por ambos bordes de esta isla se produjeron numerosos hundimientos. Incluso se han escrito varios libros y filmado algunas películas sobre esta zona. *Gang of New York* es una de las más famosas. Pero el reverendo Parker nos contará más detalles.

Janet llamó a la puerta y un par de minutos después un hombre vestido con un jersey de lana color gris les abrió. Su pelo era casi tan claro como el jersey, su barba caía por encima del cuello vuelto y sus gafas de pasta marrón le empequeñecían unos ojos también grises.

—Janet, cuánto tiempo ha pasado.

—Por lo menos 2.000 años, como a tu jefe.

—Ya estás como siempre. Pasad, estaba preparando un té caliente, la noche se presenta desapacible.

—La vida es desapacible —dijo Janet con una sonrisa, parecía disfrutar con el encuentro con su viejo amigo.

Cruzaron la capilla del Buen Pastor. Tenía una forma extraña. Se componía de una nave amplia

sin columnas, con un altar en forma de arco ojival.

—La iglesia está más activa que nunca, ha crecido mucho la población desde que comenzó a construirse hace unos años. La isla ha perdido encanto, pero ha ganado vida —comentó el pastor.

—Nueva York ha perdido todo su encanto —se quejó Janet, que era una nostálgica de la ciudad en los años setenta.

—Todo cambia, querida —dijo el sacerdote mientras entraban en un cuarto. Allí olía a té y galletas de canela.

Comieron unas pocas antes de comenzar a hablar. Robert estaba famélico y la mujer comenzó a entrar en calor con el té bien caliente.

—Mi amigo quiere visitar los túneles —le espetó sin dar muchas más explicaciones.

El pastor frunció el ceño. Únicamente había estado una vez en el sótano, poco después de la reforma del edificio, cuando lo reabrieron al culto quince años antes.

—¿Estáis seguros? Nadie ha entrado allí hace más de una década. Se creen que los usaban los contrabandistas, incluso antes los indios.

—Correremos el riego. Traemos linternas, unas cuerdas... —comentó Janet mientras comenzaba a sacar cosas de la mochila.

El pastor puso los ojos en blanco y comenzó a contar más detalles de la isla.

—Esta isla siempre ha recibido a ilustres visitas. Algunos vinieron obligados, como Mae West o Billie Holiday, que fueron internos de la prisión. Charles Dickens también la visitó y criticó las condiciones en las que se tenía a los presos y enfermos del hospital. Aunque uno de los personajes más famosos fue Nellie Bly.

Robert se quedó sorprendido al escuchar el nombre.

—¿Quién?

—La famosa periodista Nellie Bly. ¿No me diga que nunca ha escuchado hablar de ella?

—Lo cierto es que no —contestó el hombre sorprendido de la similitud con el nombre que le había dado su paciente.

—Es la pionera de las periodistas, la primera mujer que realizó periodismo de investigación. Se internó en el manicomio para investigar el maltrato de los enfermos por sus cuidadores. No era fácil entrar en la isla durante el siglo XIX, se necesitaba un permiso especial, que se concedía en muy pocas ocasiones —contestó el pastor, después se puso en pie—. Será mejor que bajemos a las tripas de la isla antes de que sea más tarde. No quiero hacer esperar a mi esposa, siempre se empeña en esperarme para cenar.

Robert continuaba rumiando lo que el reverendo les había contado. Salieron de nuevo a la capilla, detrás del altar había en el suelo una gran plancha de madera, el pastor la levantó y apareció el principio de una escalera del mismo material.

—No se hagan ilusiones, dentro está mucho peor. Esta parte se arregló con la reforma. Las damas primero —dijo mientras señalaba con la luz el agujero.

Descendieron por la estrecha entrada, la pared era de ladrillo visto, pero por su desgaste parecían muy antiguos. Llegaron a lo que parecía un sótano, había unas estanterías metálicas y cajas.

—Aquí guardamos, bueno lo que no nos atrevemos a tirar. La humedad estropea todo enseguida.

El pastor señaló una portezuela de madera de poco más de un metro ochenta de altura, Robert debería caminar con la cabeza inclinada, a no ser que por algún punto se ensanchara.

—El túnel es original. Los obreros lo encontraron y nosotros pusimos la puerta, para que

nadie se metiera —dijo mientras abría el candado.

Un fuerte olor a humedad y putrefacción les hizo taparse la cara.

—Los gases no son nocivos, pero la verdad es que huele a verdadera cloaca —dijo el pastor colocándose un pañuelo en la boca. Después entraron en fila y se dejaron llevar por aquellos pasadizos, como Teseo en el laberinto del Minotauro.

21. HOGAR

Nellie no recordaba mucho de su hogar. La mente tenía una forma curiosa de protegerse, capaz de olvidar los momentos más tristes y horrorosos de la existencia, para después revivirlos en el momento menos apropiado. Salió de la habitación y vio la puerta entreabierta del cuarto de Coco. Se asomó y vio el cuerpo ensangrentado del guarda en el suelo y sentada en la cama, con las piernas encogidas a la chica.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé, me he despertado, estaba destapada y tenía frío. Me ha olido mal, he mirado debajo de la cama y he visto el cuerpo —contestó con la voz temblorosa.

—Tenemos que largarnos de aquí. Ya se lo he dicho al doctor, este lugar es peligroso, pero no ha querido creerme. Aquí todo el mundo piensa que estamos locas, puede que sea cierto, aunque eso no quita que seamos capaces de ver la realidad.

Ayudó a Coco a ponerse un pantalón, botas de piel forradas por dentro y un abrigo. Después fueron a su habitación y se cambió de ropa. Se dirigieron al centro de control, allí estaba el botón de apertura de la reja y del ascensor. Escucharon un ruido y se asustaron. Al final Nellie abrió la puerta y entró en la sala de control. Ana estaba tendida bocarriba, con varios moratones en el cuello. Le tomó el pulso, todavía vivía.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Coco, que comenzaba a reaccionar.

—No lo sé. Parece que la han intentado estrangular.

La bedel abrió los ojos y las dos chicas dieron un paso para atrás.

—Mierda —dijeron a coro.

La mujer extendió la mano, tenía el puño cerrado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nellie.

Ana abrió la mano y dejó caer un pedazo de papel. Coco lo abrió y comenzó a leer en voz alta.

—La leyenda de...

Escucharon un ruido en el pasillo.

—Deja eso, tenemos que largarnos de aquí —le dijo en voz baja Nellie.

Llegaron de nuevo hasta el control, no se veía a nadie, apretaron el botón y se dirigieron a las escaleras. Escucharon unos pasos a su espalda, sentían cómo el corazón se les salía del pecho, mientras sus zapatos repiqueteaban en los escalones. Corrieron por el pasillo de la planta baja y llegaron hasta la puerta principal, pero estaba cerrada con llave.

—Mierda. ¿Por qué no se abre? —preguntó angustiada Coco.

Los pasos se acercaron en la oscuridad. Las dos chicas se giraron y vieron una figura alta en medio de las sombras. Nellie buscó una salida, tiró de la otra paciente y corrieron en dirección al comedor. Llegaron hasta la puerta y la empujaron, afortunadamente se encontraba abierta. Se escondieron entre las mesas.

La figura abrió la puerta y se detuvo un momento en el quicio sin entrar. Después, la cerró y comenzó a buscarlas entre los pasillos.

Nellie agarró del brazo a Coco y agachadas entraron detrás de la barra del autoservicio, pasaron a la cocina y se ocultaron detrás de la encimera.

—¿Quién es? —preguntó muy asustada Coco.

Nellie hizo un gesto para que se callara.

Los pasos se detuvieron delante del autoservicio, la sombra levantó la encimera y entró en la cocina. Las dos chicas comenzaron a temblar, mientras escuchaban cómo aquel hombre se aproximaba.

—¡Corre! —gritó Nellie y saltó por un lado y corrió de nuevo hacia la puerta. Coco la siguió, pero tropezó con la pata de una silla y cayó de bruces al suelo.

—¡Ayúdame! —le gritó desde el suelo. La chica se giró y frenó en seco, pero el hombre corrió hacia ellas.

—Lo siento —dijo Nellie mientras salía por la puerta. Al lado de la entrada vio un cubo con una fregona. Tomó el palo y atrancó la puerta.

Mientras se dirigía de nuevo a la entrada principal, lo único que podía pensar era en llamar a algún lado para pedir ayuda.

TERCERA PARTE

22. MANHATTAN

John Hulton III se despertó de golpe y se incorporó en la cama. Jacqueline dio un respingo en el sillón y acudió de inmediato a la cabecera.

—¿Dónde estoy? —preguntó sudoroso, se miró el brazo con el suero y los monitores que parpadeaban a su alrededor.

—Tuviste un accidente. ¿No lo recuerdas?

Su último pensamiento había sido un segundo antes de salirse de la autopista, pero no sabía cómo había llegado hasta allí. Se arrancó el catéter y salió de la cama.

—No puedes moverte, son las diez de la noche, el doctor no te verá hasta mañana.

—Tengo que ir a la clínica. ¿Has visto las noticias? ¿Dónde está Robert? —preguntó mientras buscaba su ropa.

—Vino hace una hora más o menos, estabas durmiendo y se marchó.

Abrió la taquilla y comenzó a vestirse.

—Estás herido. Tienes varias costillas rotas y una contusión en la cabeza.

—Si no soluciono esto cuanto antes, ya no importará si celebro mi próximo cumpleaños. ¿No crees? Todo lo hice por nuestro hijo, por nuestra familia.

Jacqueline se aferró al brazo de su marido, pero este la empujó con fuerza hacia un lado.

—Tengo que marcharme. Dame tu teléfono, el mío debió destrozarse en el accidente. También las llaves del coche.

La mujer accedió a dárselo, John se puso los zapatos, el abrigo y salió al pasillo. Nadie le detuvo hasta la entrada. Fuera llovía con fuerza, se cubrió con el abrigo la cabeza y salió a la gélida noche neoyorquina.

Apretó el botón para buscar el coche de su esposa, unas luces resplandecieron a pocos metros. Se subió y respiró hondo antes de arrancar. Sentía un fuerte dolor en el pecho.

—¡Joder! — se quejó antes de apoyar la espalda. Buscó en la guantera un calmante de su mujer y lo tragó sin agua. Después pisó el acelerador y se dirigió a toda velocidad hacia la clínica.

Quince minutos más tarde aparcó al lado de la puerta y caminó deprisa bajo la lluvia hasta la entrada principal. Estaba cerrada con llave. Tocó el timbre pero no recibió respuesta.

—¿Dónde mierda está todo el mundo?

La única forma de entrar era por atrás. Había una puerta por donde se sacaban los desechos y la basura, a veces la dejaban abierta. Caminó bajo el aguacero y probó a llamar a Robert, el móvil estaba fuera de cobertura. Tampoco cogieron el teléfono en la sala de control de la clínica. Pasó por detrás de los cubos de basura y llegó hasta la puerta. Tiró con fuerza, sintió un pinchazo en el pecho, pero la puerta de metal se abrió.

Subió del sótano a la planta baja, conocía aquel edificio como la palma de su mano. No encontró a nadie por el pasillo ni en la recepción. Subió a la primera planta y se dirigió hasta el

control. No había nadie sentado, entró en la sala de monitores y vio el cuerpo de la celadora.

—¡Joder! ¿Cómo es posible?

Salió de allí hasta la zona de hospitalización. Su ayudante, Sally, parecía dormir plácidamente.

—¿Sally? ¿Estás bien?

La mujer se despertó sobresaltada.

—¿Qué hace aquí a estas horas?

—Estamos jodidos, he encontrado a la celadora muerta en la sala de monitores.

—Hay que llamar a la policía —dijo Sally incorporándose.

—Es una locura, no podemos comunicarnos con las autoridades. Cerrarán la clínica, abrirán una investigación y eso no nos conviene. Lo sabes muy bien.

—Hay una mujer muerta y..., están pasando cosas muy extrañas.

—Antes veremos qué ha sucedido. No podemos dejar que la situación se nos escape de las manos.

La mujer frunció el ceño. Una cosa era intentar salvar su trabajo y otra muy distinta terminar en la cárcel para mantener abierta la clínica. Su lealtad no llegaba a tanto.

La mujer tomó el teléfono de la mesita para marcar el número de emergencias, pero el hombre se lo quitó de la mano. Lo lanzó al suelo y lo pisó.

—He dicho que todavía no. ¡Vístete! Nosotros resolveremos esto.

Sally se quedó petrificada. Su jefe había perdido la cabeza por completo. Le conocía desde hacía más de un año, jamás le había visto en aquel estado.

La mujer se vistió a toda prisa, se dirigieron al despacho de John en la última planta y este le pidió que le esperase. Apretó un botón en el escritorio y una caja ascendió y se abrió. Marcó un código en una puertecita de hierro y se escuchó un sonido seco. John tomó su pistola y la guardó en el bolsillo del abrigo, antes de que la mujer pudiera darse cuenta.

Bajaron hasta la segunda planta y registraron toda la zona sin ver a nadie, después fueron a la primera, los hermanos Scott y Michel continuaban en sus habitaciones con llave, también Anna, pero la de la paciente sin identificar estaba vacía. Llegaron a la de Coco y vieron el cuerpo del guarda tendido en el suelo.

—Tenemos que llamar a la policía —insistió Sally. Tenía el estómago revuelto y la cabeza le dolía mucho.

John la miró fijamente a los ojos.

—He dicho que lo resolveré. Si no colabora la dejaré encerrada en una de las habitaciones.

Sally no quería quedarse sola.

—Iré contigo.

—Sabia decisión —contestó el hombre mientras salían del cuarto. Apenas habían caminado unos metros cuando una sombra se acercó corriendo por el pasillo. John sacó el arma del bolsillo y apuntó. La figura se aproximó un poco más, no podía distinguir nada más que el contorno.

—¡No dé ni un paso más! —gritó mientras levanta el arma hacia la sombra.

23. ISLA

En cuanto comenzaron a caminar escucharon los chillidos de las ratas. Siempre habían sido unas de las plagas de la ciudad y las autoridades temían que acabaran por propagar alguna enfermedad que diezmara a la ciudad. Janet enfocó a uno de los lados y los ojos rojos de los pequeños mamíferos brillaron un instante antes de que corrieran a ocultarse.

—Tenías que haberme advertido de que este sitio se encontraba plagado de ratas.

—Ya te comenté que llevo más de quince años sin entrar aquí. Debe haber alguna conexión con las cloacas, seguramente los operarios del alcantarillado lo han conectado a las nuevas cloacas —contestó el pastor con una media sonrisa, parecía disfrutar de la desesperación de su amiga. Sabía que había muy pocas cosas capaces de alterarla.

Robert dio una patada a una de las ratas más grandes y todas se alejaron de allí entre chillidos. Un rato después se hizo la calma.

Continuaron caminando hasta que el túnel desembocó en un espacio mucho más alto y diáfano.

—Creo que estamos bajo la casa Blackwell. Una de las más antiguas de la ciudad —comentó el pastor.

—Eso quiere decir que nos hemos desplazada al noroeste —señaló Robert.

Continuaron caminando, las paredes ya no eran de ladrillo, parecían excavadas y recubiertas por piedras grandes. Llegaron hasta una parte en la que había cavidades, como nichos a varias alturas.

—¿Qué es esto? —preguntó Robert.

El reverendo enfocó con la linterna.

—Parecen tumbas.

Removió la tierra y se vio una calavera.

—Tumbas indias —dijo al encontrar restos de tejidos y huesos.

—¿Hay un cementerio indio bajo la isla? Eso sí que no me lo esperaba —comentó Janet.

—Los holandeses mataron a cientos de indios de la zona, los ingleses hicimos otro tanto.

—Querido pastor, todo eso se hizo en nombre de Dios y la religión —dijo Janet, ahora que se encontraba más tranquila quería tomarse la revancha.

—Y de la civilización y la ciencia. El ser humano busca cualquier excusa para someter a otros.

—¿Hacia dónde nos dirigimos ahora? —preguntó Robert.

El túnel parecía torcer hacia la derecha, isla abajo.

—Creo que al laboratorio que se construyó cerca del hospital, pero hay otro túnel desde la casa de Blackwell que va en dirección norte, al antiguo manicomio y donde estaba la penitenciaría —contestó Janet.

—Sigamos por aquí —dijo Robert, que quería ver si podían llegar hasta la clínica por esos túneles.

Después de una media hora llegaron a un nuevo espacio abierto. La mujer se sentía agotada, el pastor impaciente por regresar a su casa y el hombre nervioso. Necesitaba saber si se comunicaba toda la isla, tenía la sospecha que lo que encontrasen debajo les ayudaría a entender lo que estaba pasando arriba.

El reverendo iba el primero, se detuvo y alumbró hacia arriba.

—¡Por el amor de Dios! —gritó al ver la inmensa sala en forma de cúpula que se abría ante sus ojos.

Los tres accedieron al enorme espacio. Todas las paredes estaban cubiertas de huesos, como si se tratara de un inmenso mausoleo.

—¿Quiénes son estos muertos? ¿Cómo han llegado aquí? —preguntó Robert.

—Estamos justo debajo de la clínica —dijo el pastor.

—Dios mío, es verdad —dijo Janet llevándose las manos a la cara.

Los dos la miraron confusos.

—¿Qué es verdad? ¿A qué te refieres? —preguntó Robert, mientras la mujer se sentaba en una roca.

24. PASADO

Nellie estaba tan asustada, que sus pulmones parecían incapaces de acumular aire. Tomó el teléfono de la entrada, intentó marcar, pero un desvío de llamada se lo impedía.

—¡Mierda, mierda, mierda!

No quería pensar lo que le estaba sucediendo a Coco, pero sin duda no era nada bueno. Dio al botón de apertura y corrió por las escaleras hacia la primera planta. Buscó la forma de abrir las puertas de los otros pacientes, no pudo, se encontraban bloqueadas.

—¿Qué puedo hacer?

Las ventanas de la primera planta no se podían abrir y desde la segunda y la última si se lanzaba al vacío terminaría matándose o rompiéndose la columna. Después se le ocurrió, que tal vez con los teléfonos de la última planta sí podría comunicarse con el exterior. Estaba dirigiéndose a las escaleras cuando escuchó voces. Se agachó, se quedó quieta y en silencio hasta que las voces se aproximaron.

“Creo que es el doctor mayor y la doctora Sally”, pensó mientras se ponía de pie y comenzó a caminar hacia ellos.

—¡Alto! —escuchó y se detuvo, mientras notaba que el doctor alzaba algo que brilló bajo la luz de las luces de emergencia.

—No dispare —le dijo mientras levantaba las manos, aunque con aquella luz el hombre no pudo verlas.

Justo en ese momento se encendieron las luces del pasillo deslumbrándolos a todos.

—¿Por qué no está en su habitación? —le preguntó John, mientras se aproximaba.

—Hay un loco suelto matando gente.

Los dos psiquiatras la miraron sorprendidos.

—¿Lo has visto? ¿Dónde está? —preguntó Sally.

—La última vez se encontraba en la cocina, tenía atrapada a Coco. Ha sido horrible —dijo mientras se acercaba y se abrazaba a la mujer.

—Tranquila, ya ha pasado el peligro.

—¿Han llamado a la policía? —le preguntó quitando su rostro lleno de lágrimas de su hombro.

—Todavía no —dijo John, mientras se guardaba el arma.

—¿Por qué? ¿No han visto los cadáveres?

—Tenemos que ser prudentes, será mejor que regreses a tu habitación.

—¿Se ha vuelto loco? ¿No querrá que me mate? Si me encierra seré una presa fácil.

El hombre la tomó por el brazo y la llevó hasta la puerta.

—La chica tiene razón —comentó Sally tirando del otro brazo.

—No tengo tiempo que perder. Si está en la habitación nadie podrá hacerle daño. Todas están bloqueadas.

No había terminado de pronunciar las frases cuando se escuchó un sonido metálico y todas las puertas de la planta se abrieron a la vez. Los otros tres pacientes no tardaron en aparecer por el umbral.

—¿Qué sucede? —preguntó Anna somnolienta.

Los dos hermanos salieron en pijama.

—Nada, regresen a sus habitaciones —les contestó John.

—No es cierto, hay un loco matando a gente. ¡Escapad! —les gritó Nellie. Los tres se quedaron parados al principio, sin llegar a comprender a qué se refería la chica.

Nellie logró zafarse de John y corrió hacia las escaleras. El hombre intentó alcanzarla, pero le dolían demasiado las costillas, sacó el arma y todos se alarmaron al verla.

—¡Quietos!

Los otros tres chicos le miraron y echaron a correr en la otra dirección.

John maldijo su suerte, aquella maldita noche, la clínica y la isla.

Nellie corrió escaleras arriba. La segunda planta parecía vacía, miró por las ventanas de las puertas. No se veían pacientes. ¿Cuántos eran? Ella solo había visto a los otros cuatro chicos y con ella hacían cinco.

Escuchó a sus espaldas unos pasos, allí no había vuelto la luz. Entonces vio de nuevo a la figura y para su sorpresa le habló.

—No te marches, por favor.

Al principio se le heló la sangre, pero al escuchar la voz, se quedó parada, como si no esperara que se tratara de alguien de su edad.

—¿Quién eres? —se atrevió a preguntarle.

—No te voy a hacer daño. Llevo aquí desde el principio.

—¿Desde el principio? —le preguntó Nellie.

La figura se acercó. Era grande y muy fuerte, pero su rostro era como el de un niño. Sus rasgos no eran claros con tan poca luz.

—¿Qué has hecho con Coco?

—Está bien. La he bajado a mi sala de juegos, para que esté a salvo.

—¿A salvo de qué? Tú mataste al guarda y la bedel. ¿Verdad?

El chico negó con la cabeza.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

El desconocido se encogió de hombros y se acercó un paso más.

—No te acerques. Llévame con Coco.

El chico se dio la vuelta y Nellie lo siguió, tomó un ascensor que se usaba como montacargas, era casi tan viejo como el edificio, ella dudó un momento antes de montar. Luego se quedó a un lado, sin dejar de observarlo.

—¿Por qué nos perseguía?

—Para protegeros —comentó mientras apretaba el botón.

El montacargas descendió lenta y ruidosamente mientras la chica se arrepentía de haberse montado en él con un perfecto desconocido. De alguna forma le creía, sabía que era incapaz de hacerle daño. Era algo que detectaba en las personas, como un don que muy pocos poseían.

25. VERDAD

La verdad es siempre un regalo que desprecian los cobardes. Robert a veces se preguntaba si realmente existía o todo era un cúmulo de mentiras al que llamábamos “verdad”. La ciudad de Nueva York parecía haber construido su propio túmulo secreto. En una época en la que las ideas de eutanasia y eugenesia triunfaban y el darwinismo social imperaban en la sociedad, las mentes preclaras de la sociedad no veían en la eliminación y esterilización de los marginados, los débiles y los enfermos nada malo.

—Este es el cementerio oculto de la isla Roosevelt —comentó desolada Janet—. Nunca pensé que me avergonzaría de mi ciudad de esta forma. Estos son los reclusos, los enfermos, los marginados que la sociedad prefirió eliminar durante el último cuarto del siglo XIX y quién sabe, hasta qué año del siglo XX.

El reverendo se puso en cuclillas, como si el peso de aquel horror le hubiera dejado exhausto.

—Señor, te ruego por las almas de todas estas personas. Te ruego por los despreciados y marginados de este mundo, a los que se les negó la felicidad desde antes de nacer, que encuentren acogida en tu Reino. Dios mío, perdona a la ciudad de Nueva York.

La breve oración del pastor conmovió a Robert, llevaba mucho tiempo sin hablar con Dios. Se sentía muy decepcionado por la muerte de su prometida. Pero, de alguna manera, todo aquel sufrimiento concentrado en la cúpula le hizo sentirse en paz consigo mismo.

—Os habéis fijado en esa escalera —dijo Robert señalando una especie de escalinata que recorría en forma de círculo toda la cúpula.

—¿A dónde conducirá? —preguntó Janet.

—Creo que es a la clínica. Debemos estar casi en el extremo de la isla —dijo el pastor.

—Será mejor que salgamos por ahí, no quiero recorrer de nuevo todo el túnel.

Janet miró la escalinata con cierta angustia, parecía empinada, peligrosa y difícil de escalar.

—Ánimo, yo te ayudaré.

Primero comenzó a subir el pastor. A pesar de su edad estaba en plena forma. Pisaba con cuidado, los escalones de madera se encontraban en mal estado, alguno estaba roto o podrido. Ascendieron lentamente. Janet aferrada a la pared, Robert justo detrás para infundirle seguridad, hasta que llegaron justo a la mitad. El pastor plantó el pie en un escalón y este se partió, su pierna se introdujo en el hueco y después el resto del cuerpo; logró agarrarse a la estructura oxidada.

—¡Ayuda! —gritó mientras su cuerpo se balanceaba en el vacío.

Janet se hizo a un lado y Robert se adelantó, extendió las manos e intentó tirar del hombre. La escalera comenzó a moverse y, a pesar de sus esfuerzos, era imposible alzarlo a pulso.

—Apoye el pie en esa roca, no puedo levantarlo yo solo.

El pastor se impulsó un poco y logró sacar la mitad del cuerpo por el hueco, Robert tiró de él y lograron que se apoyara sobre el escalón de más arriba.

—¡Mierda! ¡Quiero que nos larguemos de aquí!

El hombre relevó al reverendo y se puso en cabeza. Ascendieron con mucho cuidado, mirando dónde ponían los pies. Un par de veces estuvieron a punto de caer al vacío, pero lograron llegar a la parte más alta.

—Hay una puerta de hierro, parece muy oxidada —comentó Robert, mientras intentaba

forzarla. La golpeó con el hombro, pero la puerta apenas se inmutó.

—Déjeme a mí —comentó el pastor. Examinó la puerta, con un trozo de escalera estuvo escarbando por debajo y después tiró con fuerza. La hoja chirrió, pero terminó cediendo.

—Más vale maña que fuerza —dijo Janet aliviada. Quería salir de aquel cementerio lo antes posible.

Robert enfocó con su linterna la sala. Era un sótano con varias puertas. Dos de ellas estaban cerradas, la tercera se abrió sin dificultad.

Se sorprendieron al ver que el cuarto se encontraba totalmente reformado. Tenía aire acondicionado, una pantalla de televisión, ordenador y una cama con una colcha agradable de color azul que representaba el universo. En un armario había ropa.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Janet, que hizo un gesto de disculpa hacia el sacerdote.

—No te preocupes, yo también me lo pregunto.

—Nada de esto se encuentra en los planos. Conozco bien la clínica y aquí no hay nada —dijo Robert sorprendido.

—Creo que tu jefe guarda algunos secretos —comentó Janet. Ya le había dicho que los Hulton no eran de fiar.

—Puede que aquí escondieran a pacientes para probar el fármaco sin los controles de la ciudad —dijo Robert indignado. Su jefe le había estado utilizando, llevaba semanas sospechando de su extraña actitud, aunque lo había achacado a los nervios por su cincuenta cumpleaños.

—Creo que John quería tomar un atajo —dijo Janet—. Esta ciudad siempre ha estado repleta de oportunistas para los que la raza humana es un simple medio que utilizar para cumplir sus fines.

Escucharon voces, parecía que había alguien en una de las puertas cerradas con llave.

—Hola. ¿Hay alguien aquí? —preguntó el hombre mientras movía sin éxito el pomo de la puerta.

—¡Por favor, sáquenme de aquí!

—¿Quién eres? ¿Qué hace encerrada? —preguntó Janet.

—Soy Coco, un hombre, bueno un chico me atrapó y encerró aquí. Por favor sáquenme tengo mucho miedo.

Robert buscó algo con lo que forzar la puerta. Encontró una barra de hierro medio oxidada e hizo palanca. El hierro comenzó a doblarse, pero la cerradura cedió.

Coco salió disparada de la celda, se abrazó a Robert y comenzó a llorar desconsolada.

—Ha sido horrible, quiero irme de aquí.

—Tranquila, te prometo que yo mismo te sacaré.

El pastor abrió la única puerta que no habían probado, daba a unas escaleras. Robert fue el primero en ascender, seguido de Coco, Janet y el reverendo. Al final había una última puerta, que afortunadamente estaba abierta. Salieron al pasillo del sótano. No había ni rastro de empleados o pacientes. Aunque aquellas horas de la noche era normal.

—Saldremos por la entrada principal. Mañana por la mañana avisaremos a las autoridades de lo sucedido. El mundo debe conocer lo que hay allí abajo.

Robert los guio hasta la recepción. El guarda nocturno no se encontraba en su sitio. Aquello debió ponerle sobre aviso de que la cosas no marchaban bien.

—Será mejor que me esperen aquí. No tardaré en regresar con las llaves.

Coco no parecía muy convencida, pero Janet la tranquilizó.

—Tranquila, con nosotros estarás bien.

—No les he contado nada, pero en nuestra planta Nellie y yo hemos encontrado al guarda y la

bedel muertos.

Robert la miró incrédulo.

—Es imposible. ¿No habrás tenido una alucinación o te has confundido?

La chica negó con la cabeza.

—El guarda estaba desangrándose junto a mi cama y la bedel la vimos en la sala de control de la primera planta. Parecía como si la hubieran estrangulado. Me dio este papel.

Estaba muy arrugado, Robert lo abrió con cuidado, parecía muy viejo.

“John Hulton III, el heredero de la fabulosa fortuna Hulton, ha sido ingresado en el psiquiátrico de la isla Roosevelt, tras perder la cabeza y agredir a un compañero de la escuela”. El estudiante ingresó en estado crítico, tras perder mucha sangre y la pérdida de la vista del ojo derecho. La familia de la víctima ha presentado una denuncia contra el centro educativo y la familia Hulton. Aunque muchos temen que la poderosa y adinerada saga de Nueva York acalle el caso indemnizando a los padres del niño herido”.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó sorprendido Robert. Sabía que su jefe había sido un adolescente problemático, pero no que había estado encerrado en un psiquiátrico, tras agredir a un compañero.

El hombre comenzó a andar en dirección a las escaleras. No podía negar que sentía un escalofrío que le corría por toda la espalda. Los pasillos en penumbra, ese silencio incómodo que le permitía escuchar su propia respiración acelerada, no le hacía presagiar nada bueno.

26. UNA CASA

Sally estaba tan indignada que si no hubiera sido por el nuevo apagón se habría marchado de nuevo a la planta baja para intentar escapar. Entonces se miró los pies, tenía unas zapatillas del hospital puesta y sobre el camión su abrigo. No se le había ocurrido ni cambiarse.

—Tengo que ir a cambiarme de ropa.

—No, tenemos que encontrarle.

—¿A quién? No sé de quién estás hablando.

El hombre le hincó una mirada que la hizo estremecerse, jamás le había visto en ese estado.

—¿Por quién piensas que hago todo esto? Llevo años soportando la maldición de los Hulton. Mi único heredero, la persona que debería sustituirme cuando muriese no puede controlarse.

—No entiendo nada —le contestó asustada.

—Sabes, a veces entre el genio y la locura hay apenas un paso. ¿Quiénes son los cuerdos y los locos?

—Como psiquiatra deberías saber eso —le dijo mientras retrocedía un paso.

—Necesitaba el ADN de esos chicos, probar con ellos primero, para que mi hijo se curara. Lleva encerrado doce años, ahora es casi un hombre y no ha conocido el amor, la sensación de la brisa sobre su piel, la luz del sol.

Sally miró de reojo la puerta que daba a las escaleras. Ni podía correr demasiado con esos zapatos, pero era mucho más seguro que continuar al lado de John.

—Vamos abajo, tiene que estar abajo. No puedo creer que haya hecho todo esto. Estaba recibiendo muy bien el tratamiento.

Sally se giró y comenzó a correr. El hombre la miró sorprendido, sacó el arma y disparó. La mujer sintió un fuerte dolor en la espalda. No sabía que las balas quemaban. El impacto la lanzó hacia delante, pero no perdió el equilibrio, empujó la puerta, sintió un fuerte pinchazo de nuevo y comenzó a bajar las escaleras.

La adrenalina la mantenía anestesiada. Intentaba no caerse, sabía que si perdía el equilibrio no podría ponerse en pie.

Escuchó que se cerraba la puerta en la planta de arriba, aquello era señal de que la seguía y no dejaría de hacerlo hasta acabar con ella. Pensaba que se trataba de aquel maldito sitio, esa isla infecta, ese edificio maldito.

Los pasos del hombre repiquetearon en la escalera, cada vez sonaban más cerca. Sally llegó a la planta baja e intentó correr por el pasillo, pero apenas había dado dos pasos, cuando notó otras dos balas la atravesaban, como agujijones de fuego.

Se derrumbó en el suelo, intentó arrastrarse, pero sus fuerzas comenzaron a agotarse, a medida que perdía sangre, el hálito de vida desaparecía poco a poco.

John llegó hasta la doctora y la apuntó a la cabeza.

—¿Por qué me has obligado a hacer esto? No podías hacerme elegir entre mi hijo y tú. Lo pasamos bien juntos cuando comenzamos el trabajo. Veía mucho potencial en ti, pero de qué sirve todo eso ahora. Este edificio, el proyecto ha saltado por los aires, ahora únicamente me queda salvarlo, aunque tengas que destruirlo todo.

Sally comenzó a experimentar cómo sus sentidos se embotaban, primero el oído, después la

vista, que comenzó a nublarse.

—John —dijo en un tono casi inaudible.

—Lo siento —dijo el hombre mientras apretaba el gatillo de nuevo y la última bala le atravesaba el cráneo.

En ese momento Robert apareció por el pasillo y se quedó paralizado al ver a su jefe armado y a su compañera muerta en el suelo.

John le miró fríamente y bajando el arma le dijo:

—Era ella Robert. Ha estado boicoteando el proyecto, manipulando a los pacientes, falseando los datos y ahora, encima ha matado a dos empleados. Se volvió loca, no admitía que tú fueras mi mano derecha. Ahora todo se ha ido al traste.

—Suelta el arma.

—¿Te has vuelto loco?

—No me contaste que habías estado en el psiquiátrico de adolescente por agredir a un compañero de clase.

—Eso fue hace mucho tiempo. Llevo con tratamientos desde entonces. Me diagnosticaron esquizofrenia. Aunque ahora sé que estaba mezclada con paranoia y bipolaridad. La heredé de mi padre y de mi abuelo, por eso necesitaba dar con una cura.

Robert levantó las manos.

—¿Para qué son esas habitaciones del sótano? No salen en los planos.

—Te contamos que nuestro hijo murió. No era cierto, pero desarrolló una esquizofrenia precoz muy acusada. Tuvimos que encerrarle, desde entonces he trabajado de día y de noche, para hallar una cura.

—¿Todo esto es por él?

El hombre encogió los hombros, se sentía tan cansado, que de alguna manera se liberó de una pesada carga.

—¿Qué no seríamos capaces de hacer por nuestra familia? ¿Qué hubieras sido capaz de hacer tu para salvar a Rose?

—Matar no, tal vez morir, pero matar jamás.

John levantó el arma y le apuntó.

—Tal vez no eres capaz de amar como yo.

—Estás enfermo, baja el arma —le pidió su colaborador.

—Ya nada importa.

Un tiro retumbó en el pasillo. Robert esperó a sentir el impacto, pero la bala no iba destinada a él.

27. LA NIÑA

Nellie miró al chico cuando se paró el montacargas. La luz parpadeó y después se encendieron las de emergencia.

—¿Todo está bien? —preguntó algo nerviosa.

—Sí, pasa a veces. Este cacharro es muy viejo y fuera hay una tormenta de mil diablos. ¡Mil diablos! Esa frase es de mi padre.

—¿Dónde vives? ¿Qué haces aquí?

—Estuve mucho tiempo en mi casa, en el sótano, pero hace dos años me trajo a la isla, después aquí.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Junior Hulton IV.

—¿Eres el hijo del loquero? —preguntó extrañada.

—Sí, mi padre está investigando para curarme. Siempre dice que tengo enferma la menta, aunque yo me encuentro bien. Tampoco sé cómo son los “normales”. No me he relacionado con mucha gente en estos años. Mi madre me enseñó a leer y escribir. Ahora no la veo mucho, desde que me trasladé a la isla. He descubierto muchas cosas. La sala de los huesos, los túneles y los secretos de la gente que trabaja aquí. Soy una sombra, nadie sabe que existo.

La chica se asustó cuando regresó la luz y el montacargas se puso de nuevo en marcha.

—¿A dónde me llevas? ¿Está Coco allí?

Junior frunció el ceño.

—Así se llama la chica —le explicó.

El montacargas se detuvo en el sótano. Las puertas se abrieron y caminaron por un pasillo casi a oscuras. El chico se extrañó al ver la puerta abierta, después bajó por las escaleras. La celda estaba forzada y la chica ya no se encontraba allí.

Nellie le siguió y se quedó a su espalda, hasta que el chico la miró.

—Coco está en peligro.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó la chica.

—La estaba protegiendo.

Nellie frunció el ceño.

—De ti, vi cómo matabas al guarda y luego a la mujer. Sé quién eres y a qué has venido. Lo sentí aquí, la voz de dentro de mi cabeza no dejaba de gritarme que ya estabas aquí.

La chica sonrió.

—Eres un pobre loco. Nadie va a creerte, todos pensarán que has sido tú. Me pareces tan patético como el monstruo del museo de cera o el fantasma de la ópera.

El chico comenzó a temblar, la voz de Nellie era algo diferente.

—¿Por qué has regresado?

—He morado por muchos lugares. Bellos lugares donde los hombres mataban por placer, violaban y robaban sin que apenas sintieran el menor escrúpulo, pero tenía ganas de regresar a casa. Esta ciudad tiene un maravilloso aroma a odio, avaricia, lujuria, codicia, mentira y blasfemia.

Junior sabía que no era una buena idea hablar con el diablo, pero intentó mantener la calma.

Tal vez así ayudaría a la otra chica a escapar, antes de que el monstruo enseñara su verdadera cara.

—¿Abajo está tu casa?

Nellie se giró para seguir la señal del chico y este aprovechó para correr escalera arriba. Ella le siguió corriendo, cuando llegó de nuevo al sótano buscó en su cintura el arma que le había robado al guarda.

—Maldito estúpido, es inútil esconderse, tengo hambre, mucha hambre, una tan ancestral que ni mil almas serían capaces de saciarme.

Junior corrió como alma que lleva el diablo. Nellie le siguió sin prisa, disfrutando. Se alimentaba del miedo, siempre había sido el elixir que más había disfrutado. Los seres más previsibles del mundo.

La chica subió las escaleras y cuando estuvo al alcance apuntó. Al fondo del pasillo escuchó unos disparos. Se extrañó, pero enseguida comprendió que su plan estaba saliendo a las mil maravillas, cuanta más confusión, violencia y dolor, más fuerte se haría.

¡Junior! —gritó la chica.

El pobre muchacho se quedó paralizado, no podía moverse, como si tuviera los pies pegados a la tierra.

—Hoy termina tu desdichada vida —dijo mientras apretaba el gatillo. La bala le atravesó el cráneo que estalló como una sandía madura.

El cuerpo se derrumbó y entonces vio a Robert, y al otro lado a John. Todavía no podía hacer nada contra él.

—¡Robert, por aquí! —le ordenó.

El hombre corrió hacia ella mientras John disparaba. Se agachó y continuó. La chica le sonrió y él la siguió hasta el sótano. Bajaron por las escaleras y cerró la puerta.

—¿Por qué has disparado al chico? ¿Dónde has estado? ¿Qué demonios está pasando?

—Era el hijo de John, él mató a todos. Tenía que abatirlo, intentaba matarte. Hace años que su padre lo tiene escondido, es un enfermo.

El hombre atrancó la puerta.

—Coco y unos amigos están en la zona de recepción, tenemos que ir a por ellos.

—John nos matará —dijo la chica.

—Pero, si no lo hacemos, ellos morirán —dijo Robert desesperado.

La chica sonrió, el hombre se extrañó al ver su expresión.

—No corren peligro por ahora. No te preocupes.

Sus palabras eran tan seguras, que se tranquilizó de inmediato. La chica abrió la puerta hacia la cúpula y él entró sin rechistar. Una fuerza poderosa le llevaba hasta allí. Sentía una especie de alegría, de paz, que no había experimentado jamás. Había perdido el control de sus sentidos y, en contra de lo que hubiera imaginado, era la sensación más agradable del mundo.

28. SOSPECHA

Janet se cansó de esperar. Una de las cosas que tiene la edad es que no te hace más valiente, pero sí más decidido. Habían escuchado los disparos y únicamente les quedaban dos opciones: sentarse a esperar a que los cazaran como conejos o salir de esa madriguera hacia cualquier lugar. El pastor se quedó dudando unos instantes, hasta que se decidió a seguirla. Coco no quería quedarse sola, por lo que tampoco se resistió demasiado. Caminaron pegados a la pared, sin hacer mucho ruido, conteniendo la respiración, para no cruzarse con los asesinos que estaban sembrando de muerte la clínica. Llegaron hasta una sala grande, parecía el laboratorio por la clase de material que había sobre las mesas. Janet vio un teléfono e intentó llamar.

—¿Por qué no usas esto? —preguntó el pastor sacando el móvil de su chaqueta.

—Mierda, ¿me lo dices ahora? Podíamos haber llamado hace un rato.

—Lo siento, tenía la mente paralizada, no sabía qué pensar.

Janet tomó el teléfono de emergencias y espero. No dio la señal, pero sonó un pitido horroroso y después en la pantalla puso que el teléfono no tenía cobertura.

—¿Cómo puede ser? Estamos en el jodido centro del mundo. ¿Si no hay cobertura en Nueva York, qué pasará en el desierto de Arizona?

—Tenemos que irnos de aquí —insistió Coco.

—Ya lo sé, monada, pero las puertas están cerradas y la única forma es atravesando un túnel de varios kilómetros.

—¿Dónde está Robert? Creo que está tardando demasiado.

—¿Has escuchado los tiros? Eso puede darte una idea. Estamos en peligro y él debe haberse escondido o algo peor.

Escucharon la puerta y se agacharon. Un hombre entró. Llevaba algo en la mano, pero no podían distinguir lo que era en la oscuridad. Después avanzó entre las mesas. Coco se echó a temblar.

—¿Dónde estáis? ¿Por qué le habéis hecho eso a mi hijo?

El pastor dio sin querer a la pata de una silla y el sonido hizo que el hombre se girase hacia ellos.

—¿Quién anda ahí?

El hombre se puso de pie.

—No dispare soy el pastor Parker, de la capilla del Buen Pastor.

John le miró de arriba abajo. No entendía qué hacía ese hombre allí.

—Es una larga historia —le comentó al ver su confusión—. Vinimos por un túnel que comunica todos los edificios antiguos de la isla. Ese túnel se encuentra debajo de este hospital y conduce hasta mi capilla...

—¿Vinimos? Salgan de debajo de la mesa.

Janet salió con las manos en alto, le siguió Coco.

—Doctor, hemos visto que...

—¿Coco? ¿Qué hace con estas personas?

La chica se quedó paralizada sin saber qué contestar. Desconocía que el doctor era el padre del chico que la había encerrado.

—Me intentaron matar y escapé, me los encontré a ellos en un cuarto —dijo sin dar demasiadas explicaciones.

—Entiendo, síganme —les ordenó mientras les encañonaba con la pistola.

—No hace falta que nos apunte con eso —dijo la mujer.

—Me temo que eso no es asunto suyo. Están en mi propiedad, han entrado ilegalmente y tengo que asegurarme de que son quienes dicen que son.

Los tres caminaron delante mientras subían a la primera planta. Después abrió una de las habitaciones y les obligó a entrar.

—Voy a llamar a la policía, no creo que tarden en acudir.

—Deje que nos marchemos. No puede detenernos contra nuestra voluntad —se quejó Janet.

El hombre les cerró la puerta en las narices y la bloqueó. Después se dirigió hasta un cuarto trastero, allí había una máquina limpiadora, sacó el gasoil del tanque y lo echó en un cubo. Salió y comenzó a rociar las cortinas, vario sillones y mesas de madera. Después buscó en sus bolsillos un mechero y lo encendió.

Todo estaba perdido, la única forma de ocultar pruebas era quemar el edificio, aunque también guardaba la esperanza de que Robert muriera, era el único que podía delatarle. Aquel hospital ya había ardido en otras dos ocasiones. Sus antepasados lo habían quemado para cobrar el seguro, él lo hacía por una causa más noble, el preservar su legado y que la investigación de su fármaco no fracasara. Todos los experimentos los realizaban en el viejo laboratorio. Ya no necesitaba la clínica.

En cuanto la llama tocó el combustible lanzó un destello y se extendió a toda velocidad. John se quedó unos segundos fascinado mientras contemplaba el fuego. Después reaccionó y bajó hasta la recepción, abrió la puerta con llave y salió. Llovía intensamente, pero no le importaba, apenas sentía las gotas gélidas sobre su piel. Levantó la vista y observó cómo el fuego comenzaba a extenderse por todo el edificio, sus reflejos se contemplaban en las ventanas. No había luz en las farolas ni en el resto de la isla. Cuando miró hacia Manhattan le sorprendió que allí tampoco hubiera luces. La ciudad que nunca dormía parecía aquella noche misteriosamente somnolienta.

29. LUCHA

A veces la voluntad es el campo de batalla del alma. Robert lo sabía muy bien. Durante los últimos meses, cada mañana se debatía entre hundirse entre las sábanas y dejar este mundo o seguir luchando. Todos los días vencía su voluntad, aunque una cosa muy distinta era luchar contra esa voz que escuchaba en su cabeza y que le controlaba por completo.

Entraron en la gran sala y él sintió que su mente se fundía con la de Nellie de una forma que no podía entender.

—Tienes que ayudarme. No puedo morir, de que yo viva dependen muchas cosas.

Robert afirmó con la cabeza.

—Vamos a bajar.

Descendieron por las escaleras casi a oscuras, pero de alguna forma conocían cada escalón y no titubearon ni una sola vez.

—Necesito hacerme más fuerte. Tanto tiempo fuera me ha debilitado. Juntos cambiaremos las cosas. No te preocupes. Se han acabado tus sufrimientos, ya no sentirás tristeza. A medida que te entregues a mí, todos esos pensamientos negativos desaparecerán. Los hombres siempre quieren ejercer su voluntad, ser dueños de su destino. ¿No fue eso lo que sucedió en el Edén? Ahora tenemos la oportunidad de deshacer ese desatino. La libertad es demasiado peligrosa y no os ha traído nada bueno.

Robert escuchaba la voz de Nellie, pero era consciente de que no era realmente ella. Llegaron a la parte más baja y escucharon pequeñas explosiones.

—¿Qué es eso? —preguntó el hombre como si empezara a despertar de un sueño profundo.

—Los Hulton y sus malditos incendios, siempre intentando escurrir el bulto. Los conozco desde hace tiempo.

Llegaron al centro de la cúpula, Robert no se había percatado al verlo por primera vez, pero justo en el centro había un gran altar.

—Aquí se encuentra mi santuario. Es el momento de realizar la ceremonia sagrada. Yo te elegí y te traje a Nueva York.

—No te entiendo —dijo el hombre frunciendo el ceño, ahora su paz interior se estaba transformando en terror.

La mirada de Nellie parecía fría, le sonrió y vio en ella el rostro de algo ancestral y viejo, más antiguo que el mundo.

—Le ordené a ese loco que matara a Rose, ya te lo dije, la Rosa debía ser cortada. De esa forma, conseguiría que vinieras a Nueva York.

Robert intentó abalanzarse sobre la mujer, pero tenía el cuerpo paralizado. Intentó concentrarse, liberarse de aquella especie de posesión.

—Tú eres Nellie Bly...

La chica comenzó a reírse a carcajadas.

—¿Nellie Bly? ¿No te han contado la historia de Nellie Bly? Una periodista ambiciosa, hija de una inmigrante viuda, utilizada por Joseph Pulitzer para investigar en el sanatorio. Tan ambiciosa como la chica que me ha servido para atraerme hasta ti.

—¿No eres Nellie? —preguntó sorprendido. Janet le había contado por encima la historia de

la periodista, pero había imaginado que era una especie de coincidencia.

—No me acuerdo ni del nombre, puedo cambiar de receptáculo cada vez que quiero, aunque mi anfitrión ha de cumplir una serie de características: ambición, amoralidad, superstición y sobre todo ser muy influenciable. Una joven estudiante de periodismo que ha llegado desde una ciudad remota casi siempre cumple esas cualidades.

Robert creía que si lograba descubrir el nombre de la chica, podría despertarle de su sueño o liberar su cuerpo de aquella posesión demoniaca.

—¿Cómo te llamas? —le dijo haciendo un verdadero esfuerzo. Sentía que aquella cosa controlaba su mente con mayor fuerza.

—Eso qué importa. Hoy crearemos al que ha de gobernar al mundo. Dios eligió su sierva, la joven María, nosotros tendremos que conformarnos con una palurda de Minnesota.

—¿Cómo te llamas?

La mirada de aquella cosa cambió de repente. Los ojos de la chica se endulzaron por primera vez.

—Susan —dijo mientras se le ponían los ojos en blanco, como si el ser que la poseía estuviera tomando de nuevo el control.

—Susan. ¡Despierta! —le gritó.

La muchacha comenzó a sonreír con una maliciosa mueca.

—No te funcionará.

Nellie levantó la mano y Robert cayó al suelo, como si alguien le hubiera dado un fuerte empujón. Por más que se resistía era imposible ponerse de pie.

—¡Suéltame, demonio!

—¿Demonio? Que lenguaje tan ancestral. Estaba aquí antes de que llegaran los holandeses y los ingleses, cuando los bosques poblaban estas tierras. Llevo milenios esperando este momento, pero necesitaba que toda la energía negativa, el odio, la avaricia, el egoísmo que desprende esta ciudad me hicieran más fuerte y, justo aquí, en esta isla, se encuentra el epicentro de toda esa maldad. Llevo decenas de miles de años manipulando a tu raza, preparándola para este momento. Vosotros elegisteis el mal, siempre os atrajo, pensabais que os haría libres, felices y completos. No podíais comprender, que lo único que estabais haciendo era elegir a vuestro amo.

El hombre seguía revolviéndose, pero sin lograr apartar de su pecho aquella fuerza invisible que le impedía moverse.

—¡Suéltame!

Nellie se sentó sobre él, después se quitó la parte de arriba y dejó sus pechos desnudos.

—Venga, seguro que lo pasarás bien.

Mientras Robert intentaba luchar contra aquella fuerza, en la clínica el fuego se extendía con rapidez. Janet, Coco y el reverendo intentaban abrir la puerta de la habitación, pero sin éxito.

—Tiene que haber una manera —dijo la mujer.

El pastor vio que entraba humo por debajo de la puerta y comenzó a ponerse nervioso. Tomó las toallas del baño y las humedeció, las colocó en la rendija y logró frenar la entrada de humo.

—No tenemos mucho tiempo —les advirtió a sus compañeras.

—Está demasiado alto para saltar, además no es fácil abrir las ventanas. Tendríamos que conseguir una llave especial.

Janet miró a Coco confusa. Pensó que saltaría la alarma antiincendios y que los aspersores apagarían el fuego, pero no ocurrió nada de eso.

Coco se asomó a la ventanita y vio que las llamas ya estaban extendiéndose por el pasillo.

—¡Tenemos que hacer algo! —gritó la chica histérica.

El hombre tomó una de las sillas y la lanzó contra el cristal, este se resquebrajó, sin llegar a romperse. La tomó de nuevo y la arrojó varias veces, el vidrio parecía indestructible.

El fuego comenzó a quemar la puerta, el calor era insoportable y el humo comenzaba a filtrarse de nuevo en la habitación.

Janet tomó la pata de una silla, le quitó el taco de plástico y la introdujo en la ranura donde debía estar el manubrio. Lo giró con fuerza y poco a poco comenzó a abrirse, hasta que la hoja de la ventana se desplazó hacia fuera.

La lluvia los refrescó en parte y les permitió poder respirar aire puro. La tormenta arreciaba y el río bajaba con mucha fuerza.

Coco fue la primera en salir, comenzó a caminar por la cornisa, intentaba aferrarse a los ladrillos empapados, pero sus zapatos se escurrían, haciendo que perdiera el equilibrio. Le siguió Janet, se sentía vieja y torpe. No quería morir de aquella forma. Abrasada en aquella clínica del diablo. El reverendo dejó el cuarto justo cuando el fuego empezaba a extenderse, calcinando la cama y la mesita de noche. Pasaron junto a las otras habitaciones, los demás pacientes les pedían ayuda, golpeaban los cristales, pero no podían hacer nada para sacarlos de allí. Apartaban la mirada, concentrados en no perder el equilibrio y caer al vacío.

Llegaron a la esquina del edificio, allí se veía la tubería de los canalones. Era de hierro forjado y parecía lo suficientemente fuertes para resistir su peso. El primero en intentarlo fue el pastor, comenzó a descender muy despacio, le dolían los dedos y las muñecas, pero logró llegar abajo. Le siguió Coco, que a pesar de estar muy asustada logró controlarse y se aferró al tubo con todas sus fuerzas. La última fue Janet, se agarró al hierro, pero se quedó paralizada.

—¡No puedo hacerlo! —les gritó—. ¡Pidan ayuda!

—Inténtalo —le dijo el reverendo.

La mujer miró hacia abajo y notó cómo se le iba la cabeza.

—Llaman a la policía y los bomberos —les insistió.

Coco no se lo pensó dos veces y corrió hacia la lluvia en dirección a los edificios. Era muy tarde, pero encontraría a alguien que avisara a las autoridades. El pastor siguió con Janet, no quería dejarla sola.

Las ventanas comenzaron a reventar por el calor, los cristales saltaban por los aires y las llamas luchaban por salir del edificio, pero la lluvia las aplacaba. El edificio ardía como una inmensa pira funeraria, como si quisiera rendir homenaje al monstruo que en su interior intentaba alimentarse de todo aquel odio y miedo. La ciudad parecía dormir, pero el apagón había desatado a las hordas de ladrones y asesinos que llevaban esperando un momento como aquel toda la vida. Antes de que el amanecer devolviera la calma a Nueva York, muchos debían morir.

30. SALTO

John no podía dejar de contemplar cómo su obra maestra se consumía poco a poco. Siempre había considerado la paternidad algo secundario y, a pesar de que había buscado una cura para su hijo durante todos aquellos años, en el fondo lo que deseaba era terminar con la maldición que parecía perseguir a su familia de generación en generación. A veces no era capaz de distinguir la enfermedad, que era producto de alteraciones químicas o problemas físicos del deterioro paulatino que sufría el alma. Ya nadie hablaba de la parte inmaterial y espiritual del ser humano, como si se tratara de un simple invento de los filósofos clásicos, los fundadores de religiones o los vendedores modernos de felicidad. Cuando él era niño y asistía a la iglesia presbiteriana en Manhattan, el pastor no dejaba de hablar de ese tema. El largo silencio de la sociedad moderna, más que lograr curar el alma se había limitado a ignorarla.

Las explosiones se sucedían. Era consciente de que los servicios de emergencias y los bomberos no tardarían en acudir, aunque la ciudad estaba inmersa en un caos tan increíble y sin precedentes que aún podían tardar un buen rato. El viento arreciaba, la lluvia caía con fuerza, gélida y cortante. Caminó despacio, con las manos en los bolsillos hasta el laboratorio. Tenía que guardar la información en un Pendrive, tomar las muestras de la medicina y quemar todo, para borrar hasta la última prueba que pudiera incriminarlo. Los pacientes que había tenido desde el comienzo del proyecto le habían ayudado a obtener la preciosa esencia extraída de su bulbo raquídeo. Además de sus funciones conocidas, la segregación que producía, según John había investigado, era capaz de mejorar en casos de esquizofrenia y bipolaridad. El único problema era que tenía que extraerse de individuos jóvenes, que empeoraban visiblemente y aceleraban el desarrollo de las enfermedades mentales en los “donantes”.

Se acercó a la puerta y la abrió, entró en el edificio y prendió las luces. El laboratorio tenía un sistema independiente de energía, que saltaba si la red general no funcionaba bien.

Buscó las muestras y las guardó en el bolsillo de su chaqueta, se acercó al ordenador central y comenzó a grabar los informes y los programas.

Se sentó unos minutos, le dolía el cuerpo entero, tenía la cabeza embotada y una sensación de tristeza que le cortaba la respiración.

Por un momento pensó en su hijo, qué le diría a Jacqueline cuando la viera. Si a alguien amaba en este mundo era a ella. Entonces escuchó a alguien que entraba y comenzaba a gritar.

—¡Hay alguien aquí! Necesito ayuda.

El hombre dejó el ordenador y se dirigió a la entrada, en el bolsillo derecho apretaba su arma. En cuanto vio a la chica se quedó paralizado. ¿Cómo diablos habían podido escapar del edificio en llamas? Se preguntó mientras sacaba su arma del bolsillo.

Coco comenzó a temblar en cuanto vio al hombre, pensó en darse la vuelta y correr de nuevo bajo la lluvia, pero la pistola la intimidaba demasiado.

—Llévame con ellos —dijo mientras daba dos pasos y cerraba la puerta.

Caminaron bajo el aguacero, la ventisca era tan fuerte que los árboles eran zarandeados y algunas ramas se quebraban llevadas por el viento. Llegaron de nuevo frente al hospital y John observó al pastor. Miraba hacia la fachada, levantó la vista y vio a la mujer mayor subida a la cornisa.

—Tienes que intentarlo —pidió el reverendo a la mujer, que parecía tan asustada, que lo único que intentaba era aferrarse con más fuerza al tubo.

Entonces Janet vio a John que se acercaba con Coco y gritó al pastor:

—¡Cuidado!

El hombre se dio la vuelta y miró sorprendido a John, tenía la sensación de que aquella pesadilla no iba a terminar jamás.

—Quieto, póngase al lado de la chica —le ordenó, moviendo el arma. El cañón de la pistola goteaba el agua de la lluvia y el fuego se reflejaba en la parte metálica del arma.

—Por favor, no nos haga daño. No diremos nada —le suplicó Coco.

—No es sabio dejar cabos sueltos y, por experiencia, esta vez no lo voy a hacer.

El hombre levantó el arma y disparó a Janet, la bala le pasó rozando la cabeza. La mujer comenzó a moverse, para situarse al otro lado del edificio, se escurrió un par de veces, pero logró recuperar el equilibrio.

—¡Mierda! —exclamó John, mientras Coco intentaba salir corriendo. El hombre se giró y le disparó por la espalda. La chica siguió corriendo, pero un segundo disparo la alcanzó y la joven continuó caminando un par de metros, para caer a las negras corrientes del río.

—¡Dios mío! ¿Qué ha hecho? —le dijo el pastor.

John le apuntó y el hombre cerró los ojos, como si aquel simple gesto pudiera salvarlo o al menos aligerar la angustia. Una viga de madera se desprendió del edificio y cayó entre los dos. El madero ardiente le impidió ver al reverendo, que comenzó a correr en dirección contraria.

Janet jadeaba asustada en la cornisa. Había sido testigo de todo lo sucedido. Llegó hasta lo que parecía un balcón, se encaramó a él y abrió unas puertas de cristal. El fuego no había llegado a ese ala, salió al pasillo. Vio las llamas acercándose por el fondo y corrió en dirección contraria, descendió por las escaleras de emergencia y vio el botón de alarma antiincendios, lo apretó y comenzó a sonar una alarma y salir agua de los aspersores. No estaba segura de que aquello pudiera apagar el fuego, pero sin duda le ayudaría a escapar. Se acercó a la puerta, pero las llamas la impidieron salir. Entonces decidió bajar al sótano. Aunque hubiera conseguido salir por la puerta principal, no era una buena idea encontrarse de cara con aquel hombre armado. Bajó con dificultad, sentía las piernas y los brazos entumecidos.

Llegó hasta la puerta que daba a los túneles y lo pensó un momento antes de internarse de nuevo en las entrañas de la isla.

—Será lo que Dios quiera —dijo mientras abría la puerta. Encendió el mechero que tenía para las ocasiones especiales en las que le gustaba fumar un cigarrillo y se internó en el túnel.

El reverendo miró el tronco ardiente. Le pareció una señal del cielo. Durante una larga etapa de su vida, aun siendo pastor, había dudado de la intervención divina en las cosas humanas, pero en los últimos tiempos se había convencido de lo contrario.

—No se marche. ¿Va a dejar a su amiga ahí arriba? Imagino que eso no es muy cristiano.

El pastor se giró de nuevo. Sintió una especie de rabia que le invadió poco a poco.

—¿No ha visto lo que acaba de hacer? Es un asesino, peor que eso, es un psicópata. Esos pobres jóvenes han muerto calcinados, por no hablar de esa pobre chica. ¿Por qué actúa de esa manera? ¿No tiene medida su ambición? No se saldrá con la suya, esta vez no. No le salvarán ni el dinero ni sus amigos poderosos, se lo aseguro.

John parecía disfrutar con las acusaciones del pastor. Hacía mucho tiempo que se había librado de la culpa, como la mayoría de la sociedad moderna. Pensaba que era una tirana que te acusaba injustamente, alimentada por los prejuicios y las ideas maniqueas de la sociedad. Cada

individuo tenía el deber y el derecho de decir lo que estaba bien y mal.

—No me juzgue con sus estúpidas creencias judeocristianas. Esa moral religiosa ya no sirve. Dios ha muerto, ahora todos somos dioses, dueños de nuestro propio destino.

El pastor corrió hacia el parque, John le disparó en dos ocasiones, pero erró el blanco. Mientras el hombre se escondía por los setos, rezó para que aquella terrible pesadilla se terminara. Lo único que deseaba era regresar a casa, sano y salvo.

31. AMOR

La ciudad comenzó a iluminarse de nuevo, pero esta vez no era por la luz de los imponentes rascacielos, los saqueos y las agresiones habían causado decenas de pequeños incendios por todas partes. Los parpadeos de las sirenas de policía y bomberos añadían más sensación de caos y confusión a los ciudadanos.

Jacqueline no había regresado a casa. Después de la marcha de su marido se había sentido inquieta. No sabía de lo que era capaz, pero le preocupaba aún más lo que le pudiera suceder a su hijo. Llevaba mucho tiempo sin verle, a pesar de que pensaba en él casi a cada momento del día. Tuvo la intuición de que se encontraba en peligro y tomó un Uber hasta la clínica.

Mientras atravesaba la isla comenzó a horrorizarse de lo que podía observar a través de la ventanilla. Grupo de saqueadores destrozaban escaparates aprovechando la oscuridad y la falta de luz.

—Señora, esta zona no es muy segura. Sería mejor que la llevase a Long Island. Al parecer, allí sí hay luz eléctrica.

—No, por favor. Tengo algo urgente que hacer en el sur de la isla.

Al conductor le sudaban las manos y se le secaba la garganta. Hace unos años sufrió la oleada de saqueos en Queens tras un apagón mucho más breve y no deseaba tener la misma experiencia.

Pasaron debajo del puente, allí aún había algunos edificios en construcción, pero no había ni rastro de saqueadores. Pasaron al lado del edificio del laboratorio y Jacqueline vio a dos figuras dirigirse hacia la clínica. Al acercarse contemplaron el edificio en llamas.

—¡Santo cielo!

—Creo que esta zona tampoco es segura —dijo el conductor, al que le llegaban al teléfono cientos de avisos de peligro por toda la ciudad.

—Pare aquí, no llegue hasta la puerta.

El fuego era lo único que iluminaba aquella parte de la isla.

—No puedo esperarla, no es seguro estar parado.

—Le entiendo, márchese —dijo mientras apretaba el botón de pago. Después se apeó del vehículo y se quedó contemplando el edificio. Le entristecía ver el trabajo de su esposo condenado a convertirse en cenizas, aunque lo que realmente le preocupaba era el estado de su hijo.

Jacqueline corrió hasta la entrada principal, John estaba al lado de un madero ardiente, parecía hablar con alguien y después comenzó a disparar. Cuando llegó a su altura, se giró y la apuntó con el arma.

—¡Jacqueline! ¿Qué haces aquí? Casi te disparo.

La mujer miró al edificio en llamas y mientras sus pupilas se iluminaban por el fuego le preguntó angustiada:

—¿Qué ha sucedido? ¿Dónde se encuentra nuestro hijo?

John bajó el arma y después agachó la cabeza completamente empapada. Tiritaba de frío, su ropa se encontraba completamente calada.

—Lo han asesinado. Una de las pacientes le disparó. Después se ha quemado el edificio.

La mujer comenzó a golpearlo en el pecho.

—¡Maldito seas!, ¡cómo has dejado que muriera!

—No pude hacer nada. Lo siento —dijo abrazándola, pero ella se apartó de repente.

—Tú eres el culpable, le encerraste como si fuera un perro. Te avergonzabas de él, no aceptabas que era diferente.

—No es cierto, construí todo esto para curarle, para hacernos felices a todos.

Jacqueline le miró con tal desprecio, que él notó cómo el último resquicio de amor entre ellos se apagaba.

—Eres un farsante, un asesino y un enfermo. Lo único que te importa es el dinero, la fama y el sexo. Espero que te hundas hasta lo más profundo y pagues por todos tus pecados.

Mientras los Hulton discutían enfrente del edificio. El reverendo logró alejarse lo más posible de ellos. Corrió jadeante hasta el edificio del laboratorio. Giró el pomo y la puerta abrió sin dificultad. Buscó un teléfono e hizo una llamada a emergencias.

—Soy el reverendo Parker. Estoy en la clínica situada en el antiguo edificio del Hospital de la Viruela de la isla Roosevelt, se ha producido un incendio, además un hombre armado me persigue, ya ha terminado con la vida de varias personas.

—Estamos saturados, tardaremos un rato en enviar una patrulla, póngase en algún lugar seguro hasta que vea llegar a la policía. ¿Lo ha entendido?

—¡Es una emergencia! —le espetó sorprendido.

—La ciudad está en llamas, hay cientos de avisos, no hay ninguna patrulla disponible en este momento. Tenga calma y protéjase.

La llamada se cortó, el pastor se quedó con el aparato en la mano sin saber bien qué hacer. Al final lo dejó sobre la mesa sin colgar y se dirigió a la parte trasera del edificio. Vio una puerta y entró. Unas escaleras descendían hacia el sótano. Encendió la luz y vio todo lleno de cajas y estanterías metálicas. No había ningún lugar en el que esconderse. Vio una puerta y la abrió, unas escaleras descendían hacia lo que parecía los túneles. No estaba seguro de que fuera una buena idea, pero prefería enfrentarse de nuevo a la oscuridad que a aquel tipo. Comenzó a bajar, apenas podía ver sus pies, hasta que todo fue penumbra.

Robert logró quitarse de encima a la chica. No lo había conseguido por medio de su fuerza, más bien, en algún momento, ella había titubeado, como si de repente volviera en sí. Intentó levantarse y salir del círculo, pero en cuanto intentó sacar el primer pie, notó que algo se lo impedía.

—No podrás salir de aquí —dijo la chica, de nuevo con aquella voz espeluznante.

—Sí, lo haré —contestó intentando dar un salto. Chocó con una especie de pared invisible, cayendo de nuevo al suelo.

La chica lo agarró y con una fuerza inexplicable lo puso de nuevo en el centro del círculo. Unas piedras se desprendieron de la escalinata.

Una luz surgida de la nada iluminó toda la sala. Janet se deslumbró por unos instantes. Miró abajo y sintió vértigo, se aferró a la pared e intentó calmarse un poco.

La chica la vio con claridad. Ya había sentido su presencia, era algo que podía experimentar, sabía si se aproximaba alguien peligroso.

La mujer miró al centro de la inmensa sala y vio dos figuras minúsculas en el centro. Continuó descendiendo hasta que se percató de que era Robert y una desconocida.

—Janet, la famosa agnóstica —dijo la chica en forma de burla.

—¿Quién demonios eres? —le preguntó al llegar a la mitad de la escalera.

—Aunque te lo explicase no lo entenderías. Estoy mucho más allá de lo que podrás

comprender jamás. Gracias a gente como tú puedo moverme a mis anchas, ya casi nadie cree en mí y los pocos que lo hacen piensan que soy una especie de liberador, que quiere librarles de un Dios tirano y caprichoso.

—Eres... —dijo la mujer con la voz temblorosa.

—He tenido muchos nombres, pero al único que respondo es Lucifer.

Janet sintió un escalofrío, se puso de espaldas a la pared y dudó si subir corriendo las escaleras de nuevo.

Al lado de aquella chica que, a pesar de aparentar fragilidad, parecía llena de un poder maligno, está Robert completamente indefenso. Se sacudía, como si unas cuerdas invisibles le atasen.

—No me importa cómo te llames. ¡Deja ahora mismo libre a mi amigo!

—¡Vieja loca! No estás en disposición de dar órdenes. ¡Baja aquí!

Los pies de Janet se zarandearon y perdió el equilibrio, se precipitó por las escaleras y no dejó de rodar hasta encontrarse a los pies de la chica pero fuera del círculo.

—¡No entres! —le advirtió Robert, que aunque paralizado, lo único que podía controlar era su voz.

La mujer intentó levantarse del suelo, pero sintió que el brazo derecho se le había dislocado y que sangraba copiosamente por la frente.

—Entra —dijo la chica.

Janet se arrastró hacia el círculo, como si su cuerpo tuviera total autonomía de su voluntad. Se encontraba a unos centímetros de atravesarlo, cuando el reverendo apareció por uno de los túneles. El rostro de la chica se transformó y con una voz espeluznante le dijo:

—¿Tú que haces aquí?

32. LUCIFER

La oscuridad tiene una forma extraña de brillar. Los hombres aman más las tinieblas, porque se sienten a salvo, piensan que de esa forma nadie los juzgará ni conocerá lo que anida en su corazón. Aquella noche en Nueva York se desataron todos los demonios sobre la ciudad, como si el pequeño dique que los contenía, de repente y sin previo aviso se rompiera dejando paso a los actos más crueles y ruines. Violaciones, robos, destrucción y caos se apoderaron de sus calles, como en una loca orgía de maldad. A las tres de la madrugada, Manhattan ardía por los cuatro costados y los policías eran acosados cuando acudían a socorrer a los ciudadanos indefensos.

John y su esposa seguían enfrente del edificio, intentando asimilar todo lo que había sucedido en las últimas horas y había terminado por destrozar sus vidas.

—No te perdonaré jamás —le dijo Jacqueline mientras se daba media vuelta e intentaba llamar un coche con su teléfono.

—¿Dónde crees que vas? Es fácil acusarme, pero mientras yo vendía mi alma al diablo, tú disfrutabas de los beneficios. Nunca renunciaste a nada ni cuestionaste lo que hacía.

—Era una madre luchando por su hijo —le contestó intentando aguantar las lágrimas.

—No es cierto. Accediste a encerrarlo, te avergonzabas de él como yo, pero no eres suficientemente valiente para expresarlo en voz alta.

La mujer le golpeó furiosa en el pecho, le parecía increíble que él pudiera decir algo a así.

—Te maldigo a ti y a toda tu familia. Desde que os conozco lo único que me habéis dado es una vida desgraciada.

John le sujetó las manos, justo en ese momento llegaron los dos coches de policías con un camión de bomberos. Aparcaron a su lado y los primeros agentes corrieron hacia ellos. Al ver que estaba armado, se parapetaron detrás de los coches.

—Suelte el arma señor —dijo una agente pequeña de origen puertorriqueño.

John se alejó de su mujer, pero seguía empuñando el arma.

—Arroje el arma, ahora —le dijo otro agente negro.

Sabía que era el momento de partir, en unas horas cumpliría cincuenta años. Era irónico, jamás pensó que llegaría a ser tan viejo. Se sentía cansado, la vida era una carga tan pesada, que lo más fácil era dejarse ir.

—Ya he saboreado todo lo que este mundo tiene que ofrecerme. He estado en la cima y vivido en el valle más oscuro, por momentos me he sentido eufórico y en otros destrozado por la triste realidad. Nada merece la pena.

Antes de que los agentes comenzasen a disparar, el hombre se acercó la pistola a la sien y apretó el gatillo. No sintió nada. La muerte le arrebató hasta la sensación final, en la que la vida se escapa poco a poco.

Su cuerpo se derramó sobre el suelo empapado de la isla. Aquel lugar había visto a tantos entrar en su seno, dejando atrás sus sueños y anhelos.

Jacqueline levantó las manos y gritó horrorizada, deseaba verlo muerto, pero cuando su cara destrozada se apoyó sobre el frío asfalto, supo que su corazón se había roto en mil pedazos para siempre.

El reverendo Parker jamás se había visto con el mal cara a cara, como la mayoría de los

mortales esquivaba esa visión, intentando imaginar que el mundo era la simple y constante sucesión de acontecimientos insignificantes. A un nivel que él apenas comprendía, se desataba la más dura de las batallas entre el bien y el mal. Justo en ese momento, sin previo aviso, se encontraba en la primera línea de batalla, apenas sin armas y sin saber cómo luchar.

—Vete viejo pastos, antes de que me ocupe de ti. Llevas toda la vida luchando con tu fe, diciéndote cada día: necesito creer. Ahora tus dudas se disipan, pero te enfrentas a algo que no conoces, ni siquiera imaginas —dijo la chica mientras su cara se transformaba en una máscara monstruosa.

—Es cierto, no soy digno de luchar a favor de mi Señor, pero en su nombre me levanto contra ti. Dios no salva ni con espada ni con lanza, lo hace con su Espíritu —dijo el pastor metiéndose dentro del círculo.

Aquel monstruo milenario le miró complacido. Sabía que nadie podría ganarlo en su terreno, mucho menos ese pequeño reverendo incrédulo.

—Viniste hace años a mi isla, has ayudado a los pobres y marginados, intentando paliar el hedor a muerte de esta isla, pero eso no es nada comparado con mi fuerza. No lo sientes, ahora mismo se están produciendo miles de asesinatos, crímenes y eso levantará nuevos odios, que llevarán al mundo al borde del colapso. Aquí engendraré a mi hijo, que salvará al mundo, pero no del mal, como a ese judío débil al que sirves, lo salvará de sí mismo. El ser humano es un desastre, un error y yo lo enmendaré.

Janet logró entrar también en el círculo, aunque Lucifer estaba concentrado en combatir al pastor.

La chica levantó las manos y un aro de fuego comenzó a rodearla, el torbellino que formó era tan fuerte que el reverendo perdió el equilibrio y entró en el torbellino. Sentía todo su cuerpo zarandeado que comenzaba a arder y destruirse, pero de repente, Janet se lanzó sobre la chica y el torbellino se frenó en parte.

—¡Maldito bastardo! —le gritó.

—¡Ódiame, vivo en la ira de la gente! —le contestó mientras con una mano la empujaba hacia el suelo.

El pastor logró salir del torbellino y tomó la cruz que prendía sobre su pecho, la arrancó y se la puso a la chica en la frente.

—Por esta cruz serás vencido.

La chica le sonrió con una mueca y apretó la mano del reverendo, hasta rompérsela.

—¿Te piensas que soy un vampiro, viejo?

Robert logró liberarse, tomó del suelo el mechero que se le había caído a Janet y lo acercó a las escaleras de madera y los restos de ropa y paja que había en los nichos. El fuego se extendió con rapidez, como si estuviera deseando saborear las llamas. Mientras todo ardía, la chica comenzó a sacudirse y agarrarse la cabeza con ambas manos. Aquel lugar, con toda su muerte y horror, tenía un vínculo especial con Lucifer.

Janet empujó a la chica hacia las llamas. En cuanto entró en contacto con el fuego, el demonio salió de ella, quedándose atrapado en el fuego. Su sombra bramaba con tal fuerza que hacía temblar la cúpula.

El hombre se dirigió hasta la chica y la cogió en brazos, iba a intentar subir las escaleras, cuando Janet le detuvo.

—Arriba está ardiendo todo.

Ayudaron a incorporarse al reverendo y corrieron hacia el túnel, justo ante de salir, Robert se

dio la vuelta y contempló cómo el diablo comenzaba a deshacerse a medida que el fuego lo destruía todo. Tras casi media hora de camino lograron llegar al laboratorio. La chica continuaba inconsciente, salieron a la calle, estaba amainando el temporal y la claridad del día podía contemplarse en el horizonte. Se dirigieron hasta la clínica, dos sanitarios se hicieron cargo de la chica, mientras otros comprobaban el estado de Janet y del pastor Parker.

Robert se acercó a las ruinas del edificio. Apenas quedaban las paredes de piedra en pie, el resto había sido pasto de las llamas. Después se giró y observó la isla de Manhattan, el humo ascendía al cielo gris plomizo, el fuego había purificado en parte el podrido corazón de la gran manzana. Robert dio un gran suspiro y decidió en ese momento regresar a casa. Por fin había descubierto cuál era su lugar.

EPÍLOGO

Robert pasó por el puente de la isla Roosevelt por última vez, se paró al lado del semáforo y vio a la chica que solía pedir en las esquinas. Calzaba unas deportivas nuevas y tenía mucho mejor aspecto.

—Hola —le dijo con una sonrisa. Su precioso rostro se iluminó de repente.

—Hola —contestó Robert.

—Me marcho, estoy reuniendo dinero para el autobús.

Robert metió la mano en el bolsillo y le dio cuatro billetes de cien dólares.

—Creo que con esto tendrás suficiente, yo también me marcho a casa.

—Me alegro, hay algo en esta ciudad que no cambiará jamás.

—En eso tienes razón —contestó el hombre.

La chica miró a la parte trasera del vehículo.

—¿Quién es?

—Eso me gustaría saber. Viene conmigo, al menos durante un tiempo.

La chica frunció el ceño y puso una extraña mueca, como si la figura tumbada en el asiento de atrás le produjera algún tipo de miedo.

—Ten cuidado, a veces es mejor dejar el pasado atrás.

—Seguiré tu consejo.

Robert salió de la isla y giró hacia la autopista. Media hora más tarde miró por el espejo retrovisor y vio que Nueva York quedaba atrás. No sentía ninguna nostalgia, más bien, una especie de liberación. Después su vista se centró en la chica, seguía sin saber su verdadero nombre, pero eso no importaba demasiado. Ella se despertó justo en ese momento y le sonrió. El hombre miró de nuevo al frente y la chica cambió de inmediato su expresión. Una sombra recorrió su hermoso rostro. Los bosques comenzaron a sucederse, alejando de ellos las sucias y turbias calles de Nueva York. Mientras la chica comenzó a tararear una canción tan antigua como el mundo y las aves comenzaron a alzar el vuelo y huir de su primitivo canto.

Otros libros del autor:

AMNESIA

AUTOR CON MÁS DE 800.000 EJEMPLARES VENDIDOS

¿Estás listo para recordar?

Descubre la novela de la que todo el mundo hablará este año.

"A veces la memoria nos pone a prueba y no nos atrevemos a recordar quiénes somos".

Internacional Falls, Minnesota, 4 de julio, una mujer es encontrada inconsciente y cubierta de sangre en el Parque Nacional de Voyager. El resto de su familia ha desaparecido y ella no parece recordar nada. El doctor Sullivan, director del centro psiquiátrico de la ciudad, y Sharon Dirckx, ayudante del Sheriff, intentarán que recuerde todo lo sucedido aunque sin saberlo pondrán en juego sus vidas, su idea de la cordura y los llevará hasta dudar de lo que la paciente le está

contando. El tiempo corre en su contra y cada minuto cuenta para dar con los tres desaparecidos, antes de que sea demasiado tarde.

Con un estilo ágil e imágenes impactantes, Mario Escobar construye un thriller que explora los límites del ser humano y rompe los esquemas del género de suspense. Amor, odio, venganza, terror, intriga y acción trepidante inundan las páginas de la novela.

EL DILEMA

"A veces la verdad es más difícil de aceptar que la mentira".

Es un mal día para el ladrón Atila Haldor. Tras elegir la casa del juez Alan Hillgonth para dar su próximo asalto, descubrirá que el magistrado oculta un secreto terrible. En el sótano de la casa descubre a una joven encadenada y repleta de magulladuras.

Antes de que pueda reaccionar al terrible descubrimiento, escapará de la casa al escuchar que el juez ha regresado con su familia. Atila, tras el golpe fallido no sabe cómo actuar, si denuncia el caso a la policía puede terminar en la cárcel.

Al final decidirá regresar a la mansión para liberar a la chica, pero es demasiado tarde, la joven ya no está en el sótano. Unas semanas más tarde, la desaparición de una nueva adolescente le lleva a sospechar que se trata del mismo individuo, el juez Alan Hillgonth, un hombre casado y con hijos, al que se le considera uno de los pilares de la comunidad de Nueva Orleans.

¿Podrá demostrar la verdadera naturaleza del juez? ¿Se librarán de convertirse en sospechosos de secuestro y asesinato? ¿Su decisión de atrapar al asesino pondrá en peligro a su esposa Patty y sus hijos?

EL INOCENTE

"Todos debemos enfrentarnos alguna vez en la vida con nuestra conciencia".

Annette y Jeffrey Green son una exitosa pareja de escritores. Tras varios fracasos sentimentales parecen haber encontrado la felicidad en su maravillosa casa en Lancaster, Pensilvania.

Es verano, mientras toman algo de vino al lado de la piscina recuerdan algunos de sus mejores momentos. Annette se marcha a dormir, pero lo que Jeffrey no sabe es que será la última vez que la vea con vida. Tras un desgraciado accidente, su esposa se cae por las escaleras y muere desangrada. La comunidad parece apoyar al pobre viudo, hasta que una carta anónima relaciona la muerte de su esposa con la de otra mujer, muerta en similares circunstancias en España en los

años ochenta. El fiscal acusará a Jeffrey de asesinato y todo su turbio pasado se volverá contra él. ¿Podrá demostrar su inocencia? ¿Logrará que su propia familia le crea? ¿Dos muertes similares pueden ser casualidad?

El Círculo

“Tras el éxito de *Saga*, *Misión Verne* y *The Cloud*, Mario Escobar nos sorprende con una aventura apasionante que tiene de fondo la crisis financiera, los oscuros recovecos del poder y la City de Londres”

Argumento de la novela El Círculo:

El famoso psiquiatra Salomón Lewin ha dejado su labor humanitaria en la India para ocupar el puesto de psiquiatra jefe del Centro para Enfermedades Psicológicas de la Ciudad de Londres. Un trabajo monótono pero bien remunerado. Las relaciones con su esposa Margaret tampoco atraviesan su mejor momento y Salomón intenta buscar algún aliciente entre los casos más misteriosos de los internos del centro. Cuando el psiquiatra encuentra la ficha de Maryam Batool, una joven bróker de la City que lleva siete años ingresada, su vida cambiará por completo.

Maryam Batool es una huérfana de origen pakistaní y una de las mujeres más prometedoras de la entidad financiera General Society, pero en el verano del 2007, tras comenzar la crisis financiera, la joven bróker pierde la cabeza e intenta suicidarse. Desde entonces se encuentra bloqueada y únicamente dibuja círculos, pero desconoce su significado.

Una tormenta de nieve se cierne sobre la City mientras dan comienzo las vacaciones de Navidad. Antes de la cena de Nochebuena, Salomón recibe una llamada urgente del Centro. Debe acudir cuanto antes allí, Maryam ha atacado a un enfermero y parece despertar de su letargo.

Salomón va a la City en mitad de la nieve, pero lo que no espera es que aquella noche será la más difícil de su vida. El psiquiatra no se fía de su paciente, la policía los persigue y su familia parece estar en peligro. La única manera de protegerse y guardar a los suyos es descubrir qué es “El Círculo” y por qué todos parecen querer ver muerta a su paciente. Un final sorprendente y un misterio que no podrás creer.

¿Qué se oculta en la City de Londres? ¿Quién está detrás del mayor centro de negocios del mundo? ¿Cuál es la verdad que esconde “El Círculo”? ¿Logrará Salomón salvar a su familia?

Mario Escobar

Autor Betseller con miles de libros vendidos en todo el mundo. Sus obras han sido traducidas al chino, japonés, inglés, ruso, portugués, danés, francés, italiano, checo, polaco, serbio, entre otros idiomas. Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas.

Publica asiduamente en las revistas Más Allá y National Geographic Historia.

Apasionado por la historia y sus enigmas, ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.